ACTO ACADÉMICO

CELEBRADO POR LA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

EN CONMEMORACIÓN

DEL

CUARTO CENTENARIO

DE LA RECONQUISTA DE ESTA CIUDAD

Y DE

EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO



GRANADA
IMPRENTA DE INDALECIO VENTURA
1892.

BRIEF
DPA
0053696

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/actoacadmicoce00univ

ACTO ACADÉMICO

CELEBRADO POR LA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

EN CONMEMORACIÓN

DEL

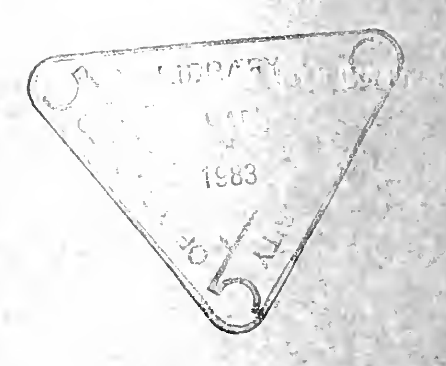
CUARTO CENTENARIO

DE LA RECONQUISTA DE ESTA CIUDAD

Y DE

EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

GRANADA
IMPRENTA DE INDALECIO VENTURA
1892



brief
DPA
0053696

SESIÓN PÚBLICA

CELEBRADA POR LA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

PARA SOLEMNIZAR

EL

CUARTO CENTENARIO

DE LA TOMA DE GRANADA

Y

DEL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

I.

Dos acontecimientos de gran importancia y de gloriosísimo recuerdo debían solemnizarse en las naciones civilizadas en el año de 1892: la *Conquista de Granada* y el *Descubrimiento del Nuevo Mundo:* hechos ambos, que si podían y debían ser conmemorados con legítimo orgullo en todos los ámbitos de nuestra Patria, en ningún otro pueblo era debido recordarlos con tanto entusiasmo como en la *Ciudad de Granada,* en donde tuvieron lugar las famosas hazañas de aquellos ínclitos guerreros que se apoderaron de este último baluarte de la morisma, y los interesantes primeros episodios que precedieron al portentoso Descubrimiento de las Indias.

La Comisión organizadora de los festejos oficiales, que habían de celebrarse con tan faustos motivos en esta localidad, se dirigió á nuestra Universidad, en oficio de 10 de Abril de 1891, rogándola se sirviera manifestar el modo y forma en que se proponía solemnizar por su parte la memoria de aquellos importantes acontecimientos de la historia patria. La Universidad, que tiene por norma de su conducta el secundar todos aquellos actos públicos que son reveladores de la alta cultura nacional, y que constituyen para las generaciones que ella educa hermosos ejemplos que imitar

y preciosas enseñanzas de honor y patriotismo, respondió sin pérdida de momento á la excitación de la Comisión de Festejos, acordando en Junta de Sres. Decanos, habida en el día 28 del mismo mes, celebrar una Sesión literaria, en conmemoración de aquellos centenarios, tan solemne y espléndida como le fuese posible; y al efecto resolvió comisionar al Catedrático de Historia Crítica de España de la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. D. Fernando Segundo Brieva y Salvatierra, para que preparase el *Discurso histórico conmemorativo de la Conquista de Granada y del Descubrimiento del Nuevo Mundo,* que se había de leer en la Sesión solemne acordada.

Habiéndose vuelto á reunir la Junta de Sres. Decanos en 29 de Diciembre de 1891, bajo la presidencia del Sr. Rector, quedó definitivamente establecido en ella el Programa de la fiesta académica con que debían conmemorarse ambos centenarios, y acordado que se celebrase en el Paraninfo de la Universidad el inmediato día 5 de Enero de 1892 á las doce de su mañana, y que se invitara á otros profesores y literatos de las Escuelas y Academias que en esta Capital se dedican al cultivo de las Ciencias y de las Letras, á contribuir, con la lectura de sus composiciones, al mayor esplendor del acto.

II.

El cual se verificó de la manera más brillante que era de desear y del modo préviamente dispuesto por la celosa superior Autoridad de este Centro docente.

El patio principal y la amplia escalera hallabánse engalanados con vistosos grupos de macetas y plantas, y el severo Paraninfo vestía sus galas, exhibiendo en la tribuna á la derecha de la presidencia el valioso paño en el que aparecen bordadas las armas de esta Real é Imperial Universidad; paño de venerandas tradiciones.

Poco antes de empezar la Fiesta hallábase reunido en el Paraninfo un selecto concurso, y el ilustre Claustro extra-

ordinario, ocupando la presidencia el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Archidiócesis Dr. D. José Moreno Mazón, quien tenía á su derecha á los Sres. D. Eduardo García Solá y D. Fabio de la Rada y Delgado, Rector y Vicerector respectivamente, y al Rector del Seminario; y á la izquierda á los Sres. Alcalde, Deán de esta Sta. Iglesia y Decanos de las respectivas Facultades.

El Sexteto, que de modo inteligente dirige el maestro señor Vila, inauguró el acto con un número interpretado perfectamente y premiado por el auditorio con una salva de aplausos.

Seguidamente el Sr. Rector, desde la presidencia, leyó un breve y razonado discurso de apertura, en el que, con forma galana, enalteció la importancia que la Reconquista ha tenido en la civilización española, siendo muy aplaudido por el auditorio.

Después subió á la tribuna el Sr. D. Fernando Segundo Brieva Salvatierra, y dió lectura á un notabilísimo trabajo nutrido de doctrina, acerca de la Conquista de Granada y el Descubrimiento del Nuevo Mundo, cuyos asuntos debía abrazar, según el acuerdo tomado por el claustro, y concluyó exhortando á que se vuelvan los ojos á aquel reinado para intentar la restauración de España, por la del edificio que aquellos Reyes levantaron en lo religioso, material, moral y político. Fué acogido este estudio con repetidos plácemes y aplausos de todo el público.

Volvió el Sexteto á dejar oir sus notas con igual éxito que la primera vez, y á continuación el Rvdo. P. Francisco Jiménez Campaña, leyó una inspirada poesía titulada *Pulgar el de las hazañas;* y tras esta composición y como nota de otro carácter, pero que armonizaba con el pensamiento de la fiesta, el Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera, recreó al auditorio con una leyenda granadina intitulada *La mano y la llave* ó *Los siete duendes blancos;* ambos trabajos literarios fueron de igual modo aplaudidos.

El Orfeón del Centro Artístico dirigido por D. Aureliano del Pino cantó la pieza musical *Los Peregrinos,* tan bien ejecutada como aplaudida.

Después el Sr. D. Antonio López Muñoz, Catedrático del

Instituto provincial de 2.ª enseñanza, leyó un bello discurso donde se trazaba á grandes rasgos el carácter de la lesión producida en la vida nacional por la invasión musulmana, que vino á atacar en su esencia propia la religión y la familia, el culto á Dios y el culto á la mujer, que constituyen los diferenciales signos de nuestro espíritu ideal y caballeresco: trabajo que le valió entusiastas aplausos.

El respetable Prelado hizo luego uso de la palabra, y con fácil dicción y alteza de miras significó que era llegado el momento de dar gracias á Dios por habernos permitido ver el Cuarto Centenario de la Reconquista; compendió en discreto resumen los distintos puntos tratados por diversos modos, y consagró frases de elogio á los señores que habían tomado parte en la Solemnidad Universitaria.

La Oración del respetable Prelado, llena de sentimiento y de doctrina evangélica, fué oída con religiosa atención y unánimemente aplaudida.

El orfeón del Cento Artístico entonó el Himno á la Unidad de la Patria, y en su ejecución, esmeradamente interpretada, obtuvo manifiestas demostraciones del agrado con que fué oído.

Terminó esta solemnidad académica con una breve oración de gracias que el Sr. Rector dirigió á las Autoridades que la habían enaltecido y honrado con su asistencia, á las doctas personas que han tomado parte en ella para su mayor brillantez, y á las damas que con su presencia la habían embellecido.

Granada 5 de Enero de 1892.

El Srio. gral.,

Manuel de Lacalle y Narváez.

DISCURSO

DEL

Ilmo. Sr. Dr. D. Eduardo García Solá,

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD.

Excelentísimo Señor:

Señoras y Señores:

CUMPLIENDO altos y gratísimos deberes, é impulsada por el santo móvil del entusiasmo patrio, la Universidad de Granada conmemora en este día el hecho glorioso realizado por los ilustres abuelos del egregio príncipe que la fundó; y al asociarse al puro sentimiento nacional que hoy alienta todos los pechos españoles, entiende puede hacerlo en el concepto estrictamente académico de su instituto, ya que el término de la Reconquista, á más de completar el dominio del suelo ibero reintegrando el cristianismo en el occidente de Europa, permitió la pacífica difusión de los conocimientos, á partir de nuevos focos universitarios, que radiaron vivísima luz por todos los ámbitos de la península.

Á demostrar este carácter civilizador del acontecimiento que celebramos, he de consagrar brevísimas frases, preparándonos, entre tanto, á oir voz más autorizada y elocuente, que desarrollará, con amplitud, el múltiple aspecto del gran suceso que compartió con el descubrimiento de América la total significación histórica del siglo XV.

I.

Es ley antropológica, jamás por la historia desmentida, el perfecto antagonismo entre la civilización, cultura y refinamiento social de los pueblos por una parte, y su valor, abnegación y aptitud conquistadora por otra; pues, si en los tiempos modernos, las ciencias físico-químicas informan y auxilían muchos procedimientos de la defensa y el ataque invalidando la precedente ley, en antiguas épocas, cuando el empuje personal y las físicas aptitudes constituían los esenciales factores del problema bélico, siempre resultaban agoreros de victoria la sobriedad, sencillez de costumbres y hasta incultura de los pueblos.

Siguiendo á la humanidad en su peregrinación por esta esfera que habitamos, á cada paso surgen confirmatorios hechos de la precedente afirmación. Pueblos que llegaron al apogeo de la civilización y de la cultura, se ven arrollados por el empuje de hordas semibárbaras, cuyos caballos abrevaron en recipientes primorosos maravillosamente esculpidos por la raza conquistada. Mientras los helenos ostentaban la sencilla y candorosa virilidad que fotografió Homero en los heróicos capitanes acampados ante los muros de Troya, aquel pueblo supo rechazar y vencer á los persas de Darío en Maratón, Salamina, Micale y Platea, no obstante hallarse solos los atenienses en la primera de estas batallas, y únicamente auxiliados por los espartanos en las tres restantes. Pero, cuando llegan los espléndidos tiempos de la Grecia, marcados por la supremacía de Atenas, y con ella por todos los refinamientos de la más deslumbradora civilización, decae aquella sencillísima virilidad primitiva, no exenta de cierta tosquedad, y el pueblo se enerva en la magnificencia de las fiestas y los espectáculos, olvidando los sabios estatutos de Solón y de Licurgo que tanto contribuyeron á sostener y fomentar las energías bélicas de ate-

nienses y espartanos. Fué, sí, esta la época insigne de la literatura en que brillaron Sófocles, Eurípides y Aristófanes, dignos continuadores de Hesiodo y Esquilo, de la elocuencia simbolizada en Demóstenes y Esquines, y de las bellas artes para las que tan exquisita sensibilidad y delicado gusto demostró siempre el pueblo heleno. Mas, al calor de estas múltiples actividades del espíritu, se debilitaron los resortes de la aptitud física en que la lucha se basaba, y cuando Filipo dirigió contra el Atica sus macedónicas falanjes, apenas si encontró en Queronea insignificante resistencia debida al heroismo de los cuatrocientos tebanos del batallón de Epaminondas.

Ejemplo aun más palmario del antagonismo que estamos comprobando, nos lo ofrecen las variadas guerras entre los diferentes estados griegos. Dos nacionalidades predominaban en aquella antigua confederación: Esparta y Atenas. Esta última todo cultura, civilización, apogeo artístico y vuelo intelectual; la primera, por el contrario, todo sobriedad, rigidez y austeridad de costumbres, predominando, en la educación de sus miembros, el desarrollo físico sobre el intelectual. Pues bien, surge entre ambas la guerra del Peloponeso, y Atenas, en pleno siglo de oro de Pericles, humilla su cerviz al tosco yugo del espartano, quien le impone primero la vergonzosa paz de Nicias, y acaba por conquistar la capital incendiando la escuadra ateniense y desmantelando las fortificaciones del Pireo. Desde entonces, quedó asentada la supremacía de Esparta sobre todos los Estados helenos, cuyo imperio fué para la Grecia mucho más duro de lo que había sido hasta entonces el ateniense, pues á Temístocles sucedió en este dominio el brutal Lisandro, y á los conciudadanos de Fidias sustituyeron las férreas tiranías de las guarniciones espartanas.

II.

En el siglo III de nuestra era se realiza el hecho más confirmatorio de la proposición que demostramos. El pueblo romano, maravillosamente expansivo y dominador, por la victoria ó por sabias atracciones, cesa de extender sus fronteras cuando, perdida la primitiva sencillez de sus austeras costumbres, que lo mantenían puro quizá solo por la ignorancia del vicio, olvida las máximas catonianas y se afemina en medio de todos los goces de la más esplendente civilización. Poseyendo toscos númenes de barro, aquel pueblo redujo á provincias ó colonias suyas casi todo el mundo por entonces conocido, y cuando los sustituyó por obras que recordaban el mármol y el buril de Corinto, empiezan las legiones á replegarse, por vez primera, ante el empuje de los bárbaros que aparecieron por el Nordeste de Europa. Y no se atribuya exclusivamente esta decadencia á la forma de gobierno ni á la condición de los últimos emperadores, pues bajo el imperio extendió Trajano las fronteras romanas más allá del Danubio sujetando á los Dacios, y entre los últimos emperadores figuraron hombres de tanta capacidad como el español Teodosio; que así pagaba la Iberia los vejámenes impuestos por el avasallador romano, y así vengaba la sangre derramada en Numancia, dando á Roma un Trajano, un Adriano y un Teodosio, que despertaron un tanto la virilidad de aquel pueblo, ya decrépito, que marchaba á su disolución.

Suscitan esta última, gentes incultas, del Norte y del Oriente de Europa venidas, pueblos sencillos y bravíos alentados por el deseo de saquear paises ricos y civilizados, los cuales tomaron á empeño humillar á la nación que los apellidaba bárbaros; y primero los Hunos del Volga, después los Alanos, luego los Vándalos y por último los Godos, Herulos y Turingios se precipitan, cual avalancha devasta-

dora, sobre las provincias romanas, cuyos habitantes echaron ya entonces de menos aquellas antiguas legiones amamantadas en la sóbria rigidez de los primeros tiempos de la república. Formaban estas hordas invasoras, hombres selváticos, nómadas, de músculos forjados al sol de los combates, sin artes, literatura ni muestra alguna de civilización; pero no tan afeminados como las gentes cultas que habían abusado de todos los goces, ni su brutalidad era tan deshonrosa como la refinada disolución del pueblo romano. No es, por tanto, de extrañar que en sus pechos, vírgenes de esta misma disolución que suele hermanarse con el progreso civilizador, arraigase profundamente el cristianismo, y al paso que extendían sus conquistas materiales, venían ellos á ser conquistados por la cruz. Su rudeza era tal que apenas sabían cocer las viandas, comiendo á veces raíces crudas y carne ablandada entre la silla y los lomos del caballo, y dormían sobre éste viviendo siempre al aire libre. Reducían todas sus actividades á la guerra y destrucción del enemigo, valiéndose de los esclavos para la guarda de sus ganados, y mostraban en sus aptitudes cuantas especialidades constituían en aquel tiempo el arte bélico, pues el Godo era poderoso con la espada, el Suevo gran soldado de á pie, el Gépido hábil tirador de venablos y el Huno especialísimo ginete. Sus más insignes capitanes, como Alarico y Atila, no alcanzaban la ilustración del último soldado pretoriano; y, sin embargo, gentes tales, guiadas por estos caudillos, invadieron la Italia, y cual dominadores pisaron aquel suelo romano, antes señor del mundo, y en cuyo ambiente se proclamaron las leyes fundamentales del Derecho de todos los siglos.

III.

Siempre la misma compensación, siempre la deficiencia de cultura hermanada con el mayor empuje guerrero; y esto, lo mismo en antiguos tiempos que en la edad media y principios de la moderna. El pueblo bretón, arrollado por los bárbaros sajones que arribaron á las costas de Inglaterra en toscas naves de cuero; las hordas de húngaros, lanzando su caballería devastadora más allá de las fronteras de los carlovingios apenas muerto Carlomagno; los sarracenos de Túnez, asolando la Sicilia al mando de los emires enviados por los príncipes aglabitas; las múltiples invasiones normandas en Inglaterra, Francia, Alemania y España durante los siglos IX y X; la misma ineficacia de las cruzadas, que, á la voz de Pedro el Ermitaño, prosiguieron caudillos tan insignes como Tancredo, Godofredo, Ricardo corazón de León y Raimundo de Tolosa, no obstante dirigirse estos religiosos esfuerzos casi exclusivamente contra los bárbaros turcos Selyucidas; y, por último, las terribles y siempre victoriosas irrupciones mogólicas, dirigidas por el feroz Gengis-Kan, y que devastaron el occidente asiático y el oriente de Europa; todos estos, entre otros muchos hechos que sería cansado multiplicar, demuestran la veracidad de la tesis que estamos comprobando.

Pero esta misma comprobación, resulta mucho más evidente recordando las circunstancias que concurrieron en la caida del imperio bizantino, hecho poco anterior á la conquista de Granada, que así vino á compensar aquel grandísimo desastre para la cristiandad; pues si en el oriente europeo ganaba y se establecía el otomano sobre territorios cristianos que aun conserva, de esta parte de Europa lo arrojaban nuestros mayores al continente africano, hasta el

cual llevaron sus armas victoriosas, conquistando territorios que, si bien mermados, conserva todavía España. De esta manera, los destellos fulgurados por la media luna que implantó Mahometo sobre la cúpula de Sta. Sofía de Constantinopla, se vieron apagados por los que despidió la cruz de plata de las cruzadas, brillando en nuestra Torre de la Vela entre la bandera de Santiago y el pendón Real de Castilla. Mas, fijando nuestra atención en aquella irreparable catástrofe, observamos que el imperio de Oriente sucumbe, después de prolongada agonía, al poder otomano, que solo era la genuina representación de la fuerza bruta y del fanatismo, enfrente de la cultura muelle, afeminada y enervante de los bizantinos. No valió á éstos el apoyo de los cruzados, las discordias entre los hijos de Bayaceto, el auxilio de Roma impetrado por Juan Paleólogo con la promesa de someter la iglesia griega á la latina, ni aun las buenas cualidades de sus últimos soberanos como Manuel, Juan III y Constantino XII, quien cerró dignamente la lista de los emperadores de Oriente muriendo, cual héroe, al ser tomada Constantinopla por los turcos. Á pesar de todo, las cimitarras otomanas esgrimidas por los incultos pero vigorosos soldados de Bayaceto, Amurates y Mahometo consiguieron aniquilar el imperio griego, representante único en Europa de la antigua civilización helena. No es, por tanto, de extrañar, dada la brutalidad del ejército victorioso, que al saqueo, al degüello y á los atropellos más inauditos, sucediera el incendio de todas las bibliotecas de Constantinopla donde se conservaba intacto el depósito del saber antiguo.

IV.

APLICANDO las precedentes enseñanzas históricas á nuestra península, podrá sin dificultad observarse que el hecho de la Reconquista, y la civilización española que la subsiguió, no son más que obligados corolarios de la verdad en anteriores líneas formulada.

Extinguido el imperio visigodo ante el empuje sarracénico, la parte vigorosa é independiente de la población hubo de replegarse al Noroeste de la península, precisamente á las tierras ocupadas por los valerosos Suevos, nunca en absoluto sometidos al poder visigodo, pues, si Teodorico II los dominó breve tiempo, Remismundo los hizo de nuevo independientes. Al contacto de este pueblo libre, surgió en los derrotados por Tarik y Muza el vehemente anhelo de la independencia y de la expulsión del invasor; y purificados en la desgracia y en las privaciones de toda índole, sin medios para la lucha, pocos en número pero con un Pelayo á la cabeza, empleando en Covadonga piedras, estacas, troncos de árboles y tosquísimos venablos, empiezan á rechazar al musulmán siempre hasta entonces victorioso, é inician aquella gloriosa reconquista que, después de ocho siglos, terminó en el acontecimiento que celebramos. Mas, separando nuestra atención de hechos por todos conocidos, aunque nunca bastante ensalzados, conviene fijar el respectivo grado de cultura del pueblo árabe y cristiano en este largo período tan preñado de hazañas realizadas por nuestros mayores.

Absoluta y suprema preocupación de los españoles fué la expulsión sarracénica durante la Reconquista. Como exclusivas preseas las armas ofensivas, como únicos trajes los que garantizaban la defensa en el combate, como predilecta

ocupación la lucha, y anhelantes de hazañas y victorias, purificados en sus costumbres por el cristianismo, sóbrios y faltos de necesidades, relegaron á un orden secundario toda gimnasia intelectual, para consagrarse al desarrollo de las aptitudes físicas, que ejercitaban hasta en los juegos durante las cortas treguas de aquel incesante batallar. Las ciencias, las artes, la literatura, todas las manifestaciones del humano saber y de la actividad psíquica del hombre, tenían que subordinarse á las necesidades de la lucha, que eran las que por entonces apremiaban; y si en aquella penumbra de civilización destella un Juan de Mena y un Marqués de Santillana, era ya mediado el siglo XV, y solo había que combatir al decrépito reino granadino. Un solo hecho, habla más alto que cuanto pudiera exponerse apropósito de nuestra cultura en los últimos años de la Reconquista: muere el ilustrado Marqués de Villena; por todo elogio á su memoria, escribe el Bachiller Gómez de Ciudad Real que su saber no le bastó para no morirse, ni el ser Tio del Rey le libró de ser llamado encantador; deja dos carretadas de libros (que tal era la medida de las bibliotecas en aquel tiempo), y después del asombro que causó ver reunida esta suma de obras, no sabiendo el Rey qué hacer de ellas, se las manda á Fray Lope Barrientos para que las examine y vea si son libros mágicos; entonces, como dice el agudo médico Gómez de Ciudad Real, "Fray Lope, que más se cura de andar de príncipe que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar sobre trescientos libros que no los vió él más que el Rey de Marruecos, ni más los entiende que el Dean de Ciuda-Rodrigo, ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos faciendo á otros insipientes é magos, é peor es que se facen beatos faciendo á otros nigromantes„.

Frente á este pueblo rudo y batallador, contrasta la España árabe, que principalmente bajo los califas Ommiadas, ya independientes de los de Oriente desde Abderrahmán I, figuró á la cabeza de la civilización europea y emuló las glorias científicas y literarias de Bagdad y de Damasco. Córdoba, con sus diez y siete institutos consagrados al cultivo de las ciencias y de la literatura, con sus noventa y siete escuelas de primeras letras, sus setenta bibliotecas

públicas, y con sus nueve escuelas prácticas de artes y oficios manuales, nos ofrece acabado ejemplo del grado que alcanzó la difusión de los conocimientos, durante el califato Ommiada. Estos centros de ilustración se extendieron también por Murcia, Granada, Valencia, y Játiva cuya academia de Historia rivalizó con la de Alejandría. En el observatorio de Sevilla, se hicieron investigaciones astronómicas tan delicadas, que por ellas corrigió Albertino muchos errores de Tolomeo, y se establecieron los principios científicos para la construcción de los relojes, astrolabios y cuadrantes solares. Al-Hashel publicó las tablas toledanas, y en el año 471 de la Egira se computó el año, con admirable precisión, en 365 días, 5 horas, 49 minutos y 15 segundos. En fin, matemáticos ilustres, célebres médicos, poetas, oradores, naturalistas y filósofos acreditaron la importancia de las escuelas hispano-árabes, difundieron la ilustración por la península y en sus obras nos legaron clara muestra de la brillante civilización alcanzada por este pueblo.

Si prejuicios, solo respetables porque los informa el más puro sentimiento religioso, han falseado, en este punto, la verdad histórica, negando al árabe vencido la ilustración y las aptitudes artísticas é industriales que poseía, los hechos fehacientes se levantan para otorgarles cuanto alcanzaron y para concederles, sin regateos, su verdadero carácter. Pero, aunque faltasen estos datos históricos, todavía han de quedarnos esos primorosos alcázares de Sevilla y de nuestra Granada, cuyas maravillosas filigranas, admiración de todos los siglos, pregonan la cultura artística, el delicado gusto y la ejecución incomparable del pueblo hispano-musulmán. Y cuenta, que estas peregrinas construcciones, no solo expresan la perfección arquitectónica y el lujo y refinamiento de la ornamentación, sino que muestran además un alto nivel científico, pues la solidez de las argamasas, la viveza, finura y estabilidad de los colores, la geométrica regularidad de los mosáicos y la oportuna cubicación aérea de las estancias, todo ello indica poseían los autores de tales obras conocimientos de física, química, matemáticas é higiene. Tíldese, pues, cuanto se quiera á este pueblo de muelle, afeminado, sibarita y solo atento á los goces mate-

riales; pero no se le califique de inculto, pues además es poco generoso, por lo mismo que hoy conmemoramos el término de su derrota, regatearle las buenas cualidades que ostentaba, muchas de las cuales tipifican al pueblo español, sobre todo andaluz, por cuyas venas corre, en proporción no exigua, la sangre agarena.

Del choque de ambos pueblos, con sus virtudes y sus vicios, resultó lo que indefectiblemente había de resultar dada la ley antropológica que venimos demostrando. El rudo, pero vigoroso y frugal pueblo cristiano arrolló en Granada el último baluarte del árabe debilitado en medio de los goces de la civilización; del propio modo, ni más ni menos, que 780 años antes los feroces y bárbaros soldados de Tarik arrollaron en Guadalete al relativamente más civilizado pueblo visigodo.

V.

Ultimada la Reconquista, y realizada poco antes la unión de los reinos de Aragón y de Castilla merced al glorioso enlace de los Reyes Católicos, pudieron ya éstos, libres de los cuidados de la guerra, consagrarse al buen gobierno de sus estados y especialmente á la ilustración de sus súbditos. Abatido, por otra parte, el poder feudal, que recibió su primer golpe del diplomático Rey Fernando y acabó de extinguirse bajo la férrea mano del gran Cisneros, se preparó el terreno para la centralización política y administrativa, que permitió disponer de recursos cuantiosos, bien pronto empleados en fundar y dotar convenientemente variados centros de enseñanza. La Universidad antigua de Salamanca se enriqueció con nuevas cátedras y mayores bienes y privilegios; aquel insigne Cardenal funda la Universidad de Alcalá, y dirige y costea numerosas impresiones,

entre las cuales descuella su célebre Biblia políglota; fijada ya la lengua, pudiéronse formar gramáticas, como la de Nebrija dedicada á la reina Isabel; la imprenta, por entonces generalizada, contribuye á la difusión de los conocimientos; y los goces de la paz, por la que se había transformado en nación ordenada aquel campamento incesante de los tiempos de la Reconquista, hicieron posible dedicar todas las actividades del espíritu al cultivo de las ciencias y de las letras, en las que á poco se distinguieron los Garcilaso, Boscán, Mendoza, Herrera y el portugués Montemayor.

Pero, aun sin necesidad de venir á tiempos algo posteriores, el término de la Reconquista suscitó inmediatamente los beneficios civilizadores de la paz pública. Multitud de disposiciones y providencias, emanadas de los mismos Reyes Católicos, atestiguan no solo su celo por el orden social, sino que también lo mucho que les preocupaba la general ilustración de su pueblo. En efecto, reglamentada la Santa Hermandad, se aseguraron las comunicaciones purgando los caminos de salteadores, y se enfrenaron muchas demasías de los nobles; las *Ordenanzas reales,* obra del laborioso jurisconsulto Díaz de Montalvo, unificaron la legislación castellana, dispersa hasta entonces, sin verdadera sistematización, en las Partidas, el Fuero Juzgo y el Ordenamiento de Alcalá; renació el crédito público con la fijación del valor legal de la moneda, escandalosamente adulterada en tiempo de Enrique IV; suprimidos los portazgos, montazgos y la odiosa traba que impedía los cambios de vecindad y de mercancías, se favorecieron el comercio y las transacciones: por último, aquellos insignes Reyes protegieron y alentaron el estudio y el cultivo de las ciencias, las letras y las bellas artes realzando la condición social de los profesores, fundando instituciones docentes en Toledo, Sevilla, Valladolid, Cervera y Granada, creando establecimientos de imprenta en Murcia, Barcelona, Salamanca, Toledo, Zamora, Madrid y otros muchos puntos, declarando libre de derechos la introducción de los libros extranjeros, y despertando, por fin, en los nobles el gusto á la educación literaria, tan olvidada, hasta entonces, por esta clase social solo inclinada á las artes de la guerra.

Entre los muchos ejemplos que pudieran citarse para demostrar que estas fecundas semillas germinaron vigorosamente en el suelo español alcanzando á todas las clases sociales, recordaremos fueron maestros de ciencias y lenguas en Salamanca los hijos del Duque de Alba y de los Condes de Haro; difundiéndose, además, por el bello sexo esta generalización de los conocimientos, pues la célebre Beatriz Galindo era especialista en la enseñanza del latín, profesora eminente de retórica en Alcalá la hija del historiador Lebrija, y en la Universidad de Salamanca explicaba los Clásicos latinos la erudita D.ª Lucía de Medrano. Pero, qué mucho se despertase hasta en los nobles y en el sexo femenino este afán de ilustración, si nuestra Católica Isabel, con ser mujer y reina, daba el más alto ejemplo de amor á la instrucción cultivando las letras, sin descuidar por ello las múltiples atenciones del gobierno de su pueblo, ni aun las especiales labores de su sexo en las cuales era aventajadísima. Ya entrada en años, estudió con afán el latín, llegando á escribirlo y hablarlo con perfección; poseía varias lenguas vivas, y era muy versada en Historia y literatura. Su decidida predilección á las luces del entendimiento, y su talento clarísimo, se patentizan con el método que ideó para la educación de su hijo, el príncipe D. Juan, método que hoy, después de cuatro siglos, corre cual preciada adquisición de la moderna Pedagogía. En efecto, adunando las ventajas de la enseñanza doméstica y de la colectiva, ordenó que diez jóvenes estudiaran con su hijo, siendo cinco de ellos mayores que éste para emularlo y otros cinco de la misma edad para despertar la noble rivalidad de la enseñanza, que así resultaba mutua, estimulada y grata, generándose además el sentimiento elevado del compañerismo escolar.

VI.

CONSIDERANDO ahora el directo influjo que la conquista del Reino granadino ejerció en las instituciones verdaderamente universitarias, obsérvase también la marcadísima relación de los beneficios de la paz pública con las numerosas fundaciones de nuevos centros de enseñanza y con la organización más acabada de las Universidades que ya existían.

En orden á nuevas fundaciones, debe ante todo recordarse el Colegio de San Gregorio de Valladolid, instituído en 1496 bajo el patronato de Isabel la Católica, y dotado por el Obispo de Córdoba Fr. Alonso de Burgos; centro docente que ilustraron los más célebres dominicos, y sobre todo nuestro venerable Fr. Luis de Granada. En 1497, dos años después de consagrado Arzobispo de Toledo, impetró Cisneros del Pontífice Alejandro VI especial buleto para fundar la Universidad de Alcalá, autorizándole el Papa para crear un *Colegio en que se lean las Facultades de Teología, Derecho canónico y Artes.* Por la misma época, 1499, el Municipio de Valencia solicita del Papa bula de creación, y de don Fernando el Católico Real cédula de privilegio, para trasformar su antiguo *Magisterio secular* en verdadera Universidad, y, obtenidas un año después las aprobaciones Pontificia y Real, se constituyó el centro universitario con las enseñanzas de Filosofía, Metafísica, Medicina, Derecho canónico y civil y Cirugía. Por último, el *Colegio general*, de Sevilla, fundación del Arcediano D. Rodrigo Fernández de Santaella en 1496, y elevado á Universidad en 1502 por Real cédula de los Reyes Católicos y bula del Papa Julio II; el de Santa Catalina, de Toledo, fundado y dotado espléndidamente por el Maestrescuelas de la Catedral D. Francisco

Álvarez de Toledo, y cuya cédula de concesión aparece también firmada por los Reyes Católicos, siendo constituído en verdadera Universidad en 1520; la Universidad de Huesca, ya organizada como tal en 1532, pues en 16 de Enero de este año era Rector de ella D. Martín Pérez Navarro; la de Zaragoza, cuya antigüedad puede remontarse á 1516, fecha de la bula de Leon X exigiendo á los seculares cursen las Artes en esta Universidad; la de Baeza, Seminario conciliar más bien que genuina Universidad, y fundación del célebre maestro Juan de Ávila; y finalmente, la Compostelana, iniciada en 1501 bajo la forma de *Colegio general de Humanidades,* y dotada á poco generosamente por el ilustre Arzobispo de Santiago D. Alonso de Fonseca, émulo de Cisneros; todas estas instituciones académicas, sin contar otras muchas de menor importancia, como los Colegios universitarios de Osuna, Lucena, Oñate, Ávila, Oropesa, Gandía, Tortosa y Orihuela, creadas casi coetáneamente al terminar la Reconquista, demuestran la verdadera fiebre civilizadora que se apoderó del país tan pronto como vió completada la unidad nacional, contribuyendo á tan brillantes resultados, por modo eficacísimo, la ilustración, celo sin igual é iniciativas fecundas de los egregios Reyes Católicos.

Al par que se instituían los anteriores centros docentes, organizábanse de una manera más completa los que ya existían, y se ampliaban sus enseñanzas dotando mejor á sus profesores. El primitivo Colegio Universidad de San Antonio de Portaceli, en Sigüenza, fundado en 1476 por el Arcediano de Almazán D. Juan López de Medina, aumentó el número de sus cátedras después de terminada la Reconquista, y obtuvo, por bula de Inocencio VIII, la facultad de otorgar grados de Bachiller, Licenciado, Maestro y Doctor. En la misma época, 1492, apareció la célebre pragmática de los Reyes Católicos titulada *Concordia de la fe,* importantísimo y curioso documento que tiende á restringir la jurisdicción abusiva del Maestrescuelas en la Universidad de Salamanca, reglamentando á la vez el fuero académico en esta Universidad; y, pocos años después, se ampliaron las enseñanzas de esta última con la creación de los tres Colegios mayores, el llamado de Cuenca, fundación de D. Diego Ra-

mírez en 1500, el de San Salvador de Oviedo que fué instituído por D. Diego Miguez de Vendaña en 1517, y el de Fonseca, creación de este ilustre prelado, que lo dotó con renta de cinco mil ducados de bienes suyos. Al propio tiempo, se perfeccionó la organización académica, reglamentándose los programas de estudios y la forma de conferir los grados; se establecieron por los Reyes Católicos las *visitas censorias* á la Universidad para mantener así incólume el patronato, protectorado é inspección reales sobre las enseñanzas y casas docentes, y se enfrenaron por los mismos ínclitos Reyes muchos abusos y demasías de los Conservadores y Cancelarios, limitando las facultades de éstos mediante sabios Estatutos.

Disposiciones tan fecundas, que radiaron las luces de la cultura por todos los ámbitos de la Península, tuvieron también su eco en nuestra recién conquistada ciudad, pues si bien es cierto que la fundación de la Universidad granadina se demoró algunos años, también lo es que á raiz de ultimarse la Reconquista se estableció en Granada una importante institución académica. En efecto, apenas posesionado de esta silla arzobispal el sabio y bondadoso Fr. Fernando de Talavera, fundó el mismo año de 1492, el Colegio eclesiástico de San Cecilio, dotándolo espléndidamente y alcanzando para su creación especial bula de Inocencio VIII. Ampliación de este primitivo centro de enseñanza, fué ya el Colegio universitario, creado por Carlos V, en 1526, durante su estancia en Granada, en el cual había cátedras de Lógica, Filosofía, Cánones, Teología y Gramática, con su Rector y cuatro Maestros lectores, é incorporada á él una Escuela de primeras letras para cien niños. Por último, el mismo Emperador elevó este Colegio á la categoría de Universidad completa, solicitando bula de creación del Papa Clemente VII, el cual la expidió en Roma á 14 de Julio de 1531, y al año siguiente comenzó á funcionar como tal centro universitario, aumentadas sus enseñanzas con la de Medicina, y después de haber nombrado el Arzobispo D. Gaspar de Ávalos el primer Claustro general, formado por el Rector, Canciller, Conciliarios, Diputados y Catedráticos.

Bastan los hechos apuntados y las consideraciones de ellos deducidas, para demostrar el influjo civilizador del término de la Reconquista, que inauguró para España un período de altísima cultura y de raudo vuelo intelectual, cuyo apogeo, un siglo después, la colocó en ilustración á la cabeza de todas las naciones. En tal concepto debe ser celebrado por esta Universidad el acontecimiento de la toma de Granada, sin olvidar por ello, á fuer de patriotas, el heroismo de nuestros mayores, que no contentos con arrojar más allá del Estrecho al sarraceno, llevaron sus armas victoriosas á Orán, Mazalquivir y Trípoli, haciendo de España tributarios á los reyes de Túnez, Tremecen y Argel.

Mantengamos, pues, vivos aquellos recuerdos, é inspirados en tan grandes ejemplos, apliquémonos á imitarlos; procurando hermanar la heróica virilidad de nuestros antepasados con las preciadas adquisiciones de la civilización actual, seguros de que así lograremos dar días de gloria, ventura y apogeo á esta nuestra querida patria.

HE DICHO.

DISCURSO

DEL DOCTOR

D. FERNANDO SEGUNDO BRIEVA

DE SALVATIERRA

Excmos. é Ilmos. Señores:

Señores:

QUIERE naturaleza, por ley de Dios creador y señoreador de ella, que á poder de fatigas y trabajos nazcan todas las cosas; de suerte que según es su excelencia así los dolores de su nacimiento. El grano de trigo para que de él brote la espiga primero en la tierra ha de corromperse. Los árboles, entumidos mientras hiela el invierno, luego se esperezan y se cubren de pomposa vestidura de hojas y frutos. Con dolores y angustias compra la madre la alegría de mirarse en el pequeñuelo, brinco de sus ojos y contento regalado de su corazón. Por angosturas y asperezas, que no por camino real llano y espacioso, la virtud y la fama y los altos puestos se aquistan; y el que llega á la cumbre se desvela con afanes y cuidados que no quitan el sueño á quien vive en obscuridad humilde y sosegada. Digo todo esto porque nunca sentí la pesadumbre de este oficio nuestro de enseñar, cuanto honrado difícil, y á lo que obliga ser de vosotros, como ahora que por pensión de él, y no por otros títulos que no tengo, me veo el llamado en esta ocasión solemne á ser quien os hable de las glorias imperecederas de aquel año venturoso que bien pudiéramos llamar el día grande y bendito de nuestra vida de españoles. Mas con el temor del empeño corre parejas el gozo de acometerlo ó á lo menos intentarlo; que es tal, que si nunca me pareció esta toga más sobre mis fuerzas, tampoco la vestiré jamás con mayor ufanía que ahora que me manda celebrar á aquellos

piadosísimos é invictísimos príncipes que fueron siempre el amor de mis amores en nuestra hermosa historia. Á fe mía que no olvidaré, ni es para olvidado, cuando por primera vez pisé este suelo de Granada, y contra el estilo, antes que á recrearme en las maravillas de la para mí desconocida Alhambra, corrí á saludar con oración fervorosa la tumba de los cristianos conquistadores; pareciéndome que en ley de español y de hombre bien nacido y no olvidadizo de sus deudas, primero que dar contento á los ojos con los tesoros de la herencia, era rendir gracias á quienes tanto bien nos legaron. Nada hace ahora que el elogio por mío quede muy por bajo del merecimiento, porque es tan subido éste, que los que más allá tiran la barra en alardes de saber y elocuencia se quedarían cortos, y cuanto dijeran holgaría para encarecerlo. Vístase el vicio hipócrita con preseas y atavíos que le den vislumbres de virtud; decórese el error artificioso con apariencias de verdad; busque la vejez liviana, que huye de parecer vieja, con los adobos y afeites del rostro codearse con la mocedad florida; mas el virtuoso se muestra sin aliño, y la verdad no es artera ni voceadora, y la mocedad lozana y limpia sin otras industrias sujeta á su imperio las voluntades. Así ahora la hermosura de los hechos que conmemoramos, sin que haya menester de primores de palabra, que yo no podría prestarles, aquí se os mostrará á los ojos. Del asunto será cuanto notaréis digno de vosotros que escucháis. Lo que no alcance á vuestro deseo lo reivindica por suyo el que hoy os habla.

I.

Retablo de duelos y afrentas estaba hecha Castilla á mediados del siglo XV. Reinaba para desdichas aquel príncipe D. Enrique, mal hijo, peor súbdito y pésimo rey: hombre desmazalado de alma y cuerpo que por la codicia de los deleites á que se dió de niño, nunca se pudo esforzar á lo que pide el valor y condición de hombre. Atediábanle los negocios, que no medran sin el ahinco de la voluntad; y por no

sufrir la carga del gobierno echábala en los hombros livianos de áulicos ambiciosos y aduladores. Así iban, el rey tañendo y monteando ó en otros entretenimientos aun más contra el decoro de príncipe y la limpieza de cristiano; siempre rodeado de juglares y de moros que le hacían la guardia, y á quienes honraba con escándalo: divertido de toda ley divina y humana; y el reino por momentos derribándose: que á ejemplo del rey se componían en el reino todas las cosas. Todo era noche obscura sin luz de justicia y honestidad; sacrilegios, fuerzas, rebeldías y rapiñas. La realeza, tan rebajada y caduca que años atrás hubo de tomarla sobre sí el gran Condestable; único varón de su tiempo; ya no valía ni por palabra de hombre honrado, según aquella afrenta del famoso Seguro de Tordesillas donde la fe del rey D. Juan tuvo que ser fiada de un vasallo. Y ahora con la torpeza del hijo y la licencia de la corte, donde parecía que habían hecho su habitación los burdeles, y los cortesanos metidos á rufianes andaban tan descocados, que hacían bueno á aquel D. Juan Lorenzo de Acuña del siglo XIV, paseante de su deshonra; ahora digo, con este más bajo envilecimiento, jugábanse la dignidad real á los dados de la osadía, como tahures y barateros que eran, los ricoshombres descendientes de la nobleza enriqueña. Pudo ser fuerza para derribar la corona de las sienes del rey D. Pedro derribarle la cabeza de los hombros; mas con reyes de burlas, que al decir de los hermanados de Burgos, "dejaban deshonrar su persona y casa y ocupar las cosas á sólo ellos debidas„ bastaban las burlas de Ávila donde en cadalso eminente, porque el baldón fuera más á la vista, eran públicamente degradados. Pues la ricahombría en esto de bajar allá se iba con la realeza: gentes sin ley ni temor de Dios ni de los hombres, más haciendo vida de moros que de cristianos. De las antiguas virtudes que á sus mayores engrandecieron hacían público escarnio. Ya no se ejercitaba el valor con noble empeño en ganar tierra á los infieles como en edades más venturosas, sino en alardes vanos donde la caballería andantesca, torpe remedo de cosas muy altas venido á Castilla de allende, gastaba lo que á más santa ocasión y grande fin había de encaminarse. Díganlo sino el

Paso honroso de Suero de Quiñones y aquel otro del Pardo, que mantuvo D. Beltrán de la Cueva; y tantas justas y torneos de que están llenas las historias del tiempo. Y allí era de ver la riqueza escandalosa de vestes y armaduras, y las mil empresas y motes de escudos y broqueles, y la extravagancia ostentosa de penachos y cimeras, y los artificios de lagos y rocas donde á deshora se mostraba el caballero mantenedor del campo; el cual con pagano acatamiento, mengua de cristianos, postrándose ante la dama de sus pensamientos allí le rendía su homenaje, y tal vez la vida, harto mejor empleada si la arriesgase en las fronteras. Que en estas fruslerías, cuando los pueblos se abaten, consumen las fuerzas que por ventura, siéndoles de menester, luego les faltan. Y como el amor del bien común no los juntaba en uno, sino antes la codicia furiosa del interés los encizañaba, vivían en armas, siempre los unos contra los otros; y los agravios y ofensas, siendo la justicia flaca y sin valedores, más se remitían al rencor ciego que á la razón serena y alumbrada, con que tomándose la justicia cada cual por su mano, era satisfecha la venganza y la justicia escarnecida. No señoríos con señoríos ni ciudades con ciudades, sino barrios con barrios, con más bárbaro furor que entre infieles, entre si reciamente se peleaban. Donde quiera los bandos estragaban la tierra, y de ellos había que por acabar con su enemigo, mal pecado, traían gente de moros: así en Sevilla el duque de Medina y el marqués de Cádiz; así en Córdoba D. Alonso de Aguilar y el conde de Cabra, destruidores de Andalucía. Pues del reino de Murcia escribía Hernando del Pulgar al obispo de Coria D. Francisco de Toledo, que tan ageno le reputaba como el de Navarra. Y no en más sosiego vivía Extremadura, ni León, ni Castilla ni rincón alguno del reino, porque donde había tierra había guerra; y esto con tanto vilipendio de la justicia que así se miraban tales fuerzas y desafueros como si pasaran de rayas para afuera donde la jurisdicción y poder no llegasen. Los castillos y fortalezas otro tiempo para atalayar la tierra y guarecerla de infieles, servían ahora de madriguera á los foragidos que la salteaban y robaban, y aun sobre esto, según atestigua Lucio Marineo Sículo, "cautivaban las perso-

nas las cuales rescataban sus parientes no con menos dinero que si las hubiesen cautivado moros ú otras gentes bárbaras„.

Y qué diré de la luz que de lo alto del monte ha de alumbrar la tierra, de la sal que ha de curarla porque no se corrompa? Que en la ruina común también era caído lo que para evitar toda ruina fuera edificado. Pone grima en el ánimo ver los obispos yendo á la parte con los ricoshombres en las violencias y latrocinios y llevando sus mesnadas no contra los infieles, como insignes prelados con grande gloria suya hicieran, sino al asalto de mitras más pingües, y en asonadas y rebeldías contra toda razón y fuero. En boato de príncipes y en deshonestidades despilfarraban los más la hacienda de los pobres: lobos, que no pastores, devoradores del rebaño; y quién hubo como D. Alonso Carrillo que quiso ser enterrado junto al torpe fruto de sus flaquezas: fealdad que el gran Cisneros santamente quitó de los ojos. Pero qué más, si de padres á hijos como cosa gentilicia pasábanse el báculo y el anillo aquellos nobles, robadores de la iglesia y del reino que reino é iglesia mancillaban? Y en este mar revuelto los cabildos y abadías en manos de barbilindos, muchos de ellos legos y mandados de Roma, que sin curarse del oficio se holgaban harto con el beneficio; y los monasterios y conventos, abiertas de par en par las puertas á la licencia con tanta suma de privilegios que Cisneros llamaba *Alcorán pésimo de vida ancha,* hacíanla no de frailes y monjas sino peor que de legos; de modo que según la significativa expresión de fray Hernando de Talavera más era el Señor deservido que no servido en ellos. Tan desmandados andaban todos, y tal había salido la Iglesia de aquella tenebrosa noche de Aviñón no sin causa llamada segunda cautividad de Babilonia.

Pues los populares con el ejemplo que se les ofrecía á los ojos no andaban tampoco más derechos. Porque como pueda tanto con la gente llana lo que ve en los que tiene por mejores, luego sigue la corriente y con su braveza natural por todo atropella. Así los rompimientos, fuerzas y estragos de honras y haciendas; la total depravación de las costumbres que infestaba y consumía aquella sociedad desventurada.

La fe tibia y sin obras, las supersticiones como mala cizaña ahogando la mies de la buena doctrina. No parecía sino que habían resucitado los paganos según eran las prácticas gentílicas al uso: semilla tan arraigada en la tierra que tantos siglos de fe no la habían descuajado. Y ahora con la labor de la corrupción general y los aires del Renacimiento, saludables mas peligrosos, de nuevo rompía y espigaba. Para colmo de males los judíos en boga y bien quistos en la corte; y los odios y contiendas de conversos y cristianos viejos tan encendidos, que ardían las ciudades en guerras sangrientas é inextinguibles. La tierra yerma porque los brazos sólo se aplicaban á las armas. Ni la ninguna seguridad de los campos dejaba que se labrase; antes forzaba al labrador á recogerse á lugar cerrado, con lo que los mantenimientos menguaban y la hambre crecía. Los pueblos miserables eran estrujados con nuevos pechos, y á mucha fuerza los procuradores otorgaban pedidos de moneda que disipados entre validos y tiranuelos apenas si á las arcas reales llegaba un cornado. Y mientras el lujo loco hermano mellizo de la miseria azotando el rostro del hambriento, y D. Beltrán de la Cueva y otros como él gastando el oro y la pedrería hasta en los borceguíes, y el arzobispo Fonseca en una cena que dió á la reina D.ª Juana, á los postres haciendo servir en lugar de dulces en bandejas de oro cintillos de balajes y otras piedras preciosas donde las damas á su placer escogiesen. Verdad que todo se componía con alterar cada hora la ley de la moneda, según la urgencia ó según la codicia de quien la acuñaba, que también eran muchos en este latrocinio; y así vino á suceder que lo que alienta los contratos ahora servía para entumecerlos, porque moneda nadie la quería, y lo poco que se trataba era á trueco como entre bárbaros. Oyendo esto no habrá quien se espante de que á poder de la necesidad, que no sufre ley, se engendrase el odio y con él amenazase el incendio de la guerra social entre despojadores y despojados, brava, temerosa y á muerte: último y desastrado fin de Castilla. Así se hacían calle ideas, que hoy es, y con verdad ponen miedo en el corazón de las naciones. Años adelante de aquellos calamitosísimos, y ya mudadas las cosas, dedicaba á la reina D.ª Isabel cierto autor anóni-

mo entre portugués y castellano libro por demás curioso y para leído, donde con el artificio de bien dispuesta fábula se sueltan doctrinas de las cuales pondré aquí algunas porque aseguro que lo merecen. "Los onbres„ dice "en este mísero mundo venidos, todos fueron igualmente señores de lo que Dios, antes de su formacion, para ellos auía criado, é desta manera, si onestamente dezirse puede, gran enemiga deuemos auer et tener los tales como yo con los altos varones, pues forçosamente auiéndose usurpado el señorío nos han hecho siervos. E puesto que tu magestad diga, (figura que habla con el rey), que aquesta larga é gran costumbre es ya vuelta en naturaleza, sepa que por aquellas leyes por donde lo dicho se principió querríamos el contrario rehacer, porque toda cosa que con fuerça se haze, con fuerça deshacer se tiene,..... Siente por ventura tu alteza qué pena será la nuestra veyendo á los que mayores se han hecho de nuestros afanes goçar?..... Nosotros llenos del afan y del cuydado passamos los dias sin ningun plazer: nosotros llenos de mil miserias somos por muchas maneras despechados: nosotros llenos del crecido trabajo de que los reyes é grandes señores os lleuays todo el provecho..... ¿E qué mayor mal puede auenir, mayüer que si auiene, que ver el triste labrador del trabajo é sudor suyo mantenerse los gastos reales, la pompa de los grandes señores, la desgastadiza locura de los cortesanos, la crecida riqueza de aquellos quen la real hazienda entienden? E asimesmo ¿qué sentirá veyendo todo esto é verá el poco cuydado de la justa gouernacion, que de su propia voluntad el príncipe tomar ha querido? Quanto mas que vemos que todo se gasta en ricos vestires, en golosos comeres, en blandas é delicadas camas, en caçantes aues, en mucha diversidad de perros, en ynventadas justas, en solepnes fiestas, é lo que peor es, en los alarderos truhenes, que no sin gran cargo de conçiençia hacerse puede, é por no detenerme, en toda manera de deleyte? Pues por aventura ¿no sentirá el simple aldeano aquestas cosas por muy graves, ó será como el asno á la viuela? Ayna diria ser asi de la naturaleza proueydo, que aquello que con mucho afan é mísero trabajo se alcança sea con alegre é deleytable plazer gastado.„ Notables razones, Señores, donde no se sabe

que admira más si el vigor con que están sentidas ó la lisura y desembarazo con que son expresadas. Por aquí el historiador perspicaz hallaría el hilo de aquel famosísimo alzamiento de los agermanados de Valencia, reinando el Emperador: guerra de clases de la cual este libro es como apellido y bandera. En resolución tal era Castilla entonces: la religión escarnecida; la realeza afrentada; los nobles en bajezas y suciedades; triunfante el vicio soberbio á la luz del día y en obscuridad la virtud humillada; el pueblo hambriento de pan y doctrina; los moros insultando las fronteras.

Desecha borrasca corría también Aragón donde reinaba aquel D. Juan II, de infante revolvedor de Castilla, y de rey alborotador de su reino; tan mal padre como el castellano mal hijo; tirano de su sangre y siervo de su mujer D.ª Juana Enríquez, hembra altanera y por demás ambiciosa y de cepa de ambiciosos. El proceder que tuvo con su hijo D. Carlos de Viana, príncipe merecedor de otra suerte, alzó contra él á los catalanes, que según el estilo que usan cuando se alborotan, anduvieron brindando con el condado á quien le quisiera tomar. Al fin no fué malo que se sosegó todo. Pues el resto de la Cristiandad no vivía más en calma. Salteaba el turco las costas europeas y con sus bajeles infestaba los mares. La Iglesia, sangrando todavía por las heridas que le causara el cisma. Su antiguo poder sobre los príncipes con que los reducía á mandamiento, decaído. Los Papas no todos según la santidad de la silla; sueltas las costumbres del clero, más de lo que fuera razón arregostado á la vida holgada. Los reyes, enviciados ya en andar sin freno erigían en ley su voluntad. Con tiranías sangrientas agrandaba su reino Luis XI de Francia, y de tantos principados antes pequeños y sueltos, hacía uno poderoso; y en Italia no había crimen que no lo hiciera bueno la razón de Estado. De esta manera los usos y constituciones de los pueblos y las leyes por que se regían, muchas de ellas libres, quedaron mudadas. Sobre esto las feas contiendas antiguas con los Papas mantenían á los príncipes engreídos. Amonestábanles los letrados con el derecho viejo de Roma, ahora restaurado en las escuelas, á no partir términos con otra potestad alguna.

Con esto vivían encelados de la Iglesia: mirábanla como á enemigo de quien hay que guardarse. Las ideas y las costumbres con las novedades de las cosas antiguas de Grecia y Roma, que renacían, muy alteradas. Engolosinado el paladar con ellas, todo se tomaba á bulto lo bueno con lo malo: parecía como si el mundo hubiera de mudarse. Señales de incendios, de tormentas fieras, de espantosos torbellinos, de alteraciones y batallas asomaban por doquiera. Nube preñada de males que un siglo después descargó con grande estrago.

II.

Vive Italia para las cosas de afuera ociosa; dentro de casa siempre afanándose en su perdición, y en mil pedazos dividida: vuelta un rincón del gran palacio del mundo. Sus príncipes en discordia. No así España, cámara principal donde todo acude, emporio del orbe, que junta sus fuerzas apretadamente en uno, con sola una voluntad en sus reyes„. Así escribía desde Zaragoza al Cardenal Ascanio Colona el insigne humanista italiano Pedro Mártir de Angleria en 1487. ¿Quién, leyendo esto, no imaginára, que no trece años sino todo un siglo iba pasado de aquel año de 74, cuando moría el rey D. Enrique dejando el reino en total perdición y ruina? Y con todo ello así era la verdad, que en tan breve espacio felicísimamente habían mudado de semblante todas las cosas. Y no más sino porque ya no vacaba en la república aquel oficio de rey que Hernando del Pulgar, doliéndose con el obispo de Coria, echaba menos en Castilla. Una princesa, varón en el esfuerzo, mujer delicadísima en la dulzura, había obrado tan gran milagro. Con razón el dominico Fray Andrés de Miranda la llamaba la elegida de Dios; porque sólo Dios, que para cosas tan altas nos tenía destinados, pudo enviar á España tan gran remedio de males y restauración de bienes como en ella nos enviara. Ya

se columbraba el amanecer de este claro día en aquel venturoso enlace que juntó en un haz las mayores fuerzas de España en mal hora de largos siglos departidas. Al fin era llegado el apretar de nuevo el nudo que la rudeza de D. Alfonso el Batallador y la altanería de D.ª Urraca infelizmente desataron. Y era de ver como el alborozo popular recibía al mancebo que entraba en Castilla á hurto, recatado el rostro como ladrón que saltea: él que venía con el tesoro de aquella unión con tantas ansias codiciada. Á despecho de la envidia ruín y del bastardo interés herido, festejábasele en calles y plazas con alegres cantares; y los pequeñuelos en sus juegos y burlas de muchachos, caballeros en cañas y armados de pendoncillos, gineteaban diciendo:

Flores de Aragón
Dentro en Castilla son.
Pendón de Aragón
Pendón de Aragón

Hermosísimas burlas, Señores. De ellas salieron las veras que al mundo en Granada, en Italia, en África, en las viejas tierras como en las nuevas asombraron! Bien aduce aquí Bernaldez aquellas palabras de la Escritura que dicen: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos ut destruas inimicum et ultorem:* que por boca de los niños balbucientes y de los pequeñuelos todavía colgados de los pechos de sus madres, hablaba Dios y anunciaba las grandezas de lo porvenir. Y qué júbilo no sería el de los castellanos cuando ya salido el sol de la buena ventura, entraban los príncipes en Toledo, vencedores en Toro, sueltas ya las manos para ponerlas á la santa obra tan sólo á ellos destinada? Tuviera vagar y yo os pintaría aquí el cuadro que el Bachiller Palma en su *Divina Retribución* tan valientemente describe. El festejo del sol riente, el alegre sonar de trompetas y añafiles; las aclamaciones jubilosas de la encendida muchedumbre; el aparato con que, llegados los reyes á la Santa Iglesia, de lo alto de la entrada dos ángeles mancebos con acordadas voces decían: *Tua est potentia, tuum est regnum, Domine: tu es super omnes gentes; da*

pacem, domine, in diebus nostris. Y luego aquel postrarse humildes mientras la clerecía entonaba el *Benedictus*, nunca á mortal alguno con más justa razón aplicado. Pues tampoco me había de callar la mayor majestad y pompa con que á los dos días, las banderas castellanas vencedoras y las del *Adversario* vencidas, enhiestas las unas, abatidas al suelo las otras, eran en triunfo paseadas; ni los arreos y preseas de los príncipes, á la par de su grandeza; y menos la piadosa y grave ceremonia con que los estandartes portugueses como en acción de desagravios fueron depuestos ante la tumba del vencido de Aljubarrota. Pero falta espacio y hago punto, y digo que así celebró Toledo la fiesta de la Paz, según lo cantaban las regocijadas voces de los niños de coro. De allí adelante, quieta y sosegada Castilla, ya no se acicalarían las espadas para esgrimirlas contra hermanos sino contra los de fuera en causa de fe ó de patria. Ocasión como ella bien se mereció la soberbia fábrica toledana del convento de S. Juan, milagro de piedra, ufanía de los propios, pasmo y envidia de extraños. No hay duda sino que reinado con este amanecer, espléndido mediodía aseguraba.

Túvole clarísimo en verdad cuando en la más serena región de la república, donde la autoridad bien concertada se asienta, lució para todos el sol de la justicia alumbrando por igual collados y llanuras, poderosos y desvalidos. Y esto aconteció luego que levantada del todo la realeza y restituída en sus derechos, tornó á ser con creces lo que en los buenos tiempos de Castilla: empresa ardua en que de siglos atrás estaban empeñados los reyes, y no en España sólo mas en toda Európa. Porque á los principios, andando todavía la dignidad real como en mantillas, los reyes más eran cabeza de hueste y primeros entre los iguales, llanos en el estilo y trato de corte, como quienes estaban entre merced y señoría. Su autoridad endeble y á menudo contrastada: para reinos pequeños lo bastante. Mas así que el santo rey don Fernando, príncipe harto desconocido, cobró de moros todo lo más de la tierra, con aquel ensanche y crecimiento del pueblo cristiano, el oficio y dignidad de rey hubo de empinarse en hombros de los populares, y tender la vara de la justicia sobre los más altos, con que por igual viniesen á

concierto en el pro común, fin de toda bien ordenada república. De este tiempo es el Consejo de *homes sabidores,* que sacó el gobierno de manos de la fuerza ciega y le puso en las del saber alumbrado; y aquellas veredas por las cuales, rodeando como prudente que ladea la dificultad si no puede afrontarla, buscó el insigne príncipe que todos á una sola ley se sujetasen. Reverdecían por entonces en las escuelas las antiguas leyes de Roma, como de pueblo dominador del mundo muy inclinadas á apretar la autoridad y hacerla una; y los cánones de la Iglesia, sustentadores de la bendita concordia de voluntades, que llamamos la Cristiandad, alumbraban por todas partes. Demás de esto ya de antes, juntos reyes, señores y vasallos en la hazaña de rescatar el Sepulcro de Cristo, y franqueadas así las fronteras, y alzados los rastrillos que á gentes de gentes y á señores de señores apartaban, los hombres llanos en más dilatada comunidad arrimábanse á los príncipes con los cuales como en su baluarte natural se guarecían. En resolución que todo venía á la mudanza. Estos comienzos no tuvieron iguales los fines. Porque como quiera que el oficio de mandar pida la mira alta, y que no se lleven los ojos perpetuamente en la tierra como las bestias; pero en negocio de tanto reparo y tino no mirar donde se pisa y bracear con lo imposible es correr al despeñadero. Digo esto á propósito de aquel sin ventura de D. Alonso el Sabio que con el apetito del fruto quiso tomarlo verde con que se vino á perder todo. Porque el libro de *Las Siete Partidas* famoso como es y el más noble empleo en que se ejercitó el romance, ni era para su tiempo, ni tal vez su demasiada afición á las cosas extrañas se avenía con las genialidades de nuestra gente ni con los usos castizos que no eran para abolidos sino para reformados. Raiz esto con las codicias y torpezas de la fiera batalla y males temerosos que se siguieron. Y no será de pasar por alto el reinado de D. Pedro de Castilla donde esta batalla llegó á su mayor reciedumbre. Rey el más traído y llevado de nuestra historia, á quien en vida no dejaron en paz los rebeldes ni en muerte los historiadores. Hombre que con otros tiempos por ventura se levantara á cosas grandes. La ralea de foragidos blasonados con quien hubo de habérselas, gente de mala yá-

cija, agrióle la condición, y como fiera acosada que se revuelve ensangrentó el reino. La deshonestidad la aprendió de su padre: tales eran los vientos del siglo XIV. Siendo capaz de mucho mal murió á manos de quien era incapaz de ningún bien. Tuvo el fratricida demasiado en que pensar para encajarse la corona, que sobre el cuerpo muerto había que hacer las partijas entre los nobles de nuevo y de viejo cuño que ayudaron en la hazaña. Ciñósela años adelante don Álvaro de Luna porque de las sienes de D. Juan II no cayese al suelo y rodase. Era el Condestable más esforzado varón que sus contrarios: tampoco á él pudieron arrancarle la corona sino con la cabeza.

En Aragón no fué la contienda menos brava. Tenía la constitución de este reino, más encomiada que conocida, mucho de privilegiado y feudal; centón de cosas diversas, algunas merecedoras de alta alabanza, otras partiendo lindes con la anarquía. Á triunfar los vencidos en Epila, desmenuzado el reino entre tantos tiranos como rebeldes, aquella valentísima república hubiera miserablemente acabado. Que el popular padecía opresora servidumbre el alzamiento de Valencia en aquellas graves alteraciones, y el semblante de la guerra de los Agermanados cuando las Comunidades, lo declara. Venció en la contienda D. Pedro de Aragón más astuto y afortunado que el de Castilla. Del dictado con que se apoda al castellano le salvó la victoria.

Mas advertid, Señores, que en este encumbramiento de la dignidad real, en que se cifraba por aquel entonces la paz y bienandanza de los estados, no todo era de ley, y menos allende nuestras fronteras. Es de un dulzor el mandar, que el que tiene la posesión de él, fácilmente se enquerencia con su voluntad, y el sólo aviso lo reputa por desacato. Como dije ántes, comenzaban los reyes, ya más firmes, á mirar con ceño á la Iglesia. Enojábales la excelencia de su potestad que, como toca á las almas, se enseñorea por dominios donde la jurisdicción temporal no tiene imperio. Los juristas por escuela y por provecho halagaban estas pasiones. Buscaban hacerse lado y tener con los príncipes el lugar que la religión tuvo ántes. Decían que Dios ha puesto los reyes porque á su voluntad se rijan todas las cosas. Que

de la suerte que el divino poder del Creador llena é hinche el Universo de las criaturas, así la potestad del príncipe ha de llenar todos los ámbitos de la república. Que así en Roma los Emperadores, señores de almas y cuerpos, juntaban entrambas potestades. Otros por contrario camino viniendo á iguales fines, que en la voluntad tornadiza y por ventura ciega de la multitud estriba la justicia. Era lo peor que la estada funestísima de los Papas en Aviñón y el Cisma que siguió luego, dejaron la Iglesia tan estragada que aquella su antigua autoridad, de todos obedecida, padeció grande mengua. Con esto sin freno los príncipes llevaban la obra hasta donde pedía el interés: los fines abonaban los medios. Con tiranías espantables los estados europeos se ensanchaban. En los grandes y poderosos como en los diminutos y flacos no había camino torpe ni torcido yendo derechamente á la intención. Lo bueno y lo malo sustituído con lo útil y lo inútil. De estas pestilentes máximas sacó su código Maquiavelo.

Así navegaba la política con estos vientos de tormenta cuando, muerto el rey D. Enrique, se alzaron pendones por la reina D.ª Isabel. Caíase la república á pedazos, y apretaba la necesidad de remedio. Para entonces las novedades en el arte de gobernar tiempo hacía ya que corrían por España. Contra los aires de un siglo como contra la peste valen poco las fronteras. Demás que según se mudan las costumbres, así leyes que en su sazón fueron provechosas luego también han de mudarse. No es uno el humor del mozo resuelto y del hombre barbado y grave, y el de la vejez apenada y temerosa; ni lo que al uno cuadra les cuadra también á los otros. Sólo la verdad y la justicia no se mudan. En fin, que las antiguas constituciones medievales, tenían que ir con la novedad de los tiempos y con las necesidades nuevas; pero la complexión cristiana de nuestro pueblo era tan maciza, que con estar doliente y postrado, todavía resistió la infección y la echó de si y se restauró sin extraños y dañosos estilos.

Tan cristiana y española era también quien arrostró la obra. No he de hacer aquí el retrato de aquella santa reina, mujer la más esforzada y admirable que ciñó corona. Fuera

osadía intentar lo que tantos primeros ingenios de aquel siglo acá hicieron con mejor arte. Fatigadas están en su alabanza las imprentas de Europa. Ni ¿qué más que las acciones de aquella mujer que son otras tantas bocas pregoneras que la publican; y este enternecimiento de hijos en que se derrite el corazón al sólo nombre de quien fué como madre de esta España donde nacimos, más dulce todavía hoy por más desventurada? Pero sí quiero proclamar en desagravio del hombre á quien la gran reina supo elegir por compañero de su vida y cooperador de su obra, que parangonarle con los impíos, disolutos y sanguinarios príncipes del tiempo sin más ley que su gusto ni más fin que sus intereses, es injusticia notoria rayana con la calumnia. No es extraño que fuera receloso quien se crió entre recelos y suspicacias; ni que no se le esponjase fácilmente el corazón á quien no vió en su padre ni en su madre más que ambiciones devoradoras. Era astuto y de astutos venía. Astuto fué el rey su padre; astuto aquel conde de Trastamara, cabeza de su estirpe, que todo lo fió á la astucia; astuta la reina D.ª Juana Enríquez, y de raza de astutos, avizores de su provecho. Los que él engañó no se quejen del engaño sino á su torpeza, que no salieron engañados por más leales sino por menos sagaces. Iban así las costumbres, y jugar con otras cartas fuera jugar á pérdidas; mas nunca manchó su honra con las infamias con que tantos príncipes de su tiempo se mancharon. Fué firme en la fe, y si tal vez se mostró ceñudo con el Papa nunca le negó la obediencia, y más fueron desabrimientos del rey de Sicilia con el de Roma pleiteando por sus derechos, ó deber de príncipe de mirar por el bien y la hacienda de su pueblo. Tenía el valor sereno y reposado que atento considera el peligro y lo acomete; no la temeridad ciega que se arrebata. En la resolución y sobriedad era aragonés. Á ser menos esquivo no afearan su memoria las quejas de los varones más insignes de su reinado. Nunca se le podrá perdonar fácilmente que segundase bodas quien tal mujer logró, y pusiera á punto de arriesgarse la obra con tantos esfuerzos consumada.

Y volviendo al propósito que la reina D.ª Isabel dió cima felicísima á la restauración de la realeza, y ordenó la repú-

blica al tenor de los tiempos, y según pedía estado tan poderoso que de un cabo al otro de la antigua Hispania y de mar á mar se dilataba. Donde se estrelló su desventurado abuelo y perdió corona y vida, la inmortal princesa; que por cierto le vindicó, y honró su memoria; con más piedad y prudencia alcanzó palma inmarcesible. Fueron con ella en este generoso empeño dos hombres extraordinarios; el venerable Fray Hernando de Talavera y el venerable Fray Francisco Jiménez de Cisneros. Varón aquél en santidad y don de consejo eximio. Hombre milagroso éste, conjunto de aptitudes que asombra; cada cual tan desembarazada como si en sola ella se hubiera empleado. Fraile, reformador, político, soldado, filósofo, santo; fundador de instituciones y conventos, de ejércitos y escuelas; todo ello encerrado en un cuerpo enjuto y magro á rigor de las penitencias, que el de otro Hilarión ó Pablo el Hermitaño semejaba. Complexión la más limpiamente española de su tiempo; alma que tanto se compenetró con la de la reina católica, que, á tener su dulzura, las dos una sola alma parecieran. Alguien ha osado parangonar con él á Richelieu: ¡infame caricatura! Pues con estos arrimos de hombres táles, que tuvo la magnánima princesa en su empeño, no hay que decir si sería castiza la ejecución y conforme á aquella valiente escuela teológico-jurídica de nuestro admirable siglo XVI, tan hermosa como desconocida: toda ella empapada en aquel espíritu de santa libertad que no se acabó de perder en nuestra tierra hasta el malaventurado siglo XVIII.

Era lo primero, que clamaba por mano fuerte y pronta, recobrar la hacienda de la corona que el rey D. Enrique había desbaratado. Mal antiguo en Castilla. Ya el de Trastamara como caudal mal ganado, que se va de las manos, la arrojó por la ventana. De este modo engordando los rebeldes esforzaban sus rebeldías, y el rey sin poder sustentar su estado y porte por la pobreza venía al envilecimiento. Pero ahora con perseverancia prudente y firme fué cobrándose á mano real lo que antes se derramó con escándalo: que fué arrancarlo de la boca del lobo según la gráfica expresión de Pedro Mártir. Tantas ciudades y fortalezas, con grave daño enajenadas, en las cuales iba la defensa del

reino y la seguridad de las fronteras, al reino volvieron de donde nunca debieron salir. Quedaban aún para amenaza de perpetuas alteraciones aquellos potentísimos Maestrazgos de las Órdenes militares, linaje de reinos sueltos dentro del reino, castillos roqueros de donde no pocas veces se lanzaba la ambición á estragar la tierra y perturbar la pública tranquilidad y sosiego. Hermosas fueron de ver batallando con los infieles, y ganando reinos para Cristo; pero ahora por la malicia de los tiempos con mengua de su hábito sólo ayudaban á la perdición del reino cristiano, porque según tenían el poder donde echaban la pesa de allí se inclinaba la balanza. Lo cual se remedió no dando por el pie al árbol, manera muy holgada de gobernar que á cualquiera se alcanza, sino injertando sus ramas en el tronco de la monarquía, con que el fruto conservando el dulzor perdiese la antigua aspereza.

Triste condición la del hombre que las más veces no ha de poder con él la justicia si no la mantiene la fuerza! Nada valdría la autoridad, celadora de lo que á cada cual le es debido, sin el imperio que se impone con el temor del castigo seguro! Estribados los ricoshombres en sus mesnadas, hombreábanse con los reyes, tal vez con menos gente que armar que ellos, y á tuerto ó derecho, según queda dicho, se entraban por las tierras y las robaban, y vejaban al desvalido inerme, y no había ley ni fuero que no atropellasen. Menester era, pues, que fuese armada la justicia porque hiciera sentir la pesadumbre de su brazo á quienes la resistían soberbios. Ya en las turbaciones antiguas de los tiempos pasados la necesidad, que es gran consejera, había hermanado las ciudades y villas para la defensa: juntas que se alargaban cuanto pedía la ocasión y luego se deshacían. Mas al presente la sabia providencia de la reina D.ª Isabel, armando los pueblos por modo estable contra toda casta de enemigos interiores, restituyó á la justicia la espada de que había sido despojada. Esta fué la Santa Hermandad famosa que blandamente rescató á los plebeyos y los acercó al trono; la cual al modo del Hércules de la fábula libró á Castilla de monstruos y de bestias fieras, y la limpió de la suciedad de robos, fuerzas, incendios y desafueros con que unos nuevos establos de Au-

gías semejaba. Institución trascendental y de mucho rastro, que luego completó el gran Cisneros.

Mudada quedó la faz de la república con estas felices resoluciones. Y cuando, ordenado el modo de enjuiciar, y puestos los tribunales en el punto que su alteza requiere, se hizo sentir la fuerza suavísima de la justicia, entonces fué el respirar holgados y dar suelta al corazón, con tantas angustias y temores comprimido. Pues ¿qué contento no sería ver á aquella nobilísima reina en el alto sitial, mano á mano con su pueblo, oyendo sus quejas y acudiendo á sus necesidades? Bien así como lo hiciera el santo rey D. Fernando, y fué de tradición en Castilla hasta que la turbación de los tiempos lo trastornó todo. No hay duda sino que con esta vecindad y trato se apretarían más los nudos entre el rey y el pueblo; y no que la muralla de áulicos, ministros é intermediarios, apartando lo que por ley de naturaleza política ha de estar unido, con la continua incomunicación trae al fin la tibieza y aun el desamor peligroso. Con razón se holgaban de vivir entonces los hombres que tanta hermosura alcanzaron. Grande dicha por cierto, porque es harta pena haber de pasar esta breve vida sin ver cosa que no sea para quebranto del corazón y lágrimas de los ojos y quizá cerrarlos en noche sempiterna sin llevarse la esperanza del remedio! No así aquellos felices que acertaron á vivir en tan dorados días. Era la religión entonces alma de la república, principio y fin de las más generosas empresas, norma para el mandar de los grandes y el obedecer de los pequeños; luz que á todos alumbraba sin nubes de embelecos y supersticiones. La justicia, tan ultrajada de antes, ahora sola y señera, sin más compañía que la de su majestad soberana, en chozas y castillos recibía amoroso y reverente acatamiento. No andaban ya los ricoshombres á puja de desafueros y maldades, sino antes en nobilísima porfía las hazañas de los siglos pasados emulaban. Abiertas de par en par se ofrecían al merecimiento las puertas de las honras sin que la lisonja vil, que se agacha por los portillos, ó el cohecho miserable franqueasen á hurto el paso que les era vedado. Más bien parecía ahora la honestidad en la mujer que no la hermosura; y la hacendosa que así doraba á fuego el pernil sabroso, como jugaba las agujas de

la randa, honrada era de todos; y la liviana que vivía en la ociosidad lasciva del estrado, señalada con perpetua ignominia. No sudaba la tierra el labrador para que le arrebatase el fruto la fuerza impía, el lujo impudente ó la codicia sin entrañas. Horras de gabelas odiosas florecían las mil industrias con que el ingenio del hombre acude á sus necesidades. Todo era paz entre las gentes españolas, de suyo inquietas y movedizas; todo amistad y concordia. Los buenos ensalzados; los malos abatidos; pisados los odios é intereses que dividen; abrasadas las voluntades en el horno encendido del santo amor de la patria.

III.

A muchas partes tuvieron que acudir los Reyes Católicos bajo cuyo imperio se acabaron todas las cosas, siglos había comenzadas, ó quedaron camino de terminarse. De ellas era cabeza lo tocante á nuestra santa fe, medula de la gente española, donde no poco había que remediar según lo recio de los males que la dañaban y ponían en grave riesgo. La secular comunicación y trato con judíos y moros, arcaduces de toda casta de supersticiones y embelecos gentílicos y orientales, había inficionado de esta peste á nuestro pueblo, con ser de condición el menos supersticioso del mundo, como quien con la robustez de su fe católica rechazaba las degeneraciones morbosas que sólo en espíritus entecos se engendran. Porque ello es que el alma por instinto natural y tendencia invencible ama lo maravilloso y corre tras de ello por satisfacer esa hambre que siente de cosas más altas; y como el hambre no tenga espera, si no la satisface Dios, habrá de hartarla el diablo: con que se verifica que la incredulidad y la superstición son hermanas gemelas que por raro caso llegan á separarse. Pues como decía, que con el continuo ludir de aquellas vanidades al cabo hubo de venir el contagio, y tanto cundió, que hasta la historia se llenó de

ellas, y olvidada la severa sobriedad de los antiguos cronicones, poblóse de encantamientos, fantasmas, cuevas temerosas y otras baratijas cómo éstas, de las cuales al presente aun no se ha descombrado. No he de entrar aquí á mencionar las mil formas y maneras de hechicerías, magias, astrologías y aberraciones cabalísticas, de amuletos y conjuros y demás suciedades, que afeaban la fe y las costumbres, porque sobre no dar licencia para ello lo breve de este discurso, está hecho ya á maravilla. Donde no por mi nombre que habíamos de pasar buen rato registrando el abolengo de los martes, de los treces, de los espejos rotos, de los tuertos, de los trasiegos de los espíritus trashumantes, y de tantas otras lindezas como aun corren por ahí entre las gentes, y por ventura creídas á pies juntillas de quienes se imaginan que confesar á Cristo fuera desmentir el ser y dignidad de hombres. Esto si son deístas. Pero sí quiero recordar aquí aquellas cartas tan sabidas del famoso moro granadino Mohammed-ben-Aljathib (el Benahatín de las crónicas) al rey D. Pedro de Castilla. No habrá quien piense que los tales avisos y documentos sean otra cosa que bellaquería del canciller cronista; mas por aquí se entenderá cómo con estos disfraces se vestían de honradas las pasiones, y se echaba arena á los ojos del vulgo necio porque fácilmente no viese. Y ¿quién, si de artes mágicas se habla, no traerá á la memoria á aquel D. Enrique de Aragón, marqués de Villena, y el famoso escrutinio y auto de sus libros, del cual malas lenguas dejándose llevar del imaginario Cibdadreal, en quien ya nadie cree, culparon á Fr. Lope Barrientos más de lo que fuera razón y justicia? Personaje el buen marqués, celebradísimo de la leyenda, que sobre las supersticiones propias le ha hecho cargar con cuantas la poesía popular ha fantaseado en comedias y romances. Muchos de los presentes regocijamos nuestra niñez con las estupendas maravillas de *La Redoma encantada* cuando todavía á los niños no se los aupaba á hombres; ¡qué digo auparlos á hombres! no se les encanijaba el alma de modo que no llegasen á hombres jamás, como ahora que se los lleva donde en escuela innoble y nauseabunda impíamente se los corrompa! Pues, como iba diciendo, en estado tan lasti-

moso se hallaba la limpieza de las creencias; y como si no bastara con lo que ya había, vinieron á aumentar el caudal las tropas de gitanos, á quien las revueltas y trastornos de Asia empujaron sobre Europa: gavilla que á más de ladrones corrientes y molientes á todo ruedo, en esto de vivir sin suerte ninguna de Dios ni de ley, y embaucados con hazañerías de adivinanzas, agüeros y sortilegios, á gente del mundo cederían la palma. Hasta por la Iglesia se entraban estas oscuridades á entenebrecer la clara luz de la verdad. Hablen los sufragios en vida por modo de maleficio, y la pompa gentílica de bodas, duelos y funerales de que por mucho tiempo quedó rastro. Fulminaron excomuniones los concilios; con graves penas fueron sobre el mal leyes y pragmáticas; alzaron valentísimamente la voz contra la superstición santos y sabios impugnadores, mas hierba tan arraigada necesitaba de otro escardillo que la arrancase.

Mal añejo era también en la sociedad española, y no menos grave que los otros, la raza judáica. Dolencia que á tiempos arreciaba y á tiempos parecía que daba tregua; pero que en el siglo XV llegó á extremo que pedía remedio heróico si ya no era que se le había de dejar crecer miserablemente. Al fin, como espina, que clavada se encona y va dañando, que para curar hay que arrojarla, así á aquella gente; cuerpo extraño ingerido en nuestra sangre, que la emponzoñaba; tras muchas alteraciones, y matanzas sangrientas, y caminos rigorosos, para venir á sanidad hubo que expelerla. Bien se me ocurre que semejante afirmación escandalizará á muchos; que es mala cosa no ir al amor del agua; mas es tan privilegiada y alta la jurisdicción soberana de la verdad, que para con ella no hay consideración ninguna que pueda prevalecer como causa de desafuero.

El problema judáico venía de muy atrás: de antes de la época visigótica. Por más que otro se haya querido sustentar, la vida de los judíos entre los cristianos no era tan inocente que no procurasen por los medios, que á mano habían, hurtar fieles á la Iglesia para la Sinagoga. Es condición del hombre comunicar sus pensamientos con los demás y traerlos á su creencia. Concilios y reyes hubieron de acudir á este peligro, atajando los caminos por donde se corrompía

la grey católica. Así lo pedían la necesidad y la justicia. Por desgracia no en todos los procedimientos se atinó á concertar con lo firme lo prudente. Con celo nada de ley Sisebuto el rigor saludable lo convirtió en cruel dureza. Tampoco fué todo allí religión sino política y tratos con Heraclio emperador de Constantinopla. Muchos de los perseguidos cediendo al viento se dejaron bautizar. Pocos fueron los convertidos: los más quedaron judíos con bautismo. La iglesia española, reunida en el cuarto concilio de Toledo reprobó este arrebato y prohibió, según manda Dios, que se impusiera la fe por fuerza. El mal paso estaba ya dado. Desde entonces la política con los judíos fué muy varia: cuando rigorosísima, cuando blanda y suave que llegaba á concederles privilegios inauditos y poco estudiadas mercedes. Tan en vano la dulzura como el rigor para reducirlos á vivir en paz y concordia sin turbaciones ni inquietudes, la mano que los alhagaba la lamían y luego se conjuraban en su daño. Ya en tiempo de Egica, cuando vivían á sus anchas, conspiraron contra la república. En conjuras pagaron también á Witiza sus favores; y en resolución, ellos con el Conde Julián; digna junta para tan noble hazaña; trajeron los musulmanes: ellos los ayudaron en la conquista; ellos quedaron por guardas en las más principales ciudades, como gente de fiar para los conquistadores.

No todo fué en adelante bienandanza. Si mucho favor y prosperidad tuvieron con los califas de Córdoba, caro lo pagaron con los Almohades. Persiguiéronlos de muerte estos africanos haciendo buenos á los más implacables visigodos. Y aquí fué el volver los ojos á aquellos cristianos, á quienes siglos atrás habían llevado á ruina; y aquí el venirse á ellos. Noble acogimiento hizo á las escuelas hebreas el egregio arzobispo D. Raimundo, honra de la silla toledana; y lo que fué para estos proscriptos el santo rey D. Fernando, á quien lloraron con grande duelo, y más D. Alfonso el Sabio que los puso á concurso en sus obras inmortales, bastante sabido es para que me detenga á apuntarlo. En paz y favor vivieron por largo tiempo, bien que las leyes castigasen con severidad justa todo intento de seducción de cristianos, y que el judaizar fuese reo de muerte: cosa que á la verdad no

comprendemos cómo espante á nadie. No quiere Dios que á quien vive en tinieblas desalumbrado, por fuerza se le lleve á la luz; mas el que por su misericordia vió, y con aquella luz de la fe se alumbró, que vuelva las espaldas á esta luz y haga porque otros las vuelvan, esto crímen gravísimo es y sin disculpa ante la ley divina y la humana. No por otra razón S. Fernando, que admitía á plática los judíos, condenaba á muerte á los albigenses, peste hedionda venida de ultramontes. Y aquí es de notar, porque la verdad se ponga en su puesto, que la calma en que vivió la raza judáica en España por los siglos XII y XIII, sólo se alteró con aquella bárbara matanza de judíos que las gentes de ultrapuertos hicieron en Toledo contra la voluntad de los toledanos que se esforzaron en la defensa. Que á esto vinieron los extranjeros con su alardeado auxilio cuando la empresa memorable de las Navas; á matar judíos y á huir de los moros: como que así que los vieron de cerca, con achaque del calor volvieron las espaldas. Pues los escándalos sangrientos que manchan la historia de los siglos XIV y XV, por los *pastorcillos* comenzaron: hordas de foragidos fanáticos que se nos entraron por los Pirineos degollando cuantos judíos habían á las manos, sin que ni las excomuniones de Clemente V hicieran mella en tan bárbara gente; y al fin no fué malo que el infante D. Alfonso de Aragón consiguió exterminarlos. Todo lo cual es razón que se diga porque los que motejan de fanáticos á los españoles vean si es cordura lanzar la piedra á la casa del vecino teniendo el tejado de vidrio.

Yerra además quien piense que en esta bárbara lucha de cristianos y judíos; que pluguiera á Dios que no hubiese pasado por la historia; la enemiga de religión lo hizo todo. Fué á la parte también el odio de raza implacable y á prueba de intentos generosos, con otras causas de índole social; y no faltaron acicates menos limpios. Por desgracia nadie tendrá hoy que decir que los pueblos se dejan arrastrar de ciegos arrebatos religiosos; lo cual no quita para que la corriente vaya contra los judíos en buena porción de Europa. Pues en el siglo XIV, con la paz de muchos años y la diligencia genial de la raza para su provecho, se habían alzado con la riqueza casi por entero. Suyo era el comercio, y las artes

mecánicas, que los cristianos, con su contínuo guerrear, siempre de embestidas con los infieles, descuidaban. Con esto los reyes en sus apuros á los judíos acudían como á los únicos ricos de quienes podían remediarse. Arrendábanles las rentas, que era darles carta blanca para estrujar los pueblos; y no hay que decir si la sordidez les enseñaría industrias con que apurar un cornado. Ello siempre fué oficio odioso el de alcabalero; con que imagínese qué no sería siendo el alcabalero judío, que tanto valía en lo de sutilizar como la de aquél que inventó aguar el agua. ¿Será maravilla que los cristianos los mirasen con la ojeriza que ellos á los publicanos de Roma? Y era lo peor, que de su casta salía el enjambre de los usureros; canalla éstos la más aborrecida y aborrecible, y pecado el suyo de muertos: que al fin en los otros pecados las pasiones, que encienden el corazón, le arrebatan porque se deje llevar de la falsa hermosura y mentido deleite de las cosas que le enamoran; pero en este mezquino, el corazón yerto sólo en el llanto ajeno cifra sus alegrías. Así se mostraban los judíos. Por otra parte, á los que nada tenían íbanseles los ojos tras tanta abundancia, é inquietábalos la codicia de poseerla. Mucha leña había ya hacinada para el incendio. Por si algo faltaba, los últimos Borgoñas favorecieron á la raza hebrea sobre lo justo y prudente. Judío era el valido de D. Fernando IV; judío el alcabalero de D. Alfonso XI, y su consejero D. Jusef de Écija, á quien, al decir de Mariana, defendió de la muerte su bajeza y el menosprecio en que los de su nación eran tenidos; judío aquel D. Samuel Leví, tesorero del rey D. Pedro, que labró en Toledo la Sinagoga nueva llamada hoy el Tránsito. Que en dar á los hebreos demasiada mano señalóse D. Pedro lo que no debiera. Fealdad que oscurece su memoria.

Á nuevos reyes nuevos estilos. Pecaron de complacencia con los judíos los últimos descendientes de D. Alfonso VII; y el fratricida de Montiel y los que le siguieron en el trono extremaron la saña contra ellos. Acaso quería vengar la malquerencia que le mostró la raza. Ya en la guerra civil contra D. Pedro, donde iban las gentes del de Trastamara, allí las matanzas de hebreos á ciencia y paciencia del generoso caudillo, en lo cual no entraba por poco el amor desordena-

do á las doblas y joyas que guardaban en su alcana los salteados. Rey era ya D. Enrique cuando el arcediano de Écija Hernán Martínez, hombre de pocas luces y arrebatado y fanático, aunque de loable vida, comenzó á avivar los odios con sus predicaciones. Reprendióle ásperamente el arzobispo Barroso, deudo del canciller Ayala; declaróle sospechoso de herejía, y le quitó las licencias de predicar; pero muerto á poco el arzobispo, ya sin trabas prosiguió en su mala obra. En tanto el cabildo de Sevilla y la aljama sevillana, cada cual por su lado, hubieron de acudir al rey: ni D. Enrique ni D. Juan I su hijo respondieron más que con tibiezas y evasivas sin poner eficaz remedio. Lo que se siguió grima pone contarlo. Amotinada la plebe de Sevilla, comenzó la matanza. Pronto el incendio, como tan bien preparado, se corrió por España abrasándolo todo. Á gritos pedían el bautismo los infelices así acosados como fieras. Qué conversiones fueran éstas que cada cual se lo imagine. Nuevos y más desastrados males para lo porvenir. Alzaba su voz la Iglesia contra tales horrores en defensa de la caridad y de la justicia. Voz clamando en el desierto: podía más la ceguedad de todos.

Espácianse los ojos y dulcemente se regalan contemplando la hermosa figura de S. Vicente Ferrer, hombre todo de Dios, apóstol de los judíos que, con el imán irresistible de su palabra, de ciegos y desalumbrados los trajo á la luz de Cristo. ¡Y cómo pudo la caridad suave lo que resistió á la bárbara fuerza desapoderada! Llenas están las más famosas ciudades españolas de los trofeos de sus triunfos. Despoblábanse las sinagogas y henchíanse las iglesias con nuevas tropas de cristianos. Hombre apostólico quien tal milagro obró, que cabalgando en un jumentillo como su divino Maestro corrió por todas partes para llevar la pureza y la paz. Columna de aquella grande obra de Caspe que asombró al mundo. Sol que ahuyentó las tinieblas que cerraban el horizonte de aquella edad desventurada. De la buena siembra del santo dominico nació la mies saludable de tantos doctores de la ley como abrazaron la fe católica y se hicieron evangelizadores de la ley de gracia. De ellos los hubo que llegaron hasta el episcopado. Otros en los más altos puestos

de la república dejaron memoria perdurable. Los que aun quedaban por convertir, la junta teológica de Tortosa promovida por el famoso Pedro de Luna, acabó de ganarlos. Hombre el antipapa que á ser menos aragonés tuviera lugar eminente.

Duró poco la calma. No todos los conversos lo eran de buena fe, y cuando lo fueran mirábaseles con recelo. Además siguiendo en ser ricos no por cristianos se libraban del malquerer de la codicia. De otra parte, muchos de los que habían abrazado la fe, con el fervor de nuevos, que fácilmente se desborda, volviéronse los más enemigos de su sangre. Acaso algunos buscaban vivir así más seguros de sospecha. Comenzaba á sonar la palabra inquisición. El converso Fray Alonso de Espina, apologista famosísimo, en su *Fortalitium fidei,* la proponía para acabar con el grave mal del judaismo oculto que, como mancha de aceite, por todas partes se extendía. La guerra, que antes se hizo á los judíos, ahora se dirigía contra los cristianos nuevos y contra los apóstatas y judaizantes. Otra vez comenzaron las matanzas. En Jaen el condestable D. Miguel Lucas de Iranzo, por suponérsele defensor de los conversos, estando en misa en la iglesia mayor, allí mismo sacrílegamente le acabaron. Así en robar y matar se desató la plebe en toda Andalucía y en las Castillas. Temeroso fué el levantamiento de Toledo, año 1467, donde los odios entre los cristianos lindos y los hombres de vico linaje pusieron la ciudad en aventura. Espada en mano los conversos allanaron la iglesia mayor. Hubo grandes incendios y muertes, y la misma catedral estuvo á punto de ser destruída. Fué tan grande el apuro, que la villa de Ajofrín, que era del cabildo, tuvo que acudir en socorro. Por el barco hubieron de entrar porque los fautores de los conversos tenían los puentes y las puertas. Jornada inolvidable.

Así se encontraron las cosas de judíos y conversos los Reyes Católicos. No solo corría gravísimo peligro la fe, mas también la seguridad del estado. Los conversos y los judíos ocultos lo llenaban todo, y á la sombra de los grandes, que por ricos los alhagaban, iban haciendo su camino. En ocasión semejante no es para maravillar que brotase como planta espontánea la Inquisición. Que la reina D.ª Isabel lo repug-

nara al pronto, nada dice contra la necesidad del remedio, ni contra su bondad, hoy reconocida de los pensadores. Dolerse de tener que emplearlo era natural movimiento de la misericordia; emplearlo con resolución firme y entera, rendimiento á la justicia. El médico que por salvar al enfermo ha de sujetarle á operación dolorosa, con el enfermo se lastima de la necesidad que le pone en este trance. Mas ¿qué diríamos de él si por piedad vana y homicida le dejara que se acabase á poder de la dolencia? Diríamosle enemigo suyo despiadado que le llevó á la muerte. Y así con ánimo resuelto pone manos á la obra, y antes bien cuida de la serenidad del pulso porque su intempestivo temblor no sea causa de mal irreparable. Pues enferma estaba la sociedad española, y cierto que de muerte si no se acudía pronto con el remedio. Menester era salvar la fe y mantenerla en su limpia entereza exenta de suciedades gentílicas y supersticiones, y de resabios judaicos. Porque en esta santa y limpia unidad, la que más traba de todas y más ahincadamente junta los corazones, había que fundar además la dichosa avenencia de la gente española, antes desligada y suelta, en un cuerpo de nación, bien barreado de ligaduras, con que las más recias acometidas resistiese. Y así había de ser para que esta fortaleza de España, toda ella torreada y guarnecida, sin portillos por donde pudiera ser entrada de enemigos, defendiese la Cristiandad y la civilización del asalto que se avecinaba.

Mas por lo que hace á los judíos con la institución del Santo Oficio el mal quedaba en pie. La irritación popular, siempre en crecida, llegaba al colmo. "El fuego está encendido„ escribe Bernáldez "quemará fasta que falle cabo al seco de la leña, que será necesario arder fasta que sean desgastados é muertos todos los que judaizaron, que no quede ninguno: é aun sus fijos si fueren tocados de la misma lepra„. Á esto contestaban los conversos y judaizantes con nuevos horrores. Sacrílega muerte dieron en la iglesia de la Seo de Zaragoza al inquisidor S. Pedro Arbués; y para más escándalo, estos judíos ocultos renovaban ahora los antiguos crímenes de los judíos públicos. Sabida cosa es la crueldad impía con que remedaron á veces la pasión de Cristo cruci-

ficando niños inocentes. D. Alfonso el Sabio, testigo que no admite tacha, así lo dice en *las Partidas;* y el martirio de Santo Dominguito del Val, niño de coro de la Seo de Zaragoza, á quien crucificaron los judíos de aquella aljama, es de rigor histórico. Pues á fines del mismo siglo XV, unos conversos de tierra de Toledo, robaban á las puertas mismas de la iglesia mayor una pobre criatura y con bárbara saña, después de azotado, coronado de espinas y crucificado, sacábanle el corazón para confeccionar con él y con una hostia consagrada, hechizos contra los cristianos. Hay quien niega el martirio del Niño de la Guardia, que al fin es cómodo negar lo que estorba. Está judicialmente comprobado. Pero ¿qué más al caso? Era aquello una locura que abrasaba los ánimos y los enajenaba de suerte, que, ciegos unos y otros, ya nadie sabía donde iba á parar. Los hombres más acrisolados, como el venerable Fray Hernando de Talavera, eran sospechados de no limpios. Otros con el favor, empinados en los más altos puestos, desde allí todo lo escarnecían. En trance como éste para acabar con tan fea deshonra y daño tan hondo sólo quedaba un camino. Los que de lejos se entretienen en ponerle nombres, bien dan á conocer que tan poco se les alcanza de juzgar los hechos pasados como del arte del gobierno, porque cuando el camino es único no hay sino tomarlo. Entre perder á España ó expulsar á los judíos, los Reyes Católicos quisieron mejor no perder á España. No habrá español que lo afee. De los expulsos, los ministros arbitristas de las postrimerías del siglo XVII fueron los que se acordaron. En resolución, que siendo el nudo imposible de desatar hubo que cortarle. Bueno fuera reprender en los Reyes Católicos lo que se alabó en el gran Alejandro de Macedonia.

IV.

Pero es posible, padre;„ decía la reina D.ª Isabel á su confesor el venerable Fray Hernando de Talavera, porfiando con él por hacerle obispo; “es posible que no me habeis de obedecer una vez cuando tantas os obedezco yo?„

Á lo cual replicó donosamente aquel santo hombre: "Señora, mire V. A. que yo no he de ser obispo sino de Granada". No sabré decir si esta respuesta fué última trinchera de la humildad, que se imaginaba que tal obispar era lo que años adelante se dijo poner una pica en Flandes, ó sutil acicate de quien no se daba paz en persuadir á la santa empresa de la conquista. Pudo ser uno y otro; mas ello fué que aquellas chanzas para bien de España pronto salieron veras.

No eran menester á la verdad semejantes exhortaciones. Paréceme estar viendo á la insigne princesa en aquella soledad y tribulación de su niñez; donde se templó su alma y se adestró para las recias batallas que cuestan las cosas grandes; paréceme, digo, que la estoy viendo, puestos los ojos en aquella triste Castilla, tan desmayada y flaca de fuerzas, y que de tumbo en tumbo iba lastimosamente despeñándose. Y ¡cómo se le encendería el rostro, agolpado á él lo que aun quedaba de la sangre generosa de nuestros antiguos reyes, con la osadía de la envalentonada morisma, de antes avasallada, y ahora engriéndose en las fronteras! Bien se podrá creer que en las dulces horas en que su voluntad cautiva de las prendas del príncipe de Aragón, se regalaba con la esperanza de futuras dichas, entonces, juntando en uno de modo que estrechamente se abrazasen, sus limpios amores de doncella cristiana y española, y aquel otro encendido amor de su pobre España, imaginaríase que veía las barras y los castillos, juntos como las dos voluntades enamoradas, abrigados en los brazos de la Cruz, y gallardeándose en las torres de la Alhambra! Y así, llevada de este pensamiento, luego que la terquedad del portugués fué vencida, y acabadas las miserias de los tiempos pasados, acometió la empresa más alta que en más de dos siglos admiraran ojos españoles.

Porque era mala vergüenza que todavía no se viese limpia nuestra nación de la herrumbre de los infieles, y que hubiera ni un pegujar donde mandasen como señores. Doscientos años eran pasados de aquel rey D. Fernando de Castilla, de santa memoria, que, á no saltearle la muerte tan presto, por ventura esta deseada libertad la llevara á cima. Arrinconadas fueron entonces las reliquias de la gente

mora en este ángulo del reino de Granada, único caudal que les quedó, bien que pingüe, de la rica hacienda de sus mayores; y aun esto, no en libertad sino pagando censo á los castellanos. Aquí iban viviendo más que de su fuerza de las flaquezas y flojedad de sus enemigos naturales. Sólo una vez pareció que se volvía por los antiguos honrosos pasos cuando el rey D. Alfonso XI con largo apercibimiento de gentes y de rogativas públicas fué contra los Benu-Marines, que amenazaban á Tarifa, y con grande estrago de los africanos los arrojó á África. Mucha batalla y gloriosísima para exiguos resultados. Pero, fuera de este arranque, desentendidos los reyes de un peligro, que llevaban de vencida, sin la espuela del temor hicieron poco por la honra. Fué además en aquellos dos malaventurados siglos, que se siguieron, toda interior y para desastres y lástimas la vida de Castilla. Tibia la fe, desconocido el honor y enardecidas ambiciones y codicias, había sobrados enemigos fuera de casa para ir á buscarlos fuera. Harto tenían que hacer los sucesores de S. Fernando con defenderse. De este modo no es maravilla que á las veces donde lo repugnaba la fe y la misma ley de naturaleza buscasen las alianzas. Y ¿qué se les alcanzaría de religión, ni de honor ni de patria á los nobles sin nobleza que llamaban los moros sobre las fronteras? Ejemplo aquel D. Juan el de Tarifa, baldón el más feo de nuestra edad media. Famosa batalla se ganó todavía á las puertas de Granada reinando en Castilla D. Juan II. Nadie hubiera dicho sino que era llegada la hora. Todo se desvaneció luego. El vulgo, como dice Mariana, lo achacó al Condestable: decían que estaba cohechado. Flacos fundamentos tiene lo que más parece conseja. La verdad fué que hubo que levantar los reales porque no viniesen á las manos los bandos á vista de los enemigos. Pues ¿qué decir de aquellas entradas de D. Enrique IV por tierra de moros, como de burlas; muy vistosas las huestes de lucientes armaduras vestidas, más para justas y torneos que para reñir de veras; y los motes y empresas que traían en los escudos, y aquella granada tan á lo vivo que servía de enseña, todo lo cual, según la moda del tiempo, las flamantes aventuras y los ejércitos fantásticos de la caballería andantesca semejaba?

Y no hay sino que aquellos vanos y desvanecidos, como algo más de siglo y medio después el famoso hidalgo manchego, contarían á Santiago, S. Jorge y S. Martín entre los caballeros andantes; y caballeros fueron, pues que gastaron caballo. Y allí barajarían también al Cid Ruiz Díaz y al Conde Fernan González, y á todos los egregios soldados que en las otras edades para gloria suya y honra de Dios y bien de la patria tantas hazañas acabaron. Y lo que tenía que acontecer; que las batallas antiguas donde guiaba la Cruz en santa y varonil empresa de cristianos y caballeros, se remataban las más de ellas en victorias, mientras que estos femeniles alardes tan sólo eran para mofados de los moros y encarecidos de las damas cortesanas.

Razón era ya saldar cuentas que tenían ocho siglos de fecha. Pedíalo la honra, clamaba por ello la fe, y esta España que ansiaba por juntar sus pedazos en un cuerpo de nación robusto y poderoso. Además, grandes sucesos se avecinaban. El siglo XVI, de crisis en la historia, estaba alboreando. Era nuestro siglo. Y, valga la frase, apretaba quitar de en medio aquel cuidado, de modo que, desembarazados ya y apercibidos, pudiéramos acometer empresas aun más formidables. Porque es grave error histórico, que toca en vulgaridad insigne, imaginar que el cobro de Granada, que ponía fin á la grande obra de la Reconquista, sólo importaba á los españoles. No lo veía así la Europa de entonces, que toda ella tenía los ojos en la brava pendencia aquí empeñada. Y bien sentía lo rudo del golpe el soberbio dominador de Constantinopla cuando con amenazas y fieros intentó poner temor en el ánimo invencible de los cristianos príncipes conquistadores; los cuales, poniendo las naves de Aragón en la boca de los Dardanelos, valentísimamente contestaron. Día de júbilo fué para la regocijada Roma aquel que llegó la feliz nueva á henchir de contento las entrañas de madre de la Iglesia; y razón había para ello. El mundo pendía de Granada porque de ella pendía España, á quien le estaba encomendada entonces por providencia de Dios la suerte del mundo. Y si no, ponerse á discurrir, no por los descarríos de la adivinación vana, mas por los caminos por donde va la conjetura con paso firme y atentado, y luego

vereis qué fuera de Europa, sin aquella bien concertada unidad de España, de alma y de cuerpo, en la cual la conquista de Granada tuvo tan grande parte. Ya estoy viendo la barbarie turca con la una garra asida al Bósforo y con la otra al estrecho hercúleo, apretando entre sus brazos aquel mar mediterráneo, que navegaron tantas nobles empresas, hirviente ahora de naves corsarias. Aquel otro monstruo, que asoma por el opuesto lado, es la barbarie de la herejía protestante con su ejército de negaciones, despotismos y ruinas. Las dos avanzan, subiendo la úna y descendiendo la ótra: cuando lleguen á encontrarse ahogarán á Italia, cabeza de la Cristiandad y lumbre del mundo. No espereis un Lepanto, ocasión la más alta que vieron los siglos, ni que los tercios, nunca vencidos, cierren á la barbarie septentrional los pasos de los Alpes. Para tanta empresa menester fuera otra España que la que entonces habría habido. Pues, ¿á quién pudiera valer ahora la cuitada; que á sí no podría valerse; puesta á todo viento de doctrina, hecha otra vez añicos con los odios de fe y de religión que la desgarraban, y por ventura reducida á las asperezas astúricas por bárbara invasión más asoladora que las antiguas invasiones africanas? Y que esto no son imaginaciones, bien lo dicen la desafición y desvío que á las veces dividían á las gentes españolas, aun en aquellas edades felices en que al amor del hogar de una sola y santa fe se caldeaban. Y si todo el poder del gran Filipo tuvo que acudir á la invicta espada del de Austria para sujetar á los moriscos rebelados, ¿qué no hubiera sido si el antiguo reino nasarita, estribándose en el turco, hubiese intentado los caminos de sus poderosos antecesores? Ya no se graduará de hipérbole que diga que de la empresa de Granada estaba pendiente el mundo. Como que hasta el nuevo hemisferio, velado en nieblas, esperaba para mostrarse que luciese sobre la Alhambra la santa Cruz, que luego había de alumbrarle y redimirle.

Rica parte de nuestra tierra era el reino granadino, donde con los malos tiempos se recogieron los antes por toda la haz de España departidos. Grande como de doscientas leguas en ruedo. Doblada lo más de ella, y con empinadas cumbres vestidas de nieve. Las entrañas de oro y plata.

Los ríos más numerosos que caudales. Claras las fuentes de aguas limpias y sabrosas. El suelo agradecido sin mucho esfuerzo daba liberalmente cuanto era menester para la abundancia. Los frutos y árboles varios y acomodados á todos los rigores y climas. La población derramada en treinta y tres ciudades, sesenta y cinco villas é innumerables aldeas, sin las torres y fortalezas que eran muchas. Entre ellas Granada, cabeza de todas, como reina entre sus vasallos, con los arreos y joyas con que naturaleza y arte la engalanaran, llena de majestad sobresalía. El mar mediterráneo, que baña este reino todo á lo largo por el mediodía, le comunicaba con África de modo que fácilmente se diera la mano con ella. Aquí soñaron los de Damasco saudades de su patria. Aquí el Viriato del siglo X, Omar-ben-Hafsun, estuvo á punto de adelantar la libertad de España cinco siglos. Aquí, en fin, Mohamed-Alhamar, el vasallo de S. Fernando con las reliquias de los mahometanos vencidos fundó reino poderoso. Fueron á engrandecerle los moros y mudéjares de todas las ciudades rendidas, con que se hinchió de gente y se pobló de saberes é industrias. Y en esto, razón es decirlo, tenía la mayor parte la sangre española. Ya en mil trescientos y once, los embajadores de don Jaime II de Aragón, que asistían en el Concilio de Viena, informaban al papa Clemente V que de las doscientas mil personas, que á la sazón contaba Granada, no se hallaban quinientas que fuesen moros de natura, que no tuviesen madres ó padres ó abuelos cristianos; y que de ellos cincuenta mil eran renegados de la fe católica. Y ¿cómo sino componer con la suciedad materialista de las leyes coránicas y con el abajamiento de la voluntad, que se engendra con el despotismo de los orientales, aquel como espiritualismo y culto del honor y gallardía de pensar que hallamos en los musulmanes españoles? Que todo ello no era sino dejos de cristianismo que, por entre la cizaña de la ceguedad mahomética, á su modo retoñaban y florecían. Pues la pronta imaginación de los hombres y la valiente hermosura de las mujeres en esta tierra andaluza, qué han de ser más que don preciado de nuestra raza ibérica, que aquí se crece al amor de este esplendente sol, que ya lucía para nosotros y

nos caldeaba, cuando ni árabes ni moros llegaran á nuestras costas, ni la ley de Mahoma soñara en asomar por el mundo? Ya van reconociendo esta verdad los escrutadores de las cosas, y el mismo Dozy, con tenernos tan poco querer por católicos y españoles, así lo ha confesado. Y en lo que se ha dado en llamar civilización arábiga, si en juicio universal de ingenios cada español fuera tirando de lo suyo, cierto que se quedaría harto menguada. También lo nota Dozy, por no citar otras autoridades, que, cuando alguien las tachara de sospechosas, en verdad que en peso no le ceden. Hora es ya de recoger semejantes ranciedades.

Pues como iba diciendo, de este reino desgarrado de la nación española se apoderaron por fin los Reyes Católicos para bien de España. Diez años duró la empresa. Aquella granada, según la feliz expresión del rey Católico, había que comérsela grano á grano. Aun así hubo desmayos en los conquistadores, que tal vez hubieran hecho alto antes de llegar al corazón. Dios, que tenía ordenado que se llevase á término, suscitó aquella valerosísima mujer que no retrocedió nunca. Y ¿qué habían de hacer los hombres cuando así una mujer daba ejemplo de constancia y fortaleza? No es de aquí ni por lo breve del tiempo ni por lo que pide la ocasión, que se hable de aquella guerra más famosa en lances que la de Troya tan celebrada; y donde todas las valentías, proezas y heroicidades de la Reconquista parece como que se resumen y compendian. Tuvo también sus quebrantos. Mala la hubo el rey Católico frente á Loja; que hombres eran y valerosos los vencidos, y muchos de la sangre de los reconquistadores; y por los hogares y haciendas y por cuanto más el hombre ama peleaban. Mas todo lo pudo la fe encendida y el empeño de acabar obra de tantos siglos, que ya sin vergüenza no podía dilatarse. Á lo cual ayudó la discordia del reino nasarita, que le llegaba á los tuétanos y le consumía: mal ya antiguo en la gente mahometana, y propio del modo que tenían de regirse. Así acabó el Califato. Así Almoravides y Almohades tras fiero alarde, que espanta, como río que se sangra y en muchos ramales se departe, que luego lo embebe la tierra y muere, así ellos, divididos en tantos reinos menudos y contrarios, al punto desaparecieron. Supo

el rey D. Fernando avivar ahora con sus cautelas los rencores y traerlos á su negocio. No era mucho que lo hiciera quien á los príncipes de Italia, maestros en estas artes, los dejaba burlados.

Cosa es que maravilla ver las prevenciones hechas en aquella guerra de empeño, donde las armas españolas como que se ensayaron para conquistar el señorío del mundo. Lo formidable de la artillería; cuanto por aquel entonces se podía alcanzar; las cohortes de gentes aplicadas á todo linaje de ingeniería; los peones en grande número para echar puentes y abrir caminos donde quiera que la necesidad lo pidiese; el adestrar de las milicias, la puntual providencia de las vituallas, y hasta la cristiana solicitud en acudir á los heridos á golpes de batallas ó de enfermedades: manera de caridad hasta entonces en ejército alguno casi de todo punto desconocida. En resolución, que era el campo como vasta, ordenada y bien proveída ciudad ambulante, donde no se echaba menos nada de lo que hace á los menesteres de la vida; y todo con un concierto, que al decir elegante de Pedro Mártir al arzobispo de Milán Arcimboldo, el real no parecía sino ciudad que por las máximas de la República de Platón se gobernase. Y lo que más admira, ver aquella nobleza soberbia é insolente, conculcadora de todo fuero, carcoma del reino, ahora en esta generosa ocasión todos á una á quien podía extremar las hazañas; por modo tan maravilloso, que, leyendo las relaciones del tiempo, no de hombres sino de héroes fabulosos se dirían. ¡Ah, Señores! que no es gobernar los pueblos apagarles las pasiones de manera que cual nave sin velas, entregada á todo golpe de ola, no tengan acción para alentarse, sino enderezarlas al bien común en empresas gloriosas, que enaltezcan la patria y la colmen de alegría y contento! El fuego, que todo lo consume, y el agua asoladora de campos y ciudades, encerrados en cárcel de hierro, con bien regida furia, por los más dilatados espacios gentes con gentes comunican. Uno es el rayo que quita la vida al hombre, y lleva su palabra en bienhechora corriente, salvando cumbres y mares. Y no hay duda sino que esta nuestra raza española, para vivir en paz, necesita á las veces que la advertencia avisada le depare

donde desahogar su braveza, con que la furia destruidora de la casa propia se vuelva en arranque generoso que á cosas altas la encamine: no de otro modo que las recatadas fuentes de la Duquesa; que tan para su mal reveló la malicia dueñesca de D.ª Rodríguez; purgándola de humores, le prestaban aquella color y limpia tersura de la tez, y aquella gentileza en el andar que se ganaba las voluntades.

¡Sabia providencia la de los Reyes Católicos que de los males sacó bienes y el veneno le convirtió en triaca! Así la grande obra, yendo adelante, tocaba ya á felicísimo término. Rendida era Baza después de cerco apretadísimo y entre muchos famoso, donde fué por igual la loa para vencidos y vencedores. Con esto toda una mitad del reino se allanó á los cristianos. Tan sólo quedaba en pie Granada, último baluarte de la morisma. No voy á fatigaros con la relación de lo que todos sabeis bien. Aprendido lo habeis de los dulces labios de vuestras madres con la santa creencia de nuestros mayores. No había ya retroceder en el empeño. Porque lo firme de la resolución se mostrase bien á las claras, lo que era campo movedizo se vuelve ciudad asentada y guarnecida donde se traslada Covadonga. Bautizósela con el único nombre que no podía resultar chico para ciudad tan grande: con el nombre de la Santa Fe, alma, luz y norte de la hermosísima hazaña.

Siguiendo el cerco cada vez más apretado, y sin ninguna esperanza los de dentro, se habló de entrega. Concertáronse las capitulaciones. No las pondré aquí porque sería trascribir lo que está ya publicado de muchas veces; mas quiero notar que en esta ocasión la prudencia de los insignes príncipes salió de su punto. Con el ansia de tener la ciudad y acabar la guerra, se vino á conceder lo imposible de cumplir. Allanóse todo por el pronto: luego fueron los tropiezos, principio de dañosas alteraciones. No afirmaré que la cautela y sagacidad de D. Fernando dispusiesen juego tan peligroso. Más que achacarlo á doblez, gradúo el mal paso de impaciencia del deseo que no dejaba ver claro.

Llegó el momento de la codiciada libertad. Cuatrocientos años van pasados, y aquella alegría retoza dentro en el corazón tan fresca como si hoy fuese la misma bendita hora.

Con arreos de fiesta, depuestos lutos no lejanos, marchan los vencedores camino de la ciudad rendida; y bien se podrá creer que los que habían esperado ochocientos años para hacer esta jornada, ahora que tocaban el cabo de ella, pareceríales más larga de caminar y trabajosa: que nunca se dilata más lo que ansía el deseo que cuando se acerca el alcanzarlo. Allá viene el vencido; saludémosle con respeto y dejémosle ir. Príncipe infortunado, con él se va la antigua afrenta de España. Pero el tiempo corre, y el hambre por la nueva ciudad de Castilla engendra temores sobre la posesión. ¿Será que Dios quiere alargar la prueba todavía? Es la hora de nona. En esta hora Cristo en la Cruz dando una gran voz exclamó: Consumado es. Y la obra de la Redención quedó acabada. En la alta torre de la soberbia fortaleza nasarita ha brillado la Cruz. De rodillas todos los corazones. Alabemos á Dios. Consumada es la redención de España!

Nueva luz y claro día como no había amanecido ótro después de aquel anochecer, lleno de tinieblas, en las orillas del Guadalete. Alegría serena y despejada, sin sombras que la oscureciesen, que rodeó nuestra tierra y traspuso sus lindes y fué de propios y extraños festejada! Y ¡cómo saltarían de gozo en la tumba, henchida del contento de esta alegría, los áridos huesos de los antiguos conquistadores! Ya se trocó en realidad viviente y hermosa la esperanza con que se fueron. Por bien sufridos darían los sudores y trabajos pasados que merecían ahora tan buena corona. Probada salía España del crisol de la adversidad; y como los metales necesitan del fuego para derretirse y juntarse, así por ley de nuestra historia, escrita por Dios con mano blanda y providente, en aquel crisol y horno encendido de tantos trabajos y contradicciones, las varias castas de gentes, antes despegadas cuando no enemigas, que poblaban nuestra tierra, en un solo pueblo, bien curtido y ejercitado para toda prueba, estrechamente se juntaron. Ya así toda España se reune como en un aprisco, y no habrá rincón de ella que á la sombra de la Cruz no se cobije y ampare. Salve ¡oh Cruz, única esperanza de nuestros padres, ahora realidad y hartura, yo te saludo! ¡Gózate ahí en tu triunfo en esa alta torre, Cruz de Covadonga, de las Navas y del Salado! Raída está de

nuestro suelo la mancha que le afeaba. Á la voz de las cornetas y atabales, pregoneros de la victoria, los huesos se han juntado con los huesos, y los nervios y músculos de nuevo se han anudado, y la sangre hirviente recorre las caldeadas venas. Allí vienen en tropas á adorar la Cruz los que por ella pelearon. Allí los reyes, siervos de Cristo y señores de pueblos libres, noble y amorosamente dirigidos. Allí viene el primero Pelayo, como príncipe y cabeza de todos ellos, que en la noche de la tribulación entrevió la luz de la aurora: allí viene, ceñida la corona de hierro, á recrearse en la obra rematada. Allí el conquistador de Toledo y vencido de Uclés, por igual esforzado en los triunfos y en los desastres. Allí el rudo aragonés que ganó á Zaragoza, tan largo de brazo como breve de razones. Allí el que en los campos del Muradal humilló la soberbia de los Almohades. Allí el debelador de Valencia, héroe casi fabuloso, grande en la fe y en el denuedo, que sentía ensancharse la tierra delante de su caballo. Allí S. Fernando, ceñida la cándida veste de la santidad, y ostentando las preseas de las mil ciudades rescatadas en Andalucía. Allí el que al Mediterráneo le dió por armas las barras aragonesas; y el príncipe sapientísimo, lumbre de su tiempo, entonando dulces cantigas á la santa victoria. Vienen también Álvaro de Córdoba y Eulogio y la virgen Argentea con toda la cohorte valerosa de los mozárabes, fidelísimos guardadores de sus benditas leyes; y Pedro Pascual, y cuantos en testimonio de su fe derramaron su sangre generosa; y los cautivos, alegres con sus ya pasados dolores, luciendo las rotas cadenas. Todos vienen, todos se postran y todos adoran. Y con la santa Cruz también acuden á festejar á su patria España, que nace hoy robusta y poderosa en los mismos días que el Redentor del mundo; á la cual luego vendrán á adorar y á rendirle homenaje todos los reyes de la tierra. Ea, arriba, raza gigantea de santos, de sabios y conquistadores, mejor templada en las aguas de la adversidad, que las espadas de tus héroes en las del dorado Tajo, arriba! Consumada está tu redención. Ahora, á llevar la Cruz de la Alhambra por mares no navegados á ignotas y apartadas regiones: muy pronto el mundo se habrá de sentir fatigado bajo la pesadumbre de tanta gloria.

V.

Bien se podrá creer, que en aquellas horas en que la Reina Católica desde la altiva torre de Comares contemplase la ciudad vencida, toda en derredor á sus pies, con sus minaretes y alcázares y gentiles cármenes; y el Darro por entre avellanedas mansamente serpeando, y las altas blanquísimas cimas, y todo el ruedo de la vega dilatada, salpicado de pueblos y alquerías, que por la mano hacia donde el sol se pone, con nuevas murallas de montes crecidísimos se resguarda; bien se podrá creer, digo, que al mirar esta hermosura y concierto de cosas, que causan en el ánimo contento suavísimo, que no se le ocurriría pensar con ambición codiciosa: todo esto es mio; que así pensára un conquistador vulgar cualquiera; sino que antes, brincándole de gozo el alma, exclamaría: todo esto es Castilla y es de Dios. Fe encendida y amor de la patria acendrado; compendio de aquella virtud española que por entre desmayos y tropiezos llevó á remate la hazaña más grande que cuentan historias. Premiada fué esta constancia con el logro de lo que se granjeó braceando á poder de trabajos; y por añadidura Dios nos regaló un nuevo mundo.

Cuando Granada se ganó, hacía ya algunos años que asistía en la corte un hombre, genovés de nación, pobre de caudal y no de altos pensamientos. Por aquel entonces, la fama de las riquezas de la India, que gozaban los portugueses, traía engolosinada á Europa. Pues el hombre que digo, era muy ducho en las cosas de la mar como viejo mareante y de tierra de mareantes, y aficionado á libros y á saber noticias y pareceres de tierras y viajes. No alcanzaba más de lo que entonces se podía alcanzar; pero ahondaba más en ello. Con los vientos reinantes de navegar mares y buscar derrotas, que llenaban tantas cabezas, él se dió á entender que, navegando con el sol, por fuerza que se había de llegar con menos

tiempo y fatiga á dar en aquellas tierras índicas tan celebradas. Quien dice que en esta convicción tuvo mucha parte lo que oyera de boca de un cierto español, Alfonso Sánchez de Leiva, á quien los vientos hubieron de llevar á tierras muy al poniente y desconocidas, de donde pudo volver con gran trabajo. Historiadores nuestros lo afirman, y alguno aficionadísimo á nuestro genovés. Otros lo niegan. La verdad es que el dicho no parece que tiene sólido fundamento. Con sus ideas y esperanzas juntaba Colón; que ya habeis podido ver que de él hablo; como hombre de fe arraigada y fervorosa, otros pensamientos. Soñaba con emplear el oro de las Indias en rescatar por fuerza de poder de infieles los Santos Lugares. Mal despachado salió de Génova, su patria, á quien brindó con sus esperanzas; y con desabrimientos y aun peligros se huyó de Portugal: reino, en esto de recorrer mares y escudriñarlos, á la sazón el que hacía cabeza en Europa. Puso entonces los ojos en Inglaterra y en Francia, pareciéndole que España, metida ahora en el empeño de arrojar los moros, tras lo que se le iban los deseos y los caudales, no le ofrecería fácil coyuntura para sus intentos. Mucho se engañaba el genovés en contar con otros que los españoles. Ingleses y franceses andaban alcanzados de gente y de dinero, y sin industria ni comercio más que para irse manejando. Apenas si los ingleses, siglos adelante formidables en la mar, se daban ahora cuenta de por qué naturaleza los rodeó de agua por todas partes; y en cuanto á los franceses por mucho tiempo no tuvieron grande afición al agua salada. Pues la potentísima Venecia, señora del Adriático, que con él se desposaba cada año, harto tenía que hacer al presente con defenderse de los turcos, que la estrechaban y oprimían deseosos de rematarla. Los demás pueblos de Europa no había para qué buscarlos; únos por mediterráneos, sin barcos ni costas, y ótros por flacos y sometidos como los italianos. No así España, que en lo poblada y rica aventajaba entonces á las más naciones europeas; con las mil industrias que en ellas florecían, y aquel mercado de Medina del Campo, emporio de Castilla, lonja del mundo donde toda suerte de riqueza en tráfico provechoso se cruzaba. De sus naves, hable por nosotros el Mediterráneo, tan hecho á

verse navegado de aragoneses y catalanes, que bien se le pudiera decir el mar aragonés: donde se verificaba la valiente frase de Roger de Lauria, que hasta los peces para andar por sus aguas habían de lucir sobre la veste de escamas las barras dominadoras. Hable aquella expedición á Oriente, que más parece leyenda, y hable también el turco humillado en los Dardanelos, y el Soldán de Babilonia: que entonces eran familiares á los barcos españoles y avasallados de ellos, mares que hoy acaso están olvidados del color de nuestra bandera. Y por lo que toca á la marina castellana, buenas muestras tenía dadas de su valor desde los tiempos de S. Fernando y de D. Pedro; y los vizcaínos graduados eran entre los primeros mareantes del mundo. Todo lo cual venía de tradición muy larga, porque en la edad antigua, á lo que se tiene por más fundado, los iberos de las costas hubieron de hacer con los fenicios muchas navegaciones. Y ¡cosa singular! Español era aquel Séneca que en una de sus tragedias habló como en profecía de lo que, andando los siglos, había de ejecutar Colón con el ayuda de los españoles. Y español aquel Raymundo Lulio, gloria de nuestra ciencia en la edad media, que tuvo también estas adivinaciones. Ni tierra mejor puesta que la nuestra para el señorío de la mar se podría hallar en Europa.

Salió, pues, Colón de Lisboa secreto y caminó la vuelta de España, donde parece que le traían prevenciones de su viaje. En llegando á ella, acertó á tocar en el convento de la Rábida. ¿Qué estoy diciendo? La Providencia, que para empresa tan alta le tenía destinado, le encaminaba al comienzo de su buena ventura. Donde buscaba un mendrugo de pan para su hijo, halló el acogimiento que príncipes excelsos y repúblicas poderosas le negaron. Un humilde guardián de un convento de mendicantes y un médico de lugar, Fray Juan Pérez y García Hernández, fueron sus primeros valedores. Cómo le valieran, á ciencia cierta no se podrá decir por falta de noticias puntuales; mas á poco le vemos bien quisto del duque de Medinaceli, el cual, entendiendo que empresa como la de Colón para reyes estaba guardada, aunque pudo tomarla sobre sí no lo hizo, sino que la ofreció á la reina de Castilla. Ya tenemos al descubridor del Nuevo

Mundo en pláticas con los reyes; y aquí comienza el desbarrar de los extraños: linaje de Avellanedas que por herirnos en las glorias quieren atreverse á la honra; y aquí la tarea enojosa de contestarlos. Ya Robertson por ley de secta y de raza cerró con los españoles; y ahora la flamante escuela francesa, mantenida por el soñador Conde Roselly de Lorgues y su abreviador Lyon, y los demás que le siguen, con la liviandad de pensar y el desenfado en el decir; de que los suyos no se curarán jamás, porque lo llevan en la sangre; han fantaseado un Colón á lo divino que para el historiador que lo conozca; y todo ó lo más por herir por tabla á España que le dió amparo. Cosa es que irrita ver tratar de tal al sapientísimo D. Nicolás Antonio, egregio restaurador de los estudios históricos, ni más ni menos que si se hablara de cualquier correvedile de pareceres y decires de personajes; y esto por quien pone en los últimos de Enero del 92 la conquista de Granada. Á la verdad fué Colón hombre de fe viva y piedad sincera, buscador de la gloria de Dios; mas no siempre buscó sólo esto, ni sus acciones en las tierras descubiertas son todas para defendidas, cuanto menos para canonizadas. Tuvo también, y esto no se podrá negar, flaquezas de hombre. Que Dios le suscitó para que abriese los caminos por donde llegara la luz á las regiones desalumbradas, no habrá quien no lo afirme; mas que esta causa por sí engendre la santidad, y que en el modo ordinario de la divina Providencia, que rige y mantiene todas las cosas creadas, éntre el valerse tan sólo de santos, semejante casta de teología y de filosofía de la historia, podrá correr muy válida allende, mas no encajará jamás en esta tierra española la de los teólogos no chapeados sino macizos y de buena cepa, que asombraron en Trento, y en el Concilio del Vaticano conquistaron la palma. Baste para la gloria de Colón ser gloria legítima de la Iglesia, que nadie osará disputarle; y vamos con paso atentado por los caminos de la cordura, sin pagarnos de efectismos propios de quienes acomodaron en su santoral á Carlo-Magno, con otros atrevimientos, que el gran S. Gregorio VII y sus gloriosos sucesores, con la sabiduría de las reservas prudentísimamente atajaron. Aun bien que el conde Roselly presto descubre la hilaza de la in-

tención; que por descendiente de los odiados anjevinos, que no puede llevar en paciencia el amor de Italia á los aragoneses, intenta vengar ahora los desastres de sus antepasados en la honra de los vencedores.

Es cosa llana, pero muy puesta á error, fallar de plano sobre lo que fué mirando lo que ahora es. Hasta los muchachos de la escuela se saben hoy de coro que Colón descubrió un mundo; y sin más, allá viene el vocear contra los tacaños que anduvieron en trámites y consultas y como regateando el favor á quien tanta grandeza nos traía. Mas es el caso, que lo que hoy sabe el vulgo, Colón no lo pensó, ni luego se lo imaginó, ni siquiera á saberlo llegó. Todo lo que se alargaban sus esperanzas era á dar con un camino que más derecho llevase á las Indias; y ésto ofreció, y con esta sola mira se le favoreció en su empresa. Á la hora que habló con los reyes, la guerra de Granada se llevaba todas las voluntades: guerra santa, española y civilizadora por grado eminente, á quien toda la Cristiandad sonreía. Si las Indias brindaban con tesoros, la promesa era incierta: ciertas las expensas para lograrlos, que por ventura faltaban para el bien cierto apetecido. Santa obra que había de cautivar el corazón de la augusta princesa de Castilla y de todo español de su tiempo, era en verdad llevar la luz de la fe allí donde no alumbraba; mas ley es de la caridad bien ordenada que empiece por el caritativo, y, sin trasponer mares, acá teníamos un pedazo de España, carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, que ocho siglos hacía que estaba, tendidas las manos á nosotros, pidiéndonos aquella luz redentora. Y con todo ello no se desatendió á Colón, como no se desatendió á quien quiera que vino con algún bien en aquel feliz reinado. Hizo la reina D.ª Isabel lo que en ley de cordura se podía hacer en negocio de suyo grave: ponerlo al juicio de quienes tuvieran títulos para fallarlo. Reunida la junta de Córdoba examináronse las proposiciones. Oscura la materia para las luces de entonces; remiso Colón en esclarecerla, y escatimando lo que sabía, el fallo le resultó contrario. Resquemaban al genovés los recuerdos de la infidelidad portuguesa, y donde se imaginó acertar de cauto, erró de desprevenido. Luces tenía y discreción el venerable Fray Hernando

de Talavera, á quien como cabeza de aquellas diligencias, se le habían principalmente encomendado. Cierta estaba de su tino la prudentísima princesa, que de él recibió nobles y bien dirigidas inspiraciones. De su saber hable la Escuela Salmantina, donde fué maestro. Pudo tener su punta de celos contra todo lo que ofreciese vislumbres de distraer los ojos y las manos por un instante siquiera de aquella empresa de Granada, por quien sentía amor de apóstol y padre; pero nunca su limpio corazón, abrevado de dulzura, llegó á abrigar contra hombre ni cosa alguna afectos que ni con cien leguas tuvieran asomos de menos nobles.

Pasó entonces lo que sucede siempre; que las burlas de los desdeñosos tomaron cuerpo. Muchos hacían del desdén lisonja; que siempre gusta ir con el aire. Frente de ellos estaban los favorecedores de Colón, que no eran tan pocos y sin calidad. El gran Cardenal Mendoza; buena recomendación sólo este nombre, que tan bien suena á oidos granadinos; Fray Antonio de Marchena, en astrología de mucho alcance; Santangel el Escribano de raciones de Aragón; el Contador mayor Quintanilla; el Secretario y el Tesorero de la reina, Juan Gricio y Rafael Sánchez, y tantos otros que se podrían enumerar. Hasta las damas de la corte tomaban cartas en el empeño: cosa que era para honrar donde la mujer tanto se había levantado. D.ª Beatriz de Bobadilla y D.ª Juana de la Torre siempre le favorecieron. Los que hablan del menosprecio en que se tuvo á Colón, no estaría mal que nos presentasen la lista de los amigos que logró fuera de España.

Pero el que valía por todos; y él lo veía así, que nunca se le borró de la mente; era Fray Diego de Deza, maestro del príncipe D. Juan, gran teólogo, honor preclaro de la orden de Predicadores. Hombre de mirada agudísima que había calado á Colón, prudente y resuelto, él fué quien promovió las juntas de Salamanca, de recordación perdurable, gloria de la famosa Escuela Salmantina y del convento de San Esteban. Allí acudió Colón llamado de su favorecedor; allí habló, no rebozándose cauteloso, sino entregándose confiado y amigo. Yo he tenido la dicha de visitar aquellos venerandos lugares. Dejadme que los salude aquí, y que envíe á

la que fué madre augusta de la ciencia española en aquellos sus grandes y alegres días, mi recuerdo de hijo que no olvidará su memoria.

De modo, Señores, que para ir á América habremos de ir entre frailes. Fraile era Diego de Deza; fraile Antonio de Marchena, recomendado á Colón por la Reina Católica como hombre de su confianza; fraile aquel Juan Pérez, primer cimiento de toda la fábrica de la buena dicha del genovés, que á última hora vino á remachar el clavo. ¡Siempre fecundas las dos gloriosísimas órdenes, y abrazadas desde la cuna para toda hazaña civilizadora!

Había hablado Salamanca, y la cuestión quedaba resuelta; pero la guerra contra los moros consumía los recursos. Vivísima pintura nos hace Bernáldez de los apuros que se pasaron el año de 89. "Se hicieron tantos gastos,„ dice, "que son innumerables de contar. Pechaban de veinte en veinte dias todos los vecinos é moradores de todas las villas é lugares......; ovo subsidios de las iglesias é clerecias é dinero de hermandades..... echó el rey préstidos de dinero..... é de trigo é cebada. E ovo en las comunidades con la fortuna del mucho pechar é de los préstidos muchas murmuraciones, diciendo que tomase el rey sus haciendas é cumpliese por ellos, que non lo podian complir.„ Y para el sitio de Baza, sabido es que no habiendo de qué echar mano, empeñó la reina sus joyas á los mercaderes de Valencia, con que vinieron las cosas á remediarse. Pues con estos ahogos todavía D.ª Isabel acudió á Colón como pudo, trayéndole á su servicio y dándole varias ayudas de costa. Tal miraba por favorecerle.

Al fin Granada es cristiana. Testigo es el genovés de la inefable alegría con que España entera la estrechó entre sus brazos; y cierto que pensaría que también para él era llegado el salir de cautividad. Presentóse luego á los reyes en reiteración de su demanda. Estaban los ánimos en el caimiento natural que sigue á todo grande esfuerzo. Sonaba la petición á nuevos gastos de un pueblo ya agotado, y por ventura sin provecho. El Rey Católico consideraba los empeños de Italia, apretados sobremanera; para su corona de Aragón por tradición gloriosa caso de bandera donde cejar

era imposible. Luego su discreción, siempre despierta, meditaba lo arriesgado de otorgar mercedes y títulos, hasta entonces tenidos por extraordinarios y de singular realce, á quien bien le pudiera acontecer que, fallando en su intento, pusiese en aventura el decoro de quienes los otorgaron. Y es la verdad que las pretensiones de Colón en este punto le presentan sobre soñador en demasía y dado á apariencias pomposas, más tocado de la vanidad de lo que á su grandeza conviniera. Á más de esto, condiciones había peligrosas que los reyes en ley de gobernadores avisados, que avizoraban en lo futuro, buenamente no las podían conceder. Los sucesos que vinieron después lo acreditaron. La reina, como prudente, pesaba estas razones y la ojeriza de la nobleza con aquel advenedizo, que se les hombreaba, y no podía resolverse. En fin, que negó su asentimiento.

Marchito y desmayado llegaba Colón á la Rábida segunda vez. Antes salió de acá con las esperanzas delante de los ojos y bailándole el corazón. Ahora, al volver, dábales las espaldas. Quería despedirse de sus antiguos fieles favorecedores. Dentro, en el corazón, sintió Fray Juan Pérez el golpe que España recibía, é incontinenti escribe á la reina D.ª Isabel, su confesada en tiempos, carta que le llega al alma. Otra vez es llamado Colón á la corte con veinte mil maravedís de oro para la costa del viaje, y otra vez se renuevan las altercaciones. El tesoro estaba apurado. Las joyas que la gran princesa guardaba, más para recurso de su providencia bienhechora que para arreos de la vanidad ó realce de la realeza, vuélvelas á ofrecer ahora con liberal desprendimiento. No fueron menester. El Secretario Santangel, con su interés, prestó un millón de maravedises. Nuevos intentos de reducir los descomunales privilegios exigidos, tornan á poner á Colón camino de renunciar á sus esperanzas. Altivez y arranque que ciertamente admiran; mas tanto pleitear sobre honras á riesgo de malograr pensamientos tan altos, cómo se componga con la santidad, que el conde Roselly y los que le siguen lo satisfagan. Pero la Reina Católica, con aquella clarividencia, que á Dios le plugo darle, como que adivina algo muy grande que se le va de las manos á su España. Manda un propio que detenga á Colón, que

ya iba de camino, y al fin, en 17 de Abril de 1492 se despacharon las capitulaciones más memorables que recuerda la historia del mundo. Obra de la santa fe; madre fecundísima de tantas inauditas hazañas; luz sin la cual se va por la vida como ciego, á tientas y tropezando. La viva lumbre para mirar con ojos de águila caudal desde las cimas, dásela Dios á quien le aplace en sus inescrutables designios; mas por bendición deseara yo á los pueblos para que los encaminasen, hombres de la serenidad de juicio y de la prudencia reposada de nuestro Rey Católico.

Con el gozo que Colón volvió á la Rábida, que cada cual se lo imagine; y cómo le acogerían los amigos que antes le vieran tan apesarado. Tratábase ya de poner manos á la obra y aprestar las tres naves que habían de componer la flotilla. Quedaba aun por andar buen trecho de camino. Mal se componían para gente de mar, ruda, y que lleva el juicio en los ojos, los títulos altisonantes de los reales despachos, de que aquel extranjero venía proveído, y su porte más que á lo llano. Pues sus imaginaciones y esperanzas no habían de estar muy al alcance de unos hombres, muy duchos en lo de lanzarse á las olas y bracear con ellas; pero sin ceremonias ni latines. Porque véngase á razones alguna vez, y no se olvide que no se estaba en la corte de Santafé, sino entre mareantes y pescadores. Y así no pocos tropiezos le hubo de quitar á Colón y no pocas dificultades le hubo de allanar su asociación con los Pinzones, marinos expertísimos, de valor probado y de mucha autoridad en aquellas costas. Con esto se excusó acudir á la leva de presidarios, que habían otorgado los reyes, viendo que voluntario nadie quería embarcarse para intentos que á los portugueses siempre salieron fallidos. Por fin quedaron listas las tres carabelas para hacerse á la mar con matalotaje para un año. Iba la *Santa María,* que era la capitana, comandada por el Almirante. Montaba Martín Alonso Pinzón la *Pinta,* y la velera *Niña* Vicente Yañez Pinzón. En junto contaban las tres naves una tripulación de ciento veinte hombres: de ellos los noventa gente de mar resuelta y nada temerosa. Apercibiéronse también de provisiones para el alma confesando y comulgando; y en resolución, que el

viernes, 3 de Agosto, cuando aun el sol no era asomado por las puertas de Oriente, todos alegres y confiados, en el nombre de Dios, zarparon de Palos, famoso desde aquella hora sobre los más famosos puertos del mundo, y tomaron la derrota de las Canarias.

Quién me diera otro tiempo que la brevedad de un discurso, que yo os representára aquí el melodrama romántico fantaseado por los extranjeros con este primer viaje de Colón, donde no falta ni el consabido traidor más ó menos hosco y barbudo, recurso de receta de esta casta de composiciones. Viérais á Colón todo recelos y temores, escudriñando los rincones del barco porque no se le éntre la traición aleve por donde menos pueda imaginársela; y aquellos tripulantes tan aviesos como medrosos que le amenazan de muerte. Viérais la condición dura y poco manejable de los Pinzones, vuelta en solapada y traidora. Pero ahorrando de burlas, sólo os diré que no hubo en aquel viaje sino las impaciencias de quien siente más largo el término por desconocido. No eran tampoco tan lerdos los que navegaban en las cosas de la mar, ni tan poco usados en ellas, que no viesen claro que los cálculos del Almirante en muchos puntos resultaban fallidos. Pero del mismo diario de Colón se saca que no hubo semejantes graves alteraciones. Mas sigamos ya nuestra derrota. Bandadas de aves músicas que anunciaban á los navegantes la buena nueva; y era verdad que nunca lenguas de aves más arpadas y dulces parecieron; auras perfumadas y suaves; hierbecillas que nadaban sobre las aguas; todo era regocijada señal de que lo ansiado se avecinaba. Por fin, en la noche del 11 de Octubre, Rodrigo de Triana, lanzó la alegre voz de tierra. El cañonazo disparado por la *Niña* debió de resonar en las entrañas del mundo. Del corazón de los navegantes salió la primera oración que hizo sonreir á Dios en aquellas apartadas regiones. Nada importa que al besar Colón á otro día la nueva tierra no supiese dónde besaba. ¡Bendito sea su nombre! ¡Bendita nuestra raza española, sin la cual hubiera quedado oscurecido!

No entro en lo que sucedió después hasta la muerte del descubridor del Nuevo Mundo. Temo fatigaros. Muchas de

las historias, que sobre ello corren, escritas están de mano de nuestros enemigos. Diríase que se nos ha querido penar por la gloria del descubrimiento. No parece sino que para empinar á Colón hay que deprimir á los españoles, sin los cuales nada hubiera sido. Hubo, es verdad, en los primeros pasos pecados de todos. El Almirante y Virey de las Indias no entendía de gobernar. Con toda su fe, que nadie osará negar, dió la señal para los famosos repartimientos, y de su mano salieron los primeros esclavos. La santa reina, de más sólida virtud, se airó contra aquel crimen. Si Bobadilla afeó su memoria con su rigor excesivo contra el anciano descubridor, el recibimiento que el lastimado tuvo en España y la satisfacción que le dieron los reyes dejaron muy atrás el agravio. Pecó Ovando de duro y receloso, no por odio á Colón ni por desamor á la justicia, sino entendiendo que acertaba. Á las veces se vieron apretados los Reyes Católicos por el dictamen de la conciencia que les mandaba poner remedio en las cosas de Indias; pero sólo la conciencia pudo con ellos más que el amor á su favorecido. Honrado se vió éste de prelados, de próceres y populares cuando las tierras descubiertas más consumían que regalaban. Si á la postre no fué atendido como él quisiera, y si murió como olvidado, acháquese en justicia no á despego del Rey Católico, sino á lo extremo de su situación entre los castellanos, y á los azares y turbaciones de Castilla.

Y por lo que hace al proceder de los españoles conquistadores ¿qué habré de decir? ¡Ah, Señores, que era león el pintor! Aquí ha sido el cargar la mano apurando las tintas negras; y por si algo faltaba, tenían la paleta de Fray Bartolomé de las Casas, de donde tomaron los colores. Hombre el celebrado dominico fervoroso; pero acerbo, y por lo que tenía de francés, extremoso y apasionado. Varón de virtudes, no siempre las sazonó con la sal de la prudencia. De sus peticiones á favor de los indios, muchas, convertidas en leyes, son corona de quienes las dictaron. Que hubo abusos ¿quién lo negará? Es condición humana estar de continuo barajando grandezas y miserias. No ofrece naturaleza el oro de sus entrañas sin la envoltura de la escoria. Pero ya el

gran Cisneros clamó contra tales daños, que al decir suyo enérgico consistían "en que se había querido ganar los cuerpos de los indios; pero no las almas"; y luego puso el remedio. Pues el sentir de este hombre incomparable para con los indios era el sentir de España. Patente está en todas las *Leyes de Indias,* monumento de humanidad como no lo puede presentar otro pueblo colonizador alguno. Traídos fueron así por España á la civilización pueblos que vivían tan apartados. Dímosles nuestra sangre; más todavía, nuestra santa fe y nuestra hermosa habla castellana: toda nuestra alma de españoles. Cumplida fué con esto la voluntad de Dios que no entregó luego á sus apóstoles más que una mitad del mundo, porque esta nuestra patria, después de apercibida en el desierto con asperezas, tribulaciones y trabajos, la otra mitad, sentada en tinieblas y sombras de muerte, evangelizase y alumbrase. ¡Gracias sean dadas á Dios que en todo empeño de la Santa Cruz quiso que nuestra gente fuese quien acudiera á sustentarlo! Por eso la Virgen María, con privilegio singularísimo, vino en carne mortal á apoderarse de esta porción de tierra cristiana, joya la más rica de su herencia.

VI.

Remiso se mostraba, dije arriba, el rey D. Fernando en acceder á las pretensiones de Colón, como hombre que todo lo pesaba y medía en la serenidad y madurez de su juicio, y que en los negocios, antes que alucinarse con la entrada fácil, prevenía la salida dificultosa. No era menester más para que el vulgo de los historiadores se echase sobre el príncipe aragonés y no le dejase hueso sano. Fracasara el Almirante en su intento, y ellos motejaran de liviandad de juicio el arranque generoso de la reina D.ª Isabel, encareciendo la cordura y cautela de su marido. Injusticia

como ella no merece respuesta que la honre; y aquí lo dejaría yo si no imaginara que falta á este bosquejo del gloriosísimo reinado pincelada que importa mucho, porque se vea claro lo que enturbió la inconsideración liviana y oscureció artera la malicia; y que, de no entenderse bien, no se acertará en buena parte con la clave de nuestra historia. Me refiero á las guerras de Italia, en lo cual apenas se ha hecho otra cosa que dar palo de ciego.

En ellas pensaba el Rey Católico cuando los tratos de Colón. Veía las arcas vacías, al francés arrogante en el Rosellón y en Nápoles, y la sangre aragonesa le hervía en las venas y le incitaba al desquite. Pasaban ante los ojos de su consideración las sabias providencias de los Berengueres, principio del poder naval de los catalanes; la rivalidad de Génova; los celos de la taimada Venecia; la diestra política de Pedro III y Alfonso V que valió á Aragón el señorío de los mares; la expedición portentosa á Levante en socorro del caduco imperio de Bizancio; la insolencia del turco; el descomedimiento del Soldán de Babilonia; las costas cristianas mal guarecidas y, más de lo que se podía sufrir, llanas al ultraje. Todo lo rumiaba el aragonés, y todo lo ponderaba por sus quilates en los rincones del cerebro; y por fin y postre de tanta consideración, él venía á dar en el punto de que toda la máquina de la prepotencia española y de la libertad de Europa estribaba en el negocio de Italia.

Y aquí oigo que se alborota el montón de los que en cosas de historia se andan siempre por las hojas sin llegar al cogollo, los cuales maldicen de las guerras aragonesas y austriacas contra el francés, y pintan á nuestra gente fuera de cauce y malgastando las fuerzas; y así encajan á su placer las cosas que pasaron mas que haya que descoyuntarlas. Que en esto de la historia acontece igual que en la poesía, que no se le guardan lindes, y todos quieren hacer pinitos, así no lo hubieren saludado ni fueren para ello; y aquí viene aquello de que la mucha familiaridad es causa de menosprecio, porque se tiene en menos lo que se entiende que á todos se alcanza. Por lo cual mirando por la limpieza y policía de la buena literatura, que se ensucia con esta broza, se había de estancar tan sobajados estudios, de modo que

sólo tratasen de ellos los en ellos cursados. De estos historiógrafos de afición, que todo lo añascan, son los que á toda hora apellidan la raza latina: linaje de idealidad histórica con quien me sucede lo que con la raza árabe en España, que por más que la busco aun no la he podido hallar. Mas pese á tales fantasías, ello siempre será, aunque por verdad desnuda no aplazca, que de vecinos es el encontrarse en los intereses; y que desde que hubo en Occidente francos y godos, asentados en sendos reinos fronterizos, comenzaron las altercaciones: achaque éste que con semblante vario saca la cabeza luego, y por ventura no se podrá curar jamás porque viene de naturaleza. Así en España el buen político habrá de mirarlo siempre.

Pues ahora imagínese qué hubiera sido para el señorío español el francés en Sicilia y en Nápoles, apalancando por alzarse con toda Italia, como dividida en estados menudos y rivales, facilmente abierta á la codicia de los extraños. La vecindad de las tierras, que parten términos, hacía más peligroso el hospedaje. Luego quizá, del un cabo al otro, Italia hubiese amanecido francesa y el Mediterráneo cautivo. En esta coyuntura, Aragón, acabada su tarea de moros, volvía los ojos á los mares donde naturaleza nos llamó á ser señores. Pedro III igual en brios á su padre y más suelto que él de cuidados, pone la intención en Sicilia con instinto que le dice cuánto le va á España en esta empresa. Resistiéronle ciegos los Papas, tenaces favorecedores de los anjevinos: presto Aviñón había de abrirles los ojos. Luchó D. Pedro con la adversidad y venciόla, como hijo de quien casi en la cuna aprendió á vencerla. Sicilia quedó por Aragón, y con esto se abrieron de par en par las puertas del Mediterráneo á los gloriosos destinos españoles.

Porque no podía serles igual á quienes en la mar habían de poner su grandeza y aun su ser de independientes, cúyas fuesen las costas de Italia y más las de Sicilia, que donde reconociesen señor allí llevarían la ventaja. Ofrece esta isla por su asiento comodidad grande para bandearse en el Mediterráneo, á quien divide en dos mitades. Rica en puertos donde las naves se abriguen, y en playas de buena arribada. Los aires templados la hacen apacible. Abundan en

ella los frutos que pide la vida, y la coronan las rubias espigas bien preñadas de grano. Por el lado de Mesina tanto se acerca á Italia que las costas casi se besan. Con África, á pocas horas de mar, facilmente se da la mano. Frontera tiene á Grecia y no mucho más allá la tierra de Asia. Con estas excelencias, que sintieron ya los antiguos, cuantos codiciaron el mar, todos buscaron entrar en este señorío y posesión por las puertas de Sicilia. Así los fenicios, así los griegos, así Cartago, y en fin, Roma soberana del mundo. Perdiéndola los cartagineses en su primera guerra con los romanos, se pusieron á punto de perderse, y para convalecer necesitaron la conquista de España. Claro vió en esto la astuta república africana, que, ganando nuestra península, se cobraba con las setenas, porque tierra que naturaleza mimase más para hacerla dueño de este mar interior, centro del mundo, no se hallará en Europa. Así lo ve también la moderna Cartago, y por ello siempre nos tiró á la cabeza como á enemigo en cuyo abatimiento pone el primer andamio con que levante la fábrica de su pujanza. Y esto es otro axioma que el político, si lo es de verdad, menester será que no lo olvide sino antes haga de él brújula de sus resoluciones.

Y volviendo al propósito, dígaseme ahora si estando Sicilia y toda Italia en el siglo XIII como de baldío á quien la quisiera tomar, buenamente podía dejar Aragón que se le antepusiese pueblo de Europa en posesión tan codiciada. No lo quiso así nuestra buena fortuna, y allá fueron, á Sicilia, recibidos en palmas como libertadores, los descendientes de los que en tiempos del cartaginés ayudaron á conquistarla. Y por ventura se encontraban allí con su sangre, si aciertan las historias en lo de las tribus iberas de los sicanios, que en muy remota edad, emigrando de sus primeros asientos, á estas nuevas regiones arribaron. Venció Aragón y venció Sicilia, que se vió libre de los odiados anjevinos; y el odio era tal, que cuantas veces, siglos adelante pareció que se resfriaba la afición á los españoles, bastaba que asomasen á lo lejos las banderas francesas, para mudar el desvío en amor más encendido y acendrado.

Entonces fué el levantarse Aragón con tan buena gran-

jería sobre todos los pueblos europeos. Quedó el francés contenido en las fronteras y comiéndosele el despecho; sobrecogióse el de Nápoles; inclináronse Génova y Venecia las orgullosas. De mar á mar se paseaban las naves aragonesas como por su imperio: del estrecho que afamó Hércules al que retrató en sus aguas la hermosura de la robada Europa. Atendían á Aragón los Papas; consultábanle príncipes; solicitábanle pueblos. De hinojos pordioseó el griego afeminado y doble el socorro de los temidos almogávares, tan rudos de corteza como sanos de entrañas: los cuales en el extremo Oriente acabaron cosas que maravillan para oídas, cuanto más para ejecutadas. Erigiendo y derribando reinos á su voluntad, en poco no dan vista al antiguo solar ibérico. Humillado fué de ellos el turco y emplazado para Lepanto. Y en resolución, que por tierra y por mar el señorío aragonés se ufanó victorioso.

Y, andando los tiempos, ¿á quién había de haber acudido aquella famosa y no bien afamada reina Juana, que se veía con la corona de Nápoles y sin hijos que la heredaran? Recuestábala el de Anjou por deudo: amante porfiado y á prueba de desdenes, que ya que á sus padres los desairó Sicilia, quisiera él salir ahora con más fortuna en sus pretensiones. Mal pleito tenía, que al francés nunca le miraron bien los napolitanos. De los príncipes de Italia en ninguno se podía pensar, demás que los celos de los desfavorecidos no darían lugar al intento. Puso, pues, los ojos la solicitada en D. Alfonso de Aragón como en el hombre que podía tomar sobre sí este empeño; aunque no los puso con la fe y lealtad que Roger de Lauria en Pedro el Grande. Prohijó á D. Alfonso y le declaró por su heredero. Á la verdad que el aragonés, por la vecindad de su estado de Sicilia, no había de hacer buen rostro á que el anjevino prosperase. Deudo, también lo podía alegar y más fundado. Sobre esto, menester le era asegurarse en Italia y quitarse lados peligrosos; que, en entrando el turco en Constantinopla, (y estaba para ello), luego todas las fuerzas serían pocas para contrastar á los invasores. Prohijó Juana á D. Alfonso, y revocó su prohijamiento; volvió á prohijar y tornó á revocar: al fin como mujer, mudable y veleidosa; mas el prín-

cipe aragonés, que no entendía de burlas, conquistó el reino de veras. Valiente figura la del Rey Magnánimo, toda ella española: primera y hermosa muestra de aquella rica veta de políticos que por dos centurias dió tantas y tan buenas, y que se acabó como todo. Bien siente de él un escritor del tiempo, que con razón pudo decir después del descalabro de Ponza, que nunca navegó mejor que cuando naufragó en sus aguas; porque de rendido y sin libertad, se volvió señor de sus vencedores y dueño de Italia á quien con su buen término ganó al fin la voluntad y la hizo cautiva. Más grande aún se ofrece venciendo prisionero á Filipo María Visconti, y mandando respetar el sagrado de los templos y la honestidad de las mujeres en el saco de Marsella, y reusando las joyas que le presentan las así guarecidas, que en el triunfo de Nápoles, donde con pompa que la antigua de los Césares romanos igualaba, entró vencedor feliz y coronado. Fué teólogo, filósofo, favorecedor de las letras y cultivador de ellas. No tuvo el Renacimiento quien más que él hiciera por su causa. Limpiamente se refleja en él como en clarísimo espejo la magnífica cultura de la España cristiana del siglo XV, donde reyes, próceres y prelados iban á una en la afición y favor á todo linaje de saberes, y se hombreaban con los italianos; de suerte que entrambas penínsulas se adelantaron en un siglo á las demás naciones de Europa. Él que hizo de su palacio alcázar donde letras y artes hallasen espléndido alojamiento. Él rebuscador afanoso de libros y manuscritos, que en tomando una ciudad luego mandaba que cuantos se hubieren á la mano se pusiesen en cobro: no de otra suerte que en el sitio de Siracusa hizo con Arquímedes el Cónsul Marcelo. Él que por un códice de Tito Livio se dejaba ganar de Cosme de Médicis, y volvía en amistad y paz la guerra con que le amenazaba. Mas lo letrado no quitó en el aragonés á lo valiente, como no quitó nunca en España donde jamás vivieron reñidas armas y letras, ni fueron la rudeza y tosquedad presupuesto de la valentía. Ni tampoco por el amor de los libros descuidó D. Alfonso el estudiar las cosas y los hombres, como su tocayo el de Castilla, sino que siempre miró donde pisaba; y así en el laberinto de los enredos italianos, pronto cogió el hilo con que se puso

á buen recaudo. Su proceder con el Papa no fué de abierto lo que debiera. Excúsanle los tiempos, porque en las arterias que entonces se usaban, de parte de quién estuviera la razón, más fácil sería de decir que de probar. Miraran más los estados cristianos el peligro que tenían al ojo, y acudieran Eugenio IV y Calisto III al bien de la Iglesia antes que á la voz de sus aficiones y al provecho de sus hechuras, y el rey de Aragón habría sido el brazo de la Cristiandad, que abatiese la soberbia del bárbaro que se acercaba.

Marcados aparecian los rumbos de la gente española en Europa. Retroceder no había que pensarlo. Así lo entendió el Rey Católico que, con mirar á todas partes, y no descuidar cosa que de cuidar fuese, no quitaba ojo al Mediterráneo. Menos que nunca lo podía desatender ahora que el francés era más fuerte que antes, y el rey de Nápoles flaco y mal querido, y los estados de Italia casi deshechos no sabían valerse, y el turco de día en día se insolentaba. No había de querer que se le disputara asi el cetro de la mar el único príncipe cuyas naves amenazaban todavía en los Dardanelos. Aviso fué poner á raya al francés, que de condición si no se le habla recio, luego sin oir razones, rompe por todo; y buscar las alianzas entre sus enemigos naturales, y más con el Imperio que tenía con él cuentas en Italia y de muchos siglos. Perdió á Carlos VIII y perdió á Luis XII la altanería francesa que nunca acertó á ganar amigos sino á agraviarlos. Es el francés mejor para enemigo que para amigo; que enemigos no son invencibles, pero amigos hacen pagar la costa. Tal arte se dieron ahora que avivaron los odios antiguos. Y eso que tan ciegos estaban los príncipes italianos, que en expresión donosa de un testigo de vista, con ver los únos cómo rapaban á los ótros, no se curaban de echar las suyas en remojo, más lo celebraban. Venció en la contienda la mesura del Rey Católico y aquella discreción y tino en que tenía á quien parecerse. Supo esperar la ocasión y tomar el pulso á los tiempos, y cuando acudió á las armas, ya no sonaron á guerra sino á remedio.

De las hazañas de los españoles en Nápoles, ¿qué podré decir que no sea harto sabido? Demás que es fuerza poner ya término á estos breves apuntamientos. Allí subió de

punto, venciendo á los franceses, la gloria de aquellas armas que tan bien se habían probado en los moros; y fué de manera que salieron graduadas de invencibles. Pero fuera delito de lesa majestad no mentar aquí al gran Gonzalo, á quien para ser rey tan sólo le faltó la corona. ¡Oh, engendrador feliz de la temida infantería española, rayo de la guerra, Mecenas magnífico de letras y artes, Cid en lo arrojado, Médicis en lo espléndido, conquistador de reinos y voluntades, blasón de España, sonrojo y envidia de Francia, asombro y pasmo de Europa! Por tí Castilla vino á terminar dichosamente lo que Aragón había comenzado! En él se juntaron, Señores, el aliento varonil y la noble cortesía de los españoles y la pompa y garbo de la gente italiana. Dos veces vencía á sus enemigos; la úna con la espada, la ótra con su porte y término; y así quedaban vencidos y obligados. Supo conquistar, arte que se alcanza á muchos; mas acertó también en lo que es de pocos, haciendo suyos á los conquistados, con que al salir de Nápoles dejó españolizada gran parte de Italia. Convidáronle á que á hurto se ciñese corona. Para tan poco habría tenido que bajarse mucho. Valía más el honor castellano. Los procederes del rey de Aragón con vasallo que tanto le envidiaba el rey de Francia, quisiera yo tener que alabarlos. ¡Triste condición humana donde siempre apunta nuestra miseria! Á la verdad con simiente bien menuda luego medra la ponzoña en el corazón como en tierra para el mal tan agradecida. Quizá hizo lo más la fuerza invencible de la antipatía que tiene su raiz en la oposición del carácter. Eran de contrario humor el príncipe aragonés y el noble castellano. Alardeaba Gonzalo como buen cordobés de liberalidad y gentileza: placíale la pompa y sentíase bien hallado en la tierra de Italia, donde el modo y estilo tanto se asemeja al de la gente andaluza en la cual hace su natural asiento la bizarría. El rey D. Fernando más tiraba á su padre D. Juan que á su tio el rey D. Alfonso. Gustaba de la sobriedad y templanza, y con saber bien el oficio de rey, atento á serlo, se curaba menos del boato con que autorizarlo. Era franco el castellano. Tenía al contrario el aragonés hechas las entrañas desde muy niño á vivir recelando. Esto vió en su casa. Luego, á fuerza de burlar á los

más astutos pudo imaginarse burlado. Acontece que los ojos, lo que han costumbre de ver, lo vean después en imaginaciones. Muerta la reina D.ª Isabel halló D. Fernando que los que aborrecían su grandeza le sonsacaban los vasallos, y requerían contra él amigos y deudos. Le faltó tierra en Castilla. En esta prueba, quien salió vencedor de tantos contrarios, no acertó á vencerse á sí mismo. Acaso entonces su desafición al conquistador de Nápoles tomó color de sospecha. Fué injusto. Engañóse en la lealtad quien nunca la erró en los desleales. ¡Lástima de sombra que oscurece un tanto á príncipe tan insigne, porque lo dicho basta para el achaque mas no para la defensa! Aquí en Granada yace también aquel gran vasallo, cifra de la nobleza de su tiempo: en esta tierra donde descansan los reyes sus señores. Al cabo de trescientos años los hijos de los vencidos con el duque de Nemours vengaron en los huesos del muerto las victorias del vivo. Quedó así el vencimiento acreditado de merecido y confirmada la victoria.

Resuelta dejaron, pues, los Reyes Católicos la cuestión de Italia, que tanto importaba por el Mediterráneo, y afirmada la prepotencia española donde en afirmarla estribaba el bien de toda la Cristiandad y la causa de la Iglesia. Porque, he de repetirlo, no ya á nuestra grandeza de españoles, pero á más altos fines, donde se empeñaba la suerte universal del mundo, la providencia de Dios nos dirigía. Y si no ¿quién atajó al turco? ¿Quién con sus naves poblando el Adriático y el Mediterráneo guareció las costas europeas, y más las de Italia aun más que otras amenazadas? ¿Quién años adelante cerró los Alpes á la pestilencia de la Protesta y defendió á Roma "madre común de todas las iglesias del mundo"? No lo hicieran genoveses ni venecianos, que sobre estar caídos, nunca pasaron de mercaderes, que con griegos y turcos anduvieron á puja de conveniencias, y tenían el alma en la bolsa y el honor en la ganancia. No lo hicieran franceses, y ¡por mi vida que empresa tan grande y santa bien librada habría salido de sus manos! Harto á su costa hubieron de aprender los papas, (y los hubo muy ciegos en esto), que el francés aun con la Iglesia es usurero de sus favores. Poco de fiar podía ser gente que se aliaba con protestantes, turcos

y corsarios contra la causa de Europa, y que en odio á los españoles trajo sobre Mahón á Barbaroja y á los turcos sobre Nápoles: que de condición, según decía ya de sus corsarios Cervantes, hacen á toda ropa. No lo hicieran tampoco los papas, desoídos de los príncipes cristianos, y á las veces más atentos á las intrigas de Italia, ó á desenterrar estatuas y limpiar palimsextos, que á la tormenta que se venía. Los que buscaron á los príncipes, tan engreídos los hallaron y tan exigentes, que su ayuda, más que libertad y remedio de males, hubiera sido cautiverio y acabamiento de todos los bienes. Sin los españoles en Italia, Roma habría vuelto á los menguados días de Aviñón y no se ufanara la Iglesia con la gloria de Trento. Nada de ello fuera sin estos continuadores de la obra de aquel gran Cardenal Albornoz del siglo XIV, obispo á lo D. Rodrigo y á lo Cisneros, que fundó en Bolonia Colegio famosísimo, y cobró á golpe de política y á punta de espada lo que los Papas, con la opresión francesa, habían dejado que se perdiese: hombre extraordinario que anticipó las proezas del Gran Capitán, y tenido en tanto que á hombros fué traído su cuerpo de Italia á Castilla. Cuando el santo pontífice Pío V apellidaba á Europa en nombre de Cristo, acudió España. Acaso habría sido sola en la empresa si el miedo no aguijara á los venecianos. Solo tú, raza española, vanguardia de la Iglesia, que cerraste los nevados Alpes y el empinado Pirineo é hiciste barrera infranqueable de las aguas del Adriático, y sometiste las bárbaras africanas costas; sólo tú pudiste salvar el mundo. ¡Sólo tú, raza de hombres donde vivían las virtudes de los siglos medios; tú cuya fe acendrada no era blasfemia que alardea de fidelidad como quien otorga merced, sino rendido y desinteresado acatamiento de quien confiesa que humillándose á la verdad recibe gracia! Sólo tú que mediste la obra no tanto por el provecho propio más por el bien común, y, puesta en el empeño, ni contaste los enemigos, ni escatimaste la sangre, ni te dolió el oro, ni te rindieron halagos, ni desengaños te retrajeron; sino antes con intrépido corazón te lanzaste á la descomunal empresa á que estabas llamada. Aun queda de tu hazaña. Nada hace que te desconozcan impíos los que por tí fueron salvos y á tí deben el

sér que tienen. Pagáronte en afrentas y calumnias, y del árbol que dió sombra al mundo y le cobijó un día, viéndole por tierra, quisieron hacer leña con que cebar el fuego de sus ambiciones; mas pese á los que te niegan y agravian, si pudiste caer postrada después de un esfuerzo más que humano, pero delante de tí habrá de inclinarse la civilización agradecida.

Toco ya, Señores, al fin de este discurso con remordimiento de haber burlado vuestro deseo. Además ¿por qué no decirlo? Llego aquí con pena. Cuéntase del vencido Boabdil, que cuando iba camino de su destierro, al tocar en aquel sitio donde ya se ocultaba á la vista la ciudad que perdía, volviendo hacia ella los llorosos ojos, y como empapándose en aquella hermosura que se le desaparecía para siempre, exclamó: ¡ay mi Granada! y con hondo suspiro, en que se le iba todo su sér, se dejó llevar de su destino. Así ahora el alma anda rehacia de apartarse de estos lugares de tanta hermosura y grandeza, donde se deja todo cuanto ama, para volver al áspero camino por el cual va nuestra patria vencida y sin corona. Porque mientras tratamos de aquellas grandes cosas, hemos estado como entre ellas; y los puros y limpios aires que venían de las cimas de nuestro ayer á este valle triste en que hoy vivimos, refrescaban el corazón y le mantenían. No extrañéis, pues, que el alma se vuelva por última vez á aquella España, milagro de la historia del mundo, y que arrancándosele un suspiro de lo más hondo, exclame: ¡ay de mi España! Si por permisión de Dios aquellos restos venerandos, que yacen entre nosotros, se hirguiesen con aliento de vida, y pasearan los asombrados ojos por cuanto nos rodea, sin duda que se imaginaran que mano impía los había arrojado en suelo extranjero. Porque de aquella bendita obra en que pusieron todos sus afanes y cifraron sus alegrías, hasta los cimientos han sido removidos. Santa unidad de una sola y santa fe, concierto

suavísimo de las voluntades, felicidad en lo humano la más preciada, vislumbre de la felicidad infinita de Dios! Santa unidad, que aquellos egregios príncipes tan ahincadamente procuraron como base y fundamento de nuestra grandeza, con que de tantas partijas de gentes esquivas entre sí ó contrarias, formaron pueblo potentísimo. ¡Y qué bien y deleitosamente que vivían en uno como hermanos! Y ahora, cada cual de nosotros se encierra en su casa y mira receloso al vecino sin poder columbrar adonde endereza su pensamiento. Vamos perdidos y á la ventura; sin rumbo cierto ni más horizonte que el día, y temerosos del mañana. Pues aquellas lindes con que naturaleza cerró nuestra tierra, bien guarnecidas de montes altísimos y mares encrespados, también las veo allanadas. Á la mano por donde se pone el sol, yace Portugal, colonia vergonzante de Inglaterra. Por el estrecho hercúleo, llave de este mar Mediterráneo un día nuestro..... Pero no he de afear esta ocasión de hermosas memorias pronunciando aquí nombre que á vosotros y á mí nos quema los labios y el corazón. ¡Oh si esto lo pudiera ver aquella santa reina que, estando para morir, encarecía su guarda con vivas ansias como si presintiese la pérdida lastimosa! ¿Quién se atreve á decir por ahí que estamos en nuestros límites naturales? Donde lució el guión de Cisneros veo la bandera de los vencidos de Ceriñola, y la gloriosísima de Castilla apenas si asoma medrosicamente tras las murallas de Ceuta. Mas nos aprisiona el mar que nos comunica, casi desacostumbrado ya de sufrir sobre sus espaldas la pesadumbre de las naves españolas. Pero no lloremos como mujeres sobre nuestras desdichas, sino esforcémonos como hombres. Dios que hizo sanables las naciones, levántalas á la hora con tal que ellas se quieran levantar. Á la verdad, pueblos muy caídos, á poder de esfuerzos á cosas muy altas se levantaron. Así nuestra gente española de la mengua y ruina del Guadalete, con virtud constante llegó á la honra y poderío de Granada. Para nosotros ya el tiempo es breve, las ansias crecen, y las esperanzas menguan; pero tú mocedad, que ahora te asomas á las puertas de tus días dorados, y que por mala ventura con lo que ves y oyes vives como entumida, desentúmete de modo que mañana

puedas esforzarte á vivir vida de hombres! ¡Así lo quiera el cielo porque á lo menos seamos sanables en lo por venir! Mira que la patria como el hombre tiene alma y cuerpo, y que de la suerte que el alma separada del cuerpo, que es su oficina en esta vida, no se podría valer para sus operaciones, pero el cuerpo sin el alma es miseria y podredumbre, así la patria necesita de este solar propio, que es su cuerpo; y si en ello hay quiebra, será alma en cuerpo enfermo, que hay que sanarlo; y si le perdiere, cobrarlo ha para que viva; más que la patria sin su alma que es la religión, madre de la justicia, será cuerpo muerto que es fuerza que se corrompa, y al fin, porque no dañe los otros, que den con él en la sepultura. Advierte que no anda más quien más se mueve sino quien va derecho; y que la unidad de concertarse todos para la verdad y el bien común, es el fin de la sociedad, y la mayor dicha que ella puede haber. Y este concierto de las voluntades para lo bueno es lo que los ángeles llamaron paz cuando en aquella hora de la más grande alegría del mundo, vinieron á unos pobres pastores con esta feliz embajada; y ella vale tanto, que si en el infierno pudieran haberla, (lo que es imposible), por ventura se tendrían por dichosos los mismos demonios. Y en lo que toca al cuerpo, entiende bien que recobrar lo perdido y reparar lo menoscabado, no es tanto honra, (y esto fuera ya bastante) ni menos lujo y gollería, mas necesidad, si no hemos de vivir de limosna y á lo que quieran extraños; y que las costas africanas y las ibéricas, por lo que tienen de vecinas, siempre corrieron una suerte. Á lo que añadiré, que la voz de la sangre la hizo naturaleza tan poderosa, que otra voz alguna de ninguna razón no la puede ahogar jamás, y así aunque el hijo se aparte del padre y ponga su casa, nunca se podrá desconocer de él; con que donde oigas que esa tu sangre te da voces allí has de acudirla: que lazos de la carne tan anudados si tal vez se aflojan mas no quiebran. Ten siempre delante de la consideración que no es vida ir caballero en el jumento de la carnalidad y tirando de las alforjas de la glotonería, sino enderezarse á nobles y generosos intentos, y que, entre el extremo de los molinos de viento de la locura y el de la ruindad grosera y maliciosa que sólo mira á las conveniencias,

está el medio donde la virtud gusta de acomodarse; puesto en el cual pudo blasonar Cervantes de la manquedad gloriosa de Lepanto, y todavía de cautivo soñar con la hombrada de ganar un reino para cristianos. Y así ni te engrías con la que fué y ya no es, ni te apoques y desesperes porque haya quien te esté siempre al oido con nuestra laceria; que la mitad para ser vencido es pensar que no se puede vencer; y para otear de suerte que se descubra mucha tierra, por fuerza que hay que mirar de lo alto. Tenga en tí la patria hijo que la honre y no verdugo que la acabe; y nota que una manera de honrarla es guardar sus tradiciones, que son también parte de su alma, y no menospreciar á bulto los hombres y cosas que fueron, como hacen tantos, lo cual arguye en ellos ó ruindad de condición si es que se corren de su linaje, ó soberbia que quiere contrastar la experiencia de muchos en la piedra de toque del parecer de uno sólo. Y así, tú, en las novedades no te ciegues, sino pónlas bien en el filo de la consideración, mirando que á lo antiguo ya lo abona el tiempo; pero de modo que si por antiguo lo atiendes, pero no lo antepongas á la verdad nueva probada. Bien parece que no te encastilles en que no pase cosa extraña de fronteras adentro; que esto sobre ser amor ciego y no guiado por la discreción, es poner puertas al campo; demás que lo que sea bueno de suyo no se ha de sujetar á marchamo para autorizarse; pero mucha cuenta con no traérselo todo á ojo; que no tódo es para tódos, y los pueblos como los hombres cada cual tiene su semblante, y su humor y condición propios: perfección y hermosura que quiere naturaleza, y no se puede mudar ni fuera razón que se mudara; y por semejante desbarro más ha de un siglo que andamos en pruebas, que, á Dios plegue, que no nos rematen del todo. No olvides que mirar sólo á sí y buscar cada cual su provecho con daño de los demás, propio es de bestias que se pelean y despedazan sobre la presa, y no de hombres á quien fué dada la palabra porque entre sí se comuniquen, ayuden y sustenten. Y cuando no te venciere la razón, muévate que pensar otro es error de cuenta, porque en contra del bien común no prevalecen los particulares, y tras la fortuna desapoderada de unos pocos, luego viene la miseria total y el acabamiento para todos.

Obedeciendo aprenderás á mandar, que es amargo que aplace. Si esto hicieres, y te ajustares á la obediencia de la ley de Dios, sabrás mandar sin humillar y obedecer sin humillarte. De tres cosas no te has de despreciar, de las cuales hoy se desprecian muchos para nuestra ruina: de admirar lo noble, virtuoso y grande; de avergonzarte de lo que es razón que hombre se avergüence, y de amar lo que merece ser amado: que el no mudar la color del rostro ni sentir el corazón en el pecho, es de muertos; y no amar, según la profunda sentencia de nuestra Santa Doctora castellana, la miseria mayor de los condenados. Pon el honor por norte de tus acciones, y quiere antes que menoscabarle menoscabarte en los intereses; pero el honor sano que tiene por trono la conciencia recta; no el que se cifra en la punta de la espada ó en la innoble puja de tahurerías y burdeles, que es baldón y hazañería. Si se te fueren los ojos tras las honras y dignidades, párate en que, en tanto honran á quien las ostenta, en cuanto de él sean honradas; que si no son picota donde el desnudo de méritos se ponga más al escarnio. Con estas advertencias y con el acicate de nuestra grandeza de ayer y la lección dura pero saludable del caimiento y vergüenza de hoy, gozar podrás quizá lo que á nosotros nos fué negado, el día claro y sereno en que de nuevo asome por Oriente el puesto sol de nuestra ventura; y cuando no, á lo menos aprenderás que toda la ciencia del bien vivir de los pueblos con que alcancen tiempos apacibles y dichosos, estriba en aquella máxima que dice: *Justitia elevat gentes, miseros autem facit populos peccatum.*

APÉNDICE.

Oficio eclesiástico que escribió D. Fray Hernando de Talavera, Arzobispo de Granada, para que se rezase en la fiesta conmemorativa de la entrega de esta Ciudad.

Por el autor y por el asunto me ha parecido que este interesante documento, que conocen muy pocos, se habrá de ver con gusto. La copia, que sigue al pie, está expedida á mi instancia por el Archivo de Simancas donde obra el original. En el de esta Santa Iglesia de Granada, consta en los índices, por donde se sabe que aquí hubo de estar; pero no existe hoy. Entiendo que al fin no debió de aprobarse de modo que llegara á ponerse en uso. Quizá con la muerte de la reina D.ª Isabel y luego con la del arzobispo quedó todo en pensamiento. Como verá el lector, está calcado sobre otros oficios más antiguos, y en particular sobre el del Santísimo Sacramento; y lo que hay de original vale poco. No se ven en él reminiscencias clásicas, fáciles de notar en oficios escritos después del siglo XVI. Campea en él lo fervoroso de Fray Hernando y su piedad y fe acendrada. De la carta en que el antiguo confesor hablaba de su obra á doña Isabel, como á mujer tan latina, poseo también copia autorizada, mas como quiera que sea ya conocida, no la pongo aquí. La verdad es que fiesta como ésta de la dedición de Granada, que acabó la Reconquista, bien merecía que tuviese su oficio propio como lo tiene la batalla de las Navas con el título de el *Triunfo de la Santa Cruz*.

La copia del curiosímo papel que se custodia en Simancas, trascrita con sus abreviaturas y ortografía, dice á la letra así:

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS.

MESA DE OLÓGRAFOS. ARCA DE CAPILLAS REALES.

Legajo 4.°—Capilla Real de Granada.

COPIA

de un documento en cuya carpeta dice: *Copia de la ordenación de lo que se ha de cantar y en qué días en la yglesia de Granada en memoria del beneficio rescibido de hauerse ganado.*»—No tiene fecha; en el Indice dice.—«*Pudo componerse á fines de 1493, ó principios de 1494.—Este rezo es de Fr. Fernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, Confesor de la Reyna Católica, y las anotaciones marginales son de su mano.*»—En el núm. 1.° de la Secretaría de Estado, hay una carta suya escrita de su mano á la Reyna en que se hace mención de este rezo ú oficio de la dedición de Granada.—T. G.—rubricado.

Dentro.

✠

IN FESTO DEDITIONIS NOMINATISSIME VRBIS GRANATE.

Ad vesperas. aña.

Solemnem agamus diem in qua deus pater omnipotens fastigium inimicorum filii sui posuit scabellum pedus eius. *ps Dixit dominus* æ Confiteamur domino et magnificemus opera eius: qui hac sacra die dedit populo suo hereditatem gentium et fecit redemptionem plurimorum captiuorum. *ps. Confitébor, æ* In memoria eterna erit Fernandus rex cum regina helisabeth quia sua opera et labore dedit hodie dominus populo xpianorum gloriam et diuicias agarenorum. *ps Beatus vir. æ.* A solis ortu usque ad occasum laudetur nomine domini. qui granatam fidei operibus sterilem: matrem fecit multarum ecclesiarum letantem, *ps laudate pueri. æ.* Omnes populi ispaniarum laudate dominum: quia confirmauit hodie super vos misericordiam suam finem imponens antiquo peccato. *ps laudate dominum.* Capitulum.

principium epistole sumpte de ysaya c. liiii °

Lauda sterilis que non paris de canta laudem et hymni que non pariebas. quoniam multi filii deserte magis qr eius que habebat virum dicit dominus. Deo gratias. hymnus.

Pange lingua voce alta: triumphi preconium. laudem deo semper canta. conditori omnium.qui edomita granata. bellis dedit somnium,

Dedit quippe pacem plenam. populis ispanie. dedit autem

malam cenam. mahumeti insanie. qui illusit sarracenam. gentem et arabie:

Personarum trinitatem diffitetur impius. et sumpsisse humanitatem. deum negat inscius. tollit fidei pietate. multis alliis nescius.

Deum patrem nos laudemus: atque sanctum spiritum. verbum quoque adoremus. vere carni insitum. Et uterum honoremus. quo fuit nobis editum. Amen. Ver. Benedicamus patrem et filium cum sancto spiritu. Res. laudemus et superexaltemus eum in secula. *Ad magnt* æ. Magnificemus dominum quia respiciens humilitatem seruorum suorum principum x̄ianisimorum dedit hodie in manus eorum urbem granatam. robur et fortitudinem agarenorum.

Orō.

Omp̄s sempiterne deus: qui dedisti famulis tuis per fidem regna vincere. et munitiones superare. da nobis q̄ms te semper fide colere. Et que fidei sunt per dilectionem operari. Per dominum.

AD MATUTINUM: INUITATORIUM.

Regem triumphatorem dominum: veníte adoremus. hy.° Sacris solemnis juncta sint gaudia. et ex precordiis sonent preconia. recedant vetera noua sint omnia corda voces et opera.

Dies recolitur qua urbs fortissima: de manu tollitur afra seuissima: datur principibus fide rectissima: trinum deum collentibus,

Post tempus plurimum quo fuit ispania: correpta arabum fera vesania: tandem vult dominus ut hec insania vires deperdat protinus.

E tibi rutilet fides catholica: deoque iubilet plebs apoca ubi tanto pere fraus diabolica: longo regnauit tempore.

Te trina deitas unaque poscimus: sic nos visitas sicut te colimus: per tuas semitas duc nos quo tendimus ad lucem quam inhabitas. Amen.

IN PRIMO NOCTURNO æ

Beatus Rex Fernandus cun Regina helisabeth quorum voluntas concors semper fuit in lege domini. p̄s. *Beatus vir* añ. Subiecisti domine sub pedibus eorum oppida uniuersa et municiones ad quas tandem confugerat feritas agarenorum. p̄s. *Domine dn̄s. noster*. aña. Quoniam Rex et Regina sperauerunt in te domine manus tua inuenta ē omnibus inimicis suis. p̄s. *Domine in virtute*. Ver, Benedicamus patrem. Res. laudemus.

SERMO IN FESTO DEDITIONIS NOMINATISIME URBIS GRANATE. P. J.

Adest nobis dilectissimi fratres dies solemnis et preclara, dies gaudii et exultationis, dies leticie et jubilationis. dies boni nuncii. In quo sita cuerimus. sceleris arguemur. Dies uenerabilis. dies sanctus domini. Dies celeberrimus, dies nobis celebrior et sancior uniuersis: quia dies miserationis domini. Dies quam optauerunt et expectauerunt patres nostri Nec viderunt. Nostri autem beati oculi: qui eam videre meruerunt Dies que facta ẽ quasi duo Et dies vna: melior sup̃ millia. Dies quam fecit dominus ut exultemus et letemur in ea. Dies videlicet in qua fidei cath.ce subiicitur; in q̃ xañe religioni acquiritur. Et in qua ispaniarum imperio restituitur: ciuitas Granata. Ciuitas fortissima, firma pontibus. et muris circumsepta Ciuitas potentissima. Ciuitas refugii. Et optime habitationis Ciuitas plena deliciis. Ciuitas feracissima. Ciuitas inclita Ciuitas gloriosa, In toto terrarum orbe merito nominatissima Domina gentium et princeps prouinciarum. Vrbs perfecti decoris. Gaudium et superbia agarenorum. Caput et fastigium mahumetice insanie in partibus ispanorum Tu autem. Res. Hodie nobis de celo pax vera descendit, hodie per totam ispaniam meliflui facti sunt celi. Ver. Hodie illuxit nobis dies redemptionis nostre reparationis antique felicitatis optate, hodie.

P. ij.

Restituitur inquam opera et labore: animo et robore: industria et sudore: optimi Ferdinandi Regis ispaniarum huius nominis quinti Regis serenissimi ac preclari. Qui velut alter iosue prelians prelia domini breui tempore: decem uidelicet fastis ac felicibus annis totam promissionis terram. hoc est totum granate regnum illi prouincie laudatissime nulla tenus dispar A ciuitate gausin usque ad civitatem vera indefesso labore et continuato certamine eo etiam tempore quo reges non solent ad bella procedere: Sed magis abellis et ab obsidionibus cessare strenue recuperavit. Dexteram enim eius haud aliter q̃r dexteram ciri regis ip̃e deus sum̃us aprehendit. et dorsa regum ante faciem eius vertit. januas munitissimarum urbium coram eo aperuit. Et portas fortissimarum ciuitatum illi non clausit. pp̃e enim jnmortalis deus iuit ante eum, et gloriosos terre illi humiliauit. portas ereas contriuit. Et vectes ferreos confregit. Et dedit illi thesauros absconditos et archana secretorum. Tu autem. Res. Ego te tulli de domo patris tui dicit dominus et posuit te pascere gregem populi mei Et fuit tecum in omnibus ubicumque ambulasti Ver. fecique tibi nom̃e grande justa nom̃e

hec homnia ysayas c. xlv.°

de historia qndo legunt.r libri Res.

magnorum qui sunt in terra. et requiem tibi ab omnibus inimicis tuis, Et.

P. uj.

Restituitur etiam opera consilio et industria Serenissime Regine Helisabeth que talem ex millibus elegit sibi virum cuius precium procul: et de vltimis finibus. Que quodam futurorum presagio dicta est helisabeth quoniam septima extitit inter femina que in regnis ispaniarum jure optimo succeserunt. Ac septem donata spus sancti muneribus: pre omnibus nri temporis mulieribus. Nostra enim tempestate non fuit talis mulier super terram in aspectu et pulcritudine et in sensu verborum: absque eo quo intrinsecus latet. Pulchra quidem facie: sed pulchior fide et spe et charitate omnique virtute. Que velut altera sapientissima delbora suo consilio suo obsequio et subsidio permanus optimi barach clarisimi viri suo: infideles reges Sisarum et Jabira: ceterosque fidei hostes debellauit: atque prostrauit. Et velut altera venustissima, religiossisima ac honestissima iudich suo consilio suísque precibus ad dominum fusis suisque sacrificiis deo indefinenter oblatis: cum abra sua: hoc est cum jeiuniis et orationibus assiduis ancillarum suarum intra aulam suam inmortalem deum (cuius est victoria) iugiter deprecantium per fortisimas manus inuittissimi viri sui regnum suum necdum conseruauit. sed etiam reintegrauit ipsa igitur gloria ispanorum leticia hiberorum honorificencia hesperorum bna sit in eternum. Tu autem. Res. Benedixit te dominus in virtute sua. qui per te ad nichi lum redegit inimicos nros. ut non deficiat laus tua de ore hominum. Ver. Benedictus domine q.i creavit celum et terram qui hodie nome tuum ita magnificauit vt non deficiat. Gloria patri, vt non deficiat.

Ista sunt dicta de sta muliere judich.

de li. canticor.

Judicum iiij.° r. v.

sic vocabatur ancilla.

de historia q legitur cu le. Judich.

IN ij.° NOCTURNO æ.

va. Nos populi domini et oves pascue eius confiteamur illi in secula, *ps. Deus venerunt gentes æ.* Cantemus dno deo nro quia fecit nro tempore regibus agarenorum sicut madiam et Sisare sicut iabin in torrente scison. *ps. Deus quis similis æ* laudemus deu nrum quia factus est nobis in refugium et in adiutoriu spei nre *ps. Deus ultionum.* Ver. Exaltare domine

cat. in virtute tua. Res. Cantabimus et psallemus virtutes tuas.

ALIE AÑE.

Posuit hodie dominus prodigia super terra: auferens bella usque ad finem terre. ps *Deus nr refugium æ* Cantemus domino deo nostro quia fecit nostro tempore regibus agarenorum sicut madiam et sisare sicut iabim in torrente scison. *ps Deus quis similis æ* laudemus deum nostrum quia factus

ē nobis refugium et in adiutorium spei nre *ps. Deus ultionum.* Ver. exaltate dn̄e in vtute tua. Res. Cantabimus et psallemus virtutes tuas.

P. iuj.

Sed quamuis hoc opus tam arduum tam pium tamque religiosum atque gloriosum et á n̄ris tantopere. tantoque tempore desideratum maxima industria et optimo atque indefesso labore horum serenissimorum principum fuerit con-sūmatum. precipue tamen huius beate atque iucundissime consumationis vidimus finem diuina favente clemencia. diuina adiuuante prouidencia. diuina aspirante omnipotencia. Cuius est regna mutare. imperia curuare. Potentes de sede deponere. et principes humiles meum confidentes erigere et exaltare. Adiuuit enim eos quia in misericordia dei et n̄o in archu suo sperauerunt. fauit eos. quia n̄o in curribus et in equis ut fidei hostes. sed in nomine domini inuocauerunt. Concessit illis victoriam: quoniam n̄o de viribus suis. nec de gladio suo: sed de celo illam expectauerunt, Ipse enim percuserat et ipē sanauit. Tu autem. Res. Cantemus dno gloriose enim operatus est Cuius auxilio et favore ciuitas granata. In manus xpanorum hodie data est. Ver. Ciuitas munitissima arx et presidium saracenorum. In manus.

omnia ista supta sunt de sacra scriptura presertim de psalmis.

P. v.

Percussit inquam dominus totam ispaniam, propter scelus regis Roderici. Intrauerunt namque arabes. Et velut apri quidam siluestres vastauerunt et exterminauerunt ispaniam et uelut singulares feri de pasti sunt eam. Poluerunt templa sancta. Posuerunt morticina x[l]anorum escas volatilibus celi. Carnes sanctorum bestiis terre. Effuderunt sanguinem innocentem tanquā aquam per tota ispaniam. Populum x[l]anum humiliauerunt sr hereditatem x[t] vexauerunt viduám et aduenā interfecerunt et pupilos occiderūt. Mulieres humiliauerunt et virgines strupati sunt. Principes manu suspenderūt. facies senum n̄o erubuerunt. Adolescentibus impudice abusi sunt et pueri in ligno corruerūt. Senes defecerunt de portis et juuenes de choro psalentium et dixerunt. Venite et disperdamus x[t]anos de gente et nom̄e x[l] non memoretur ultra. Cogitauerunt unanimiter, simul aduersum christum testamentum disposuerunt tabernacula idumeorum et hismaelite. Moab et agareni. gebal et amon cum habitantibus tirum. Et enim assur venit cū illis. Ecce quomodo percussit dominus ispaniam. Tu autem. Res. Congregati sunt inimici nri et gloriantur in virtute sua contere fortitudinem ill̄or dn̄e. et disperge illos ut cognoscant quia n̄o est alius qui pugnet pro nobis nisi tu deus nr̄. Ver. disper-

de psalmis et de li. trenor.

de historia machabeor.

ge illos in virtute tua et destrue eos protector nr̄ domine. ut cognoscant.

P. vj.

Sanauit autem eam ip̄e dominus. renouando antiqua miracula Ipse enim preter hominum spem ellegit sibi ex millibus hos principes serenissimos et fecit et juuauit eos justa cor suum. Ipse conciliauit eis animos vniuersorum regnicolarum magnorū et pussillorum. Ita ut congregarentur quasi vir vnus in hac expeditione ad imperium eorum. Et quum non haberet nec obolum ad nicheandum prossequemdumque tā arduum tāque supra vires eorum negocium: Ipse deus mirabili modo tribuit eis omnia neccia̅ habundanter qr pecierunt aut intellexerunt. De quibus si p̄ singula diceremus. revera deficeret nobis tempus. Satis sit quod qui uidit testimonium perhibet de his. Et est profecto verum testimonium eius. Cognouerunt autem optimi principes. quia manus domini et nō sua faceret hec omnia. Et propterea semper et in omnibus prospere succedentibus dicebant. Non nobis dn̄e non nobis: sed nomini tuo da gloriam. Nos enim servi inutiles sumus. quod debuimus facere; fecimus et te adiuuvante facimus. Et vtinam bene illud fecerimus et faciamus. Tu autem. Res. Tua ē potecia tuum regnum domine. tu es super omnes gentes. Da pacē domini in diebus nr̄is Ver. Creator omnium deus terribilis et fortis iustus et misericors. Da pacem. Gloria pr̄i Da.

de eutn.° luch xvij. idd'

IN uj.° NOTTURNO æ.

Letentur celi et exultet terra ante faciem domini quoniam vendicauit sibi hodie sedem istam. *ps. Cantate j.° æ.* letamini in domino granate cives et confitemini memorie deditionis eius. *ps Dominus regnauit exultet æ* Psallamus domino in hac die in cithara et voce psalmi quia uiderunt salutare dei nr̄i omnes fines hispanie. *ps Cantate ij.* Ver. Benedicat nos deus deus noster. benedicat nos deus et metuant eum omnes fines terre.

P. vij.

Gaudeamus ergo et exultemus in hac die. letemur et iucundemur quia hodie sicut ait daniel p°pheta consumata ē iniquitas et finem accepit peccatum quod terram verterat in salsuginem et hereditatem nr̄am ad alienos et domos nr̄as ad estraneos. Letemur inqr̄ in hac die justa ysayam prophetam. velut hi qui letant^r in messe sicut exultant uittores capta preda quando diuidunt spolia. hodie enim iugum oneris nre terre virga humeri nri et Sceptrum exactoris nri superacta sunt in die madiam. frequentemus dies scenophegie

mensis januarii; Anno salutis Millessimo quadrigentessimo nonagessimo secundo facte. Bene enim faciemus si diem epularum et leticie eam huerimus. Et si in condempsis usque ad cornu altaris solemnem eam constituerimus. Nam hodie cessauit exactor. quieuit tributu. Contriuit dominus baculum impiorum virgam dominantium cedentem populos in indignatione. Res. Benedicite deum celi et coram omnibus uiuentibus confitemini illi. Quia fecit nobiscum misericordiam suam. Ver. Ipsum benedicite et cantate illi et enarrate omnia mirabilia eius. quia fecit.

de li. r. de historia thob.

P. vuj.

Non taceamus die ac nocte laudare nomen Domini. Benedicamus dominum in omni tempore. semper sit laus eius in ore nro. habundet vera laus dei in nobis que tanto tempore deficit in his locis. vera inquam laus et speciosa de corde puro de conscientia bona de fide non ficta. Non enim est speciosa laus in ore pecatoris. Superhabundet iam gracia: ubi tanto tempore habundauit delictum, faciat deinceps hec ciuitas vineas que hactenus fecit labruscas. Tribuat de cetero domino deo suo vinum dignum ad potandum. Labiisque et dentibus illius ad ruminandum que hucusque tribuit: fel drachonum Nam vna agarenorum. vna fellis. et botrus amatissimus. germinet iam herbam virentem et facienten semen et lignum pomiferum faciens fructum iusta genus suum que hactenus germinauit spinas et tribulos. Res. Cantemus iterum domino in die ista canticum vince meri. Ver. visitauit enim dns in gladio suo duro et grandi sr forti super leviatam serpentem tortuosum. Canticum. Gloria patri et filio. Canticum.

LECTIO jx.

Et nos fratres charissimi toto corde oremus dominum deum nrum ut convertat ad se in fine seculorum cunctum populum agarenorum vltra mare et ubicunque terrarum cecucientium et errantium sicut iam conuertit omnes habitantes in hoc regno. Et sicut eretes et arabes ad se convertit in exordio nascentis ecclie. Ad aperiat occulos eorum ut intelligat populum xranum non collere tres deos ut illi putant multum delusi. Sed unum verum deum, unum in substancia et trinum in personis, quem pater fidei nre abraham sumus quem etiam illi se iactaul habere patrem coluit et adoravit. Tres enim vidit et unum adorauit Intelligant etiam et videant non ec imposibile nec absurdum sed rationi et pietati valde consonum quod ihesus marie virginis filius secundum humanitatem. sit verus et consubstancialis dei filius secundum diuinitatem, Deus et homo. Et mediator dei et hominum

homo xpus ihesus Qui ex perfecta charitate ac maxima pietate. mortuus est propter delicta nra ex humanitate. Et surrexit propter iustificationem nram. ex sua diuinitate. Et ascendit in celum ut etiam ipi fatentur. Credant itaque recte quod credimus et pie viuat ut viuimus ut facti nobiscum, unus et verus dei populus propinet et omnes simul propinemus ipi dno nro ihux° vinum bonum quod seruauit usque adhuc qui cum deo patre et spu sancto viuit et regnat deus. per omnia secula seculorum. Amen.

IN LAUDIBUS aña.

firmauit hodie dominus orbem terre ispanie subiiciens fidei catholice agarenorum decorem et fortitudine. *ps Dominus regnauit.* Aña Jubilet iam deo omnis terra ispaniarum, et in leticia seruiat dno quia secura intrat eius portas in cofessione. *ps. Jubilate:* aña Rex fernandus cum Regina helisabeth letentur in deo, qui fecit eos possidere terram agarenorum qr tanto tempore sitiuit anima et tam multipliciter caro predeccessoru suorum. *ps. Deus deus meus* aña. Iam hec terra benedicat dominum benedictione vera trinum et unum laudet et super exaltet eum in secula. *ps. Benedicite omnia.* aña. Reges et prncipes et omnes populi ispaniarum laudate nome domini qui per manus coniugum xtanissimoru alligauit in compedibus reges agarenorum et in manicis ferreis principes eorum. ps. *laudate dominum de celis* Cap.m *Lauda sterilis* ut s. hymnus.

Verbum supernum dimicans. fernandi Regis dextera. granate regnum vindicat. vergente mundi vespera.

In quo iam hodie extollitur. maxima verbi dignitas, cum corde et ore collitur: vera eius diuinitas. Quam sepe negat mahumet: arrianus stultissimus, fatetur tamen ipemet q. ihesus fuit sanctissimus. Nom capit ille insipiens: q. dei omnipotencia. sit hominem suscipiens. salua vtriusque essencia. Laus deo patre et filio. vna cum sancto flamine. quo verbum caro factum est. ex illibata uirgine Amen, Ver. Spus sanctus in te descendet et maria. Res. hebis in utero filium dei. Ad bns. Aña. Iam sine timore de manu inimicorum nrorum liberati seruiamus domino in sanctitate et iusticia coram ipo in hac sacra solemnitate. et in omnibus diebus nris. Canticum. *Benedictus dominus* Oratio, Omps sempiterne Deus, ut. s.

AD TERCIAM.

Cap.m *letare sterilis* ut s. Res. b. Benedicamus patrem et filium. Cum sancto spu. Ver. laudemus et superexaltemus eum in secula Cum. Ver. gloria Res. benedi. Ver. Exaltare domine, Res. Cantabimus oro. ut s.

AD vj.am

Capitulum. Non te pudebit nec erubesces. quia confusionis adolescencie tue obliuisceris. et obprobrii viduitatis tue non recordaberis amplius qr. dominabitur tui qui fecit te. Res. bre. Exaltare dne. In virtute tua. Ver. Cantabimus et psalemus vrtutes tuas. In vrtute. Ver. gloria. Ver, benedicat nos deus deus nr benedicat nos deus. Res. Et metuat eum oes fines terre. oro ut s.

AD ix.am

Cap.m Dominus exercituum nomen ejus et redeptor tuus sanctus israel deus omnis terre uocabitur que hec est hereditas seruorum domini et iusticia eorum apud me dicit dominus. Res. bre. Benedicat nos deus deus nr. Benedicat nos deus. Ver. Et metuat eum oes finis terre. benedicat. Ver. gloria. Res. Bene. Ver. Spus sanctus in te descendet maria. Res. ne timeas habebis in utero filiu dei. Oro. ut. s.

IN SECUNDIS VESPERIS.

Omnia dicuntur sicut in prmis preter aña 4.a que sequitur quinta et ps. lauda ispania dominum lauda deu tuum speria qui posuit hodie fines tuos pacem et confortauit seras portarum tuarum. ps, *Lauda hierusalem.* Ad magnificat. Aña. fecit potenciam dominus in brachio suo deposuit hodie potentes de sede et exaltauit humiles. recordatus misericordie sue. Oro. ut s.

AD MISSAM. INTROITUS.

Gaudeamus omnes in Domino Diem festum celebrantes. sub honore deditionis granate, De cujus deditione gaudent angeli et collaudant filium dei. Ver. Gaudent angeli. et exaltant archangeli. letantur iusti et congratulantur omnes sancti Ver. gloria. Oro. ut s. Omps sempiterne deus qui dedisti famulis tuis per fidem regna vincere et munitiones superare. Da nobis qms: te semper fide collere et que fidei sunt per dilectionem operari. per dum. n. i. x.

LECTIO YSAIE PPHETE L. uij.° c.°

Lauda sterilis que non paris. Decanta laudem et himni que no pariebas. quoniam multi filii deserte magis qr eius que habebat virum dicit dns Dilata locum tentorii tui et pelles tabernaculorum tuorum extende. Ne parcas. Longos fac funiculos tuos et clauos tuos consolida. Ad dexteram enim et leuam penetrabis et semen tuum gens hereditabit. et ciuitates desertas inhabitabit Noli timere quia non confunderis nec erubesces. Nom enim te pudebit quia confusionis adolescentie tue obliuisceris et obprobri viduitatis tue no recor-

daberis amplius. quia dominabitur tui qui fecit te. Dominus exercituum nomen eius et redemptor tuus sanctus israel dominus omnis terre uocabitur. Res. Hec dies quam fecit dns exultemus et letemur in ea. Ver. A Domino factum e istud et est mirabile in occulis nris. Alla. Ver. Dies nobis sanctificatus illuxit venite populi hispaniarum. adorate dominum quia hodie descendit lux magna super terram.

SECUNDUM LUCAM. X. C.°

In illo tempore. Dixit Dominus ihus. Confiteor tibi domine pater celi et terre quia abscondisti hec a sapientibus et prudentibus et reuelasti ea paruulis. Et conuersus ad discipulos suos dixit. Beati oculi qui vident que vos uidetis. Dico enim vobis quia multi prophete et reges voluerunt uidere que vos videtis et non uiderunt et audire que auditis et no audierunt.

OFERTORIU.

Letamini in domino et exultate iusti. et gloriamini omnes recti corde. allá. Sacra Munera nra quesumus domine propicius recipe et vrbem granatam quam iugo fidei tue misericorditer submissisti: sub tua semper protectione custodi p. D. n.

COMUIJ.

Viderunt oes fines ispanie salutare dei nri.

POSCT.

Quesumus omps deus ut urbem granatam quam in xanissimorum pincipum manus hodierna die misericorditer tradidisti. de perceptis muneribus tibi gras referentem in tua semp. fide coserues. p. D.

NOTAS.

(Página 25).—*Aquella afrenta del famoso Seguro de Tordesillas.*—Véase la historia circunstanciada de este suceso, que tan bien pinta la época, en los Apéndices que puso D. José Miguel de Flores á su magnífica edición de la *Crónica de D. Álvaro de Luna* (Madrid. Imprenta de Sancha: año de 1784). Escribió esta relación el protagonista de lo que en ella se refiere, el famoso D. Pedro Fernández de Velasco, llamado el *buen Conde de Haro,* á cuya probidad y honradez se fiaron los conciertos; y la sacó á luz por primera vez el adusto Pedro Mantuano en 1611.

Entre los dichos Apéndices obra también esmerada reimpresión del *Libro del Paso honroso defendido por el Excelente Caballero Suero de Quiñones,* que compiló de la Relación de esta empresa; extendida y autorizada por el escribano Pedro Rodríguez Delena, que se halló presente; Fray Juan de Pineda de la orden de S. Francisco. Del otro *Paso* del Pardo en que justó el flamante D. Beltrán de la Cueva, queda la memoria del monasterio de S. Jerónimo el Real de Madrid, que los Reyes Católicos mudaron donde hoy está, del camino del Pardo en el cual le fundó Enrique IV para perpetuar la hazaña. Que así se barajaba en el malaventurado siglo XV lo divino con lo humano, y aun con lo profano. El monasterio, rico en historia y en arte, lo incendiaron los franceses.

(Pág. 25).—*Torpe remedo.....venido á Castilla de allende.*—España, metida en la santa empresa de restaurar religión y patria, no podía acoger de buen grado el desvarío de la caballería andante, que entonces inficionaba buena parte de Europa, y que no era sino degeneración del espíritu caballeroso de los tiempos sanos de la Edad Media. Cuando se andaba en batallas de veras no era cosa de pensar en lances de burlas. Vino á Castilla con las guerras civiles del reinado de D. Pedro, como tantas otras cosas que mejor fuera que no hubiesen venido, traídas de ingleses y sobre todo de franceses. En tales leyendas se complacían los aventureros asalariados de Enrique de Trastamara, que se echaron sobre nuestra tierra como sobre país conquistado, y con unos humos de feudalismo, cuales no se conocían aquí antes. Siembra para lo que granó luego.

(Pág. 26).—*Escribía Hernando del Pulgar al Obispo de Coria.*—Vide la Ilustración III al *Elogio de la Reina Católica,* que escribió D. Diego Clemencín. Curiosísimas entre lo más curioso que se puede consultar acerca de este tiempo, son las *Coplas de Mingo Revulgo* con la glosa de Hernando del Pulgar, que publicó el ya citado D. Miguel José de Flores, por Apéndice á su edición de la Crónica de Enrique IV de Diego Enríquez del Castillo.

(Pág. 26). *Lucio Marineo Siculo.* — *De las cosas memorables de España,* lib. XXI. (Alcalá de Henares: 1533).

(Pág. 27).—*Que en la ruina común también era caido, etc.*—No hay para que traer citas que comprueben lo que es tan sabido respecto del estado de Castilla en el siglo XV; mas por curiosidad he de poner aquí párrafo elocuentísimo del *Libro de la justiçia de la vida espiritual et perfecçión de la Eglesia militante,* que escribió el Cardenal D. Pedro Gómez de Albornoz, sobrino del insigne D. Gil de

Albornoz, y como él gran prelado. Tratando de la deshonestidad dice de los clérigos: «¡Mal pecado!.... algunos, quiera dios que non sean muchos, non se guardan... Torpe cosa es desirlo; mas muy mas torpe faserlo... et como quier que non se deva faser, pues que se fase digase; que es que el sacerdote, que es dicho angel, et puede lo que non puede el angel, faser del pan et del uino carne et sangre de nuestro Señor Ihu. Xpo., tiene de noche en la cama la mala mujer et de día ofresce en el altar al fijo de la Virgen!.. Son algunos que me dirán: Pecadores somos, mas como quier que tengamos mujeres en casa et çerca de casa, tenémoslas para serviçio, mas non para pecado». Yo te digo que puede ser esto verdad; mas tus vecinos et yo non lo creemos, porque San Jerónimo dise asy: Estar con mujer et non conosçer mujer, mayor miraglo es que rresuçitar un muerto. Et tu non puedes rresuçitar un muerto que es menos ¿et quieres que te crea lo que es mas?.... Cada dia está el costado della con el tuyo en la mesa, et tu cama et la suya en la cámara; tus ojos en los della en la fabla, tus manos con las suyas en la obra..... ¿et disesme que non pecas? Puesto que á Dios seas continente, yo he grand sospecha de ty: palabras son de San Jerónimo», etc , (Amador de los Rios *Historia de la Literatura española.* Tomo 5.°)

(Pág. 29).—*Libro por demás curioso y para leído.*—Publícalo el mismo Rios (opere citato, tom. 7.ª, Apéndices). Comienza y acaba con unos versos dirigidos á la Reina D.ª Isabel, de los cuales los últimos dicen así:

Pues, alta Reina, suplico
que Vuestra Alteza non mande
sirua el pobre como el rrico,
nin pida nel lugar chico
las cosas que son del grande.
Mas, prinçesa señalada
en toda Realidad,
vuestra muy grand magestad
rreçiba la voluntad,
ques por obra destrocada.

(Pág. 31).—*Vive Italia.*—Dice el texto original: «....Italiam extra se otiosam esse, intra vero (ad sui perniciem) negotiosam. Hispaniam vero contra, Italiam in diversa discerptam, Hispaniam in unum redactam, Italiæ principes discordes, Hispanos unánimes, intelligebam». En la misma carta, comparando las dos penínsulas, añade que Italia es «inmensi palatii angulum» y de España «mediam ipsam ædium aulam, et totius Orbis emporium.» (Petri Martyris Anglerii, Opus epistolarum. Compluti Anno Domini M.D.XXX. Ep. 1.ª)

(Pág. 31.)—*Fray Andrés de Miranda.*—Escribió un libro con el título de *Tractado de la herejía,* dirigido á estudiar el problema religioso que los Reyes Católicos hubieron de resolver al fin.

(Pág. 32.)—*El Bachiller Palma en su* Divina Retribución.—El título de este curiosísimo libro es *Divina Retribución sobre la caída de España.* El argumento está en contraponer la victoria de Toro al desastre de Aljubarrota, que tan engreídos traía á los portugueses. La pintura de la entrada triunfal de los reyes en Toledo es acabadísimo cuadro de época. Tiene el libro, que comprende el espacio que media entre ambas batallas, la verdad de la historia y el color é interés de la novela. Para conocer costumbres y estilos, inestimable.

(Pág. 33).—*Príncipe harto desconocido.*—A S. Fernando para ser tenido en lo que vale le ha estorbado la santidad, porque los únos parándose en la veneración del santo no se curaron de estudiar al rey de más alcances de nuestra edad media; y no hay que decir que los ótros con el enojo al canonizado tampoco quisieron ver más. Falta hace un buen libro donde se ponga príncipe tan egregio á la luz que merece.

(Pág. 37).—*Que segundase bodas.*—En efecto, si no se perdió todo, no fué porque la boda con D.ª Germana, aun con todas las cláusulas y prevenciones con que se concertó, no hubiera podido llegar á ser el principio de la destrucción de lo edificado. Además que á D. Fernando el mocear fuera de sazón vino á acabarle antes. «Ya anunciaba esto Pedro Mártir, que el no dejarse el rey de la caza como si tuviera otros años, y la demasiada atención que ponía en la hermosura de su flamante mujer, le habían de costar caro; y añade: «*Ad languentis veneris incitamentum medicatas escas sumpsisse credit, quia quinque se lanceas primo congressu fregisse jactitavit; quinque sibi ipsi ligonicas fossulas effecit*». (Opere citato. Carta á D. Luis Hurtado de Mendoza.—Valladolid, á los Idus de Noviembre año 1514).

(Pág. 41).—*Que hasta la historia se llenó de ellas.*—En tiempo del Arzobispo D. Rodrigo, que fué el primer historiador que tuvo á la vista los autores arábigos, se dió carta de naturaleza en muchas historias á ese maravilloso á que tan aficionados se mostraron siempre los musulmanes. El cuento de la Cava, el palacio encantado del Rey D. Rodrigo, y otras aventuras de esta estofa, ahí tuvieron su principio. Después, nuestros historiadores se fueron copiando de únos en ótros, y cada cual ponía de su cosecha lo que tenía á bien. Así se vino á la fábula romancesca con honores de libro de caballería, que fantaseó el bueno de D. Cristóbal Lozano en sus *Reyes Nuevos de Toledo*. Lo que pudo ganar la historia en abundancia de fuentes, lo perdió en severidad y pureza y en rigor crítico.

(Pág. 42).—*Bellaquería del Canciller Cronista.*—El famosísimo Mohammed-ben-Aljathib, príncipe de los ingenios granadinos y escritor polígrafo, llegó á ser ministro y valido del rey de Granada Mohammed V, fiel aliado del rey don Pedro. Claro es que con esta ocasión pudo ser comunicado del monarca de Castilla, y estimado de él; pero de aquí á lo que Ayala nos pinta tan á lo vivo, como si copiara sus imaginaciones, va mucho trecho. No dan tampoco más valor á este moro de guardarropía, que se hace figurar en la contrecha crónica, el señor Menéndez Pelayo (*Heterodoxos españoles*), y D. Aureliano Fernández-Guerra en su hermosísimo discurso de contestación al de D. Francisco Xavier de Salas, también muy notable. Forman estos dos discursos lo mejor que se ha pensado y escrito acerca del reinado de D. Pedro. Irse con Ayala y con los historiadores franceses y con el humillado D. Pedro de Aragón cuesta poco trabajo. Pide más espacio y faena andar á la rebusca de las espigas que por descuido dejaron caer los que tan bien supieron segar el campo de las pruebas y documentos, por no verse desmentidos de honrados y verdaderos. Yo poseo primoroso ejemplar de la llamada *Crónica vulgar* del Canciller Ayala. Es de lujo y muy ricamente iluminado, y por ciertas señales parece que hubo de ser escrito en los primeros años del siglo XV; hacia el año tres ó el cuatro. ¡Lástima grande que libro tan decorado por de fuera guarde tan poco el decoro de la historia por de dentro!

(Pág. 42).—*Y el famoso escrutinio y auto de sus libros.*—Este hecho es cierto, pero se ha decantado y abultado, haciendo de él estribillo de cantinelas que podían pasar por novedades entre los livianos enciclopedistas y aun hace treinta años; pero que hoy nadie dice. Por lo pronto el aparatoso testimonio histórico del bachiller Cibdareal, vino á tierra, probado como está; por más que el Sr. Amador de los Rios, (autoridad por otra parte muy respetable) le defienda á capa y espada; que el dichoso Centón y su imaginario autor corren parejas en lo auténticos con el *Buscapié* de Cervantes y con otras trufas literarias de este jaez. Queda Feijóo que tomó á la letra cuanto leyó en el Bachiller, con aquella su ligereza genial que le convierte en el más legítimo precursor del periodismo. Para Feijóo, que tenía la petulancia de su época, Fray Lope Barrientos era un ignorante. Así lo afirmaba *ex cátedra* quien no sabía de la vida del famoso Catedrático de la Universidad de Salamanca y de sus obras más que pudiera saber el rey de Marruecos. No era un ignorante quien nos dejó los curiosísimos escritos de el *Libro de Casa et fortuna*, el *Tratado del dormir et despertar et del soñar*, y el de las *Especies de adevinanzas;* y que mandado del rey para el expurgo y quema, lo menos que pudo quemó y lo más guardó; y no lo hizo á bulto como Feijóo dice, y él hacía para escribir de todo. En la Crónica de don Juan II se lee: «el rey mandó que Fray Lope Barrientos, viese si había algunos libros de malas artes, y Fray Lope los miró é *fizo quemar algunos,* é los otros quedaron en su poder». Y tampoco fué para alzarlos y que nadie los viese y aprovechase, sino para servirse de ellos como docto que era, según se colige de estas razones del célebre dominico dirigidas al rey D. Juan II, en los libros de las *Especies de Adevinanzas,* donde hablando del origen de la Magia, escribe: «Este libro [el del Ángel Raziel] es aquel que después de la muerte de D. Enrique de Villena, tú como rey Xpianísimo mandaste á mí, tu siervo et fechura, que lo quemase á vuelta de otros muchos, lo cual yo puse en ejecución en presencia de algunos tus servidores..... et *puesto que aquesto fué et es de loar, pero por otro respecto en alguna manera es bueno de guardar los dichos libros,* tanto que estuviesen en guarda é poder de algunas personas fiables, tales que non usasen dellos, salvo que los guardassen al fin que en algund tiempo podran aprovechar á los sabios». Á esto queda reducido todo; y cierto que para tanto cacarearlo no era, porque tiene razón el Sr. Menéndez Pelayo, que si lo que se quemó era al tenor de algo que se conoce, maldito lo que se perdió, puesto que curioso. Y de la cultura de la España de entonces no hay que hablar, cuando todos iban á porfía desde los más altos, á quien entendía más de letras, y quien las favorecía más; y á toda costa se formaban bibliotecas como la de D. Álvaro de Zúñiga, duque de Plasencia, cuyo inventario publicó el P. Sáez en su libro de las *Monedas de Enrique IV;* y Alfonso de Aragón en más tenia un libro que un castillo. Y cuenta que hoy librería, cualquier pelafustán la logra, y se autoriza con ella, mas que no pase de los rótulos; pero entonces la carestía y rareza ponía la vocación á prueba que por ventura no sufrirían hoy muchos aficionados. Tuviera Castilla en el siglo XV buen gobierno, costumbres limpias y sanidad de creencias, como era letrada y culta, y no serían aquellos tiempos fealdad de nuestra historia.

(Pág. 43).—*Hablen los sufragios en vida.*—Escribía D. Fray Lope Barrientos en su *Tractado de las especies de adevinanzas,* citado arriba: «non sea osado

[ningun sacerdote] de çelebrar la misa de defunctos por los viuos que mal quieren, porque mueran en breve; nin fagan cama en medio de la eglesia é oficio de muertos, porque los tales mueran ayna». Y en el *Libro de la justicia, etc.*, del Cardenal D. Pedro Gómez de Albornoz, de quien ya se habló en otro lugar, se lee lo que sigue, acerca de las supersticiones entonces corrientes: «Especie de ydolatría [es] la de algunos que por astrología quieren adevinar de las cosas futuras et dizen que los planetas et cuerpos celestiales han nesçessaria influencia en los cuerpos inferiores que son en la tierra, et asy judgan que el que nasçe en una costellaçion averá bien, et sy en otra, mal. Et estos pecan gravemente, porque subtraen et tiran nuestras obras de magnificençia et de serviçio de Dios. Ca sy esto fuesse verdat, que los que nasçen de diversas costellaçiones de neçessidat ayan de fasser buenas obras é malas, como ellos disen, non avriamos libre arbitrio, etc. Como estas citas pudieran hacerse muchas, porque abundan.

(Pág. 43).—*El problema judaico venía de muy atrás.*—Sobre todo esto véase la *Historia de los Heterodoxos españoles*, del Sr. Menéndez Pelayo, y la *Historia social, política y religiosa de los judíos de España*, de D. José Amador de los Ríos.

(Pág. 44.)—*Si mucho favor y prosperidad tuvieron con los Califas de Córdoba, caro lo pagaron con los Almohades.*—Este hecho con tantos ótros viene como anillo al dedo contra lo que antes sostenían muchos y ahora defienden contados, acerca de la llamada civilización árabe. Uno es el siglo de oro del Califato de Cordoba, debido principalmente á la influencia mozárabe, que fué quien trajo las gallinas, y otro lo que vino después con Almoravides y Almohades, extinguidos ya los mozárabes por estos africanos. La cultura musulmana cayó entonces mucho, y quienes la sostuvieron en los siglos XIII, XIV y XV, en su gran mayoría eran de sangre española.—En cambio la civilización de Castilla, maravillosa en el siglo XIII, con sólo el caimiento del XIV, general en Europa, y no tan hondo como se ha creído, se mantuvo hasta el reinado de los Reyes Católicos, cuyo esplendor en materia de ciencias y artes no nació así de golpe, sino que tenía gloriosos antecedentes. En el orden de la historia hay que decir lo que en el físico: *natura non facit saltus.*

(Pág, 45).—*Á matar judios y á huir de los moros.*—De lo que fué el auxilio de los extranjeros cuantas veces vinieron á España, y singularmente en la ocasión de las Navas de Tolosa, se ha escrito sobrado, y es tan sabido que no hay para qué traerlo á colación ahora. Mas porque se vea su toleraucia con moros y judios, ahí va un pasaje de la Crónica arábiga de Abdel-Walid el marroqui, autor del siglo XIII. «Allegó el Sultán (Mohamed-al-Nassir) la gente de las más remotas provincia, y le acudieron numerosas muchedumbres, y salió de Sevilla á principios del año 609, y marchó hasta que se acampó en la ciudad de Jaen, y allí se detuvo atendiendo á su negocio y ordenando sus escuadrones. Y salió Adefonso (maldígale Alá) de la ciudad de Toledo con gruesas muchedumbres hasta que se acampó sobre Calatrava, la cual era de los musulmanes por haberla conquistado Almanzor-ben-Yussuf en la gran batalla de Alarcos, y entregáronsela los musulmanes que habia en ella, después de haberles dado seguro en sus personas, *y por lo tanto se volvieron de con Adefonso muchedumbres numerosas de los rumíes por haberles impedido el matar á los musulmanes que habian estado en el castillo mencionado*, y dijeron: tan solamente hemos venido contigo para conquistar el país, y

nos embarazas la guerra y el matar á los musulmanes, y de esta manera no tenemos ninguna necesidad de acompañarte». Claro que á nadie habían de enojar los musulmanes más que á los castellanos que los sufrían en su casa; mas en Castilla se sabía que la fe jurada y cuanto es de ley natural se debe por igual á fieles é infieles. Por lo visto los extranjeros aquellos entendían la guerra como Simón de Monfort, y sus cruzados, que tuvo el papa que irles á la mano y condenar sus ferocidades. Y fué mejor que se marcharan, porque ¡las veces que nos hubieran vendido el favor! Sucedió lo que sucedió, y con todo ello no ha muchos años que cierto embajador español en Francia en la solemne entrega de las credenciales se dejó decir que había que tener memoria de aquel grande auxilio. Flaquezas de nuestra diplomacia.

(Pág. 45.—*Lo cual no quita para que la corriente vaya contra los judíos.*—El antisemitismo, fenómeno histórico constante, está dando la razón á los Reyes Católicos. Hasta en Francia empiezan ahora en estos días los *desafíos de raza.* Causas sociales y étnicas, sobre las religiosas, mantendrán siempre en pie este problema. Es muy cómodo soltar frases de relumbrón y gimotear por las crueldades de antaño. Así se abren caminos al medro, pero nada gana la verdad ni se aprende el arte de gobernar, que tiene más que hacer de lo que parece.

(Pág. 46).—*Allí las matanzas de hebreos.*—Así se hacían dos negocios; llenar las arcas para la rebeldía, y poner al rey legítimo ante el vulgo á la luz de la conveniencia. En esta fragua del odio y la envidia se forjó la calumnia de que D. Pedro era hijo de un judío.

(Pág. 48).—*Que la villa de Ajofrín, que era del cabildo.*—El tantas veces citado D. José Miguel de Flores, publicó por Apéndice á la Crónica de Enrique IV, vivísima relación de este levantamiento de Toledo. Se intitula: *Traslado de una carta que está en los Archivos de esta Sta. Iglesia de Toledo, que escribió Pedro de Mesa, Canónigo de ella, año de 1467 en razón del caso que sucedió por Alvar Gómez, Escribano del Rey y Alcalde Mayor en Toledo.* Por muy largo no lo pongo aquí, aunque bien lo merecía por lo notable y apropósito para estudiar época tan triste. La razón de acudir la villa de Ajofrín era ser lugar de la Mesa Capitular, y dice Pedro de Mesa sobre este socorro: «podrían venir hasta ciento é cincuenta hombres bien armados, é entraron por el barco de S. Felices (hoy de la Virgen del Valle), por razón que las puertas de la cibdad estaban tomadas por algunos aficionados al Conde; é ansi como pasaron el rio, fueron derechos á la Iglesia de Sant Juste Parroquial de esta Ciudad, é tomaron una cruz é un pendon, el cual pendon llevaba Juan de Guzman el viejo á caballo, diciendo todos á grandes voces: *Santa María, Santa María*, etc.» Este señorío del Cabildo no era muy antiguo. Databa del año 1412 en que murió, ya centenaria, la noble señora D.ª Inés García Barroso, la cual dejó la dicha villa y toda su hacienda para la Virgen del Sagrario. D.ª Inés había heredado á su hijo don Juan Alfonso, último señor de Ajofrín, que murió en Aljubarrota, y yace en suntuoso sepulcro en el Monasterio de Santo Domingo el Antiguo de Toledo. Su padre D. Pedro Alfonso, alcaide de la puerta y puente de S. Martín de esta ciudad, empañó su buena fama abanderizándose con Enrique de Trastamara. Á lo que se cree este linaje venía del famoso D. Nuño Alfonso, frontero de Toledo en tiempo de D. Alfonso VII, del cual se dice que sólo su nombre era terror de los moros; porque aparece que á él se le dió por el rey el señorío de la villa de Ajo-

frín de los Cervatos. Esta familia tenía por armas una cruz de plata flordelisada en campo azul. Y volviendo al curioso documento, al fin de la carta de Pedro Mesa, escribe Flores: «En un traslado de la carta antecedente, que se halla en el Archivo de la Villa de Axofrín, escrito en diez hojas de letra de Francisco Calvo de Castro y Castillo, Escribano de aquella Villa, á la vuelta de la primera hoja hay una relación de las personas que vinieron de Ajofrín á Toledo, escrita y firmada por el mismo Escribano, la cual es como se sigue: «Juan de Guzmán el viejo llevó el estandarte.—Martín de Castro.—Pedro Martín, Maestro padre de María de Axofrín, que está en la silla (1) Pascual Fernández, Maestro hermano del de arriba.—Esteban Roldán.—Fernando Calvo, Escribano.—Juan Roldán.—Rodrigo Fernández de Castro.—Pedro Calvo.—Diego Calvo, su hijo.—Alfonso Gómez.—Fernando García de Toledo, Escribano —Diego de las Piedras —Diego Fernando, Maestro —Fernando de Toledo.—Iñigo Fernández.—Lorente Martín. —Juan Manzaneque.—Juan Ferrer.—Domingo García.—Ibáñez Martín.—D. Bartholomé Sánchez Molinero.--Lorenzo Manzaneque.--Domingo Aguirre.—Juan del Castillo.—Pedro Fernández.—Benito García —Miguel Alfonso.—Juan Díaz.—Diego Faxardo.—Diego Castellano.— Diego Riofrio.—Juan Sánchez.—Juan de Guzmán, el mozo.—Lope Girón.—Lorenzo Méndez.—Diego Villamayor.—Juan de Sotomayor.—Pedro de Castro.—Diego de Castro, su hermano.—Diego Toledo. --Miguel Muñoz.--Pedro Gómez Arbañil, el mayor.--Pedro Gómez, su hijo.--Pedro Suárez.--Tello Carrillo.--Diego Lorente.--Alonso Aguirre». Estas personas fueron lasprincipales: las demás que fueron eran plebeyas. Consta esta razón de letra de Fernando Calvo, Escribano mi séptimo abuelo, adonde está con más claridad.—Francisco Calvo de Castro y Castillo». Acaso en memoria de este socorro, cuando no fuese por razón del señorío ya dicho, tenían las mujeres de Ajofrín el privilegio de sentarse en el coro de la Catedral toledana á las vísperas y misa mayor del día de la Asunción, que es la fiesta de la Virgen del Sagrario; y de ser preferidas sus mozas casaderas para ciertas suertes ó dotes que solía distribuir el Cabildo Primado. También por esto, siempre que salía en público la Virgen del Sagrario, asistían los de Ajofrín con sendas cadenas de oro al cuello; y por último tenia el privilegio su iglesia de los desechos de la Primada, que como de casa tan rica bastaban para hacer ricos á ótros. Aun quedan en aquella villa restos de su opulencia pasada; de ellos lo mejor una muy valiente torre mudéjar en la iglesia parroquial, bien conservada, y limpia hasta ahora de embadurnes y de bárbaras restauraciones.

La carta de Pedro Mesa cierra con esta elocuente posdata, que acaba de dar idea de lo que fué el suceso del 19 de Julio: «Quemáronse mil y seiscientos pares de casas de lo mejor de la ciudad, en que vivían más de quatro mil vecinos; y murieron de Christianos viejos treinta y seis; y se halló por verdad haber muerto de los conversos quatro tantos. Vuestro Capellán Petrus de Mesa».

(Pág. 49).—*Escribe Bernáldez.—Historia de los Reyes Católicos*, cap. 44.

(Pág. 50).—*Como el Venerable Fray Hernando de Talavera.*—Vide Ilustración XVIII de D. Diego Clemencin á su *Elogio de la Reina Católica*.

(1) Por la Sisla, célebre Monasterio de Jerónimos donde Felipe II pensó edificar lo que luego fué el Escorial. Esta María Martín Maestro fué mujer de mucha piedad, que se retiró al Monasterio de Jerónimas de san Pablo fundado por D.ª Maria Garcia de Toledo á fines del siglo XIV. Conócesela vulgarmente por Maria de Axofrin. La enterraron en el dicho Monasterio de la Sisla.

(Pág. 51).—*Que á no saltearle la muerte tan presto.*—Más todavía quiso hacer, porque cuando murió apercibía poderosa escuadra en los astilleros vizcaínos para marchar contra Marruecos y conquistarlo. Primero que pensó lo que los Reyes Católicos vieron después: que no ya sólo por dilatar la fe y nuestro señorío, mas por seguridad habia de conquistarse aquella costa. Pensáran algo nuestros políticos en lo que no piensan ni acaso pensarán nunca, y no mirarian con despego lo que hasta la geografía está enseñando á voces: que por el estrecho nos vino ya la muerte, y que de bárbaros ó de civilizados por allá puede venir otra vez.

(Pág. 52).—*El vulgo, como dice Mariana.*—Tal parece en verdad el cuento del plato de higos y doblas con que se sobornó á D Álvaro de Luna para que aconsejase la retirada: trufa paladina. La *Crónica* del gran Condestable, cuya autoridad histórica nadie pone en duda, dice lo que apuntamos en el texto; y es lo que tiene visos de verdadero. El supuesto Bachiller Cibdareal, en ley de hombre ladino á quien no convenía escurrirse en afirmaciones por donde se pudiera sacar lo postizo de su linaje, fantaséalo tan bien, que con mediar dos siglos, no parece sino que lo está viendo y gustando. Asi escribe en su epístola 51: Et tambien dijeron muchos que los moros con sabia cautela fisieron un presente de figos é pasas al Condestable; é que venían tantas monedas de oro cubiertas con los figos, que esto fué causa de volverse la hueste á reposar. Desta narración yo vide las pasas é figos é comi dellos, ca especialmente eran de estima; mas las monedas de oro ni las toqué, ni menos las vide, ni creo que ser pudiese vero; ca los enemigos del condestable todo lo por él aconsejado al Rey lo procuran fazer ó á traicion á su Señoría ó á fin de derribar á otros». Á título de curiosidad y nada más trascribo este pasaje donde campea lo pintoresco y menudo de la narración, que no le falta punto. Lindamente presentado está. Malos andaban los tiempos, pero bernandinas tan de bulto, parece mentira que hombres las miren por lo serio; y asi he querido mentarlo tan sólo porque duele que se tomen á vaya personajes como D. Álvaro de Luna, que quizá será para vituperado pero nunca para zumbado.

Esta batalla de la Higuera hizo pintar Felipe II en la Sala que se llamó de las Batallas, en el Escorial, tomándola, dicen, de una pintura antigua que se guardaba en el Alcázar de Segovia. Quien tan buenos maestros acertó á elegir para su hijo, sabia bien que por los ojos han de entrar las nobles y elevadas ideas en que un príncipe ha de ser educado. ¡Hermosa aplicación del *método intuitivo*, aunque no cacareada! En cambio con la contemplación de los tapices del choricero Rico y demás nobilísimos asuntos que trató Goya, sólo se podía formar la corte de Carlos IV y aquel funestísimo de Fernando VII. Nunca puede ser que crezca cosa quien se cría en lo pequeño.

(Pág. 53) —*Ya en mil trescientos y once* —Del grave y puntual Jerónimo de Zurita es este texto. *(Anales de la corona de Aragón,* lib. V, cap. 93).

(Pág 56) —*Por no citar otras autoridades* —Los Sres. Simonet y Eguílaz, profesores en esta Escuela, en los cuales el nombre basta al elogio. Sobre este manoseado asunto se ha escrito ya tanto y se ha derramado tanta luz, que tocarlo más enoja. Dozy, á quien nadie tildará de sospechoso, escribe en sus *Melanges de philosophie arabe et juive* (pág. 518), á proposito del poeta Ali-ben-Hazám: «No se ha de olvidar que este poeta el más casto, y en cierto modo el más

cristiano entre los poetas musulmanes, no era de sangre árabe. Nieto de un español cristiano, no había perdido el modo de pensar y sentir propio de su raza. Era en vano que abominasen de su origen estos españoles arabizados, y que invocasen á Mahoma y no á Cristo: en el fondo de su alma quedaba siempre un no sé qué puro, delicado, espiritual, que no es árabe». Hermosa confesión que vale por un libro.

(Pág. 57) --*Ver las prevenciones hechas.*—La conquista del reino de Granada no fué emprendida al acaso, sino que comenzó y acabó conforme á un plan de antemano dispuesto. Cúanto ofrecía entonces el arte militar, y más que se ideó y preparó para la empresa, todo se puso por obra Mucha luz dan sobre esta materia algunos documentos modernamente publicados *Vide Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tom. VIII y XI. Acerca de este punto se consultará con provecho la Ilustración VI de Clemencín á su *Elogio*, ya citado.

(Pág. 57).—*Que al decir elegante de Pedro Mártir.*—Remitimos al lector á la epístola 72, cuya es la cita del texto, porque toda merece ser leída y saboreada, ya que por no alargar demasiado esta nota no la ponemos aquí.

(Pág. 58.—*Concertáronse las Capitulaciones.—Vide Mármol Carvajal: Rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*, y la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tom. VIII. Ya Hernando de Zafra y el Licenciado Calderón, á poco tiempo de la conquista, se veían en el caso de tener que consultar á los reyes varios artículos de las capitulaciones. Vide tom. XI de la misma Colección.

(Pág. 59).—*Es la hora de nona* —No es esta coincidencia recurso retórico como alguien pudiera pensar, sino hecho acreditado por pruebas respetabilísimas. Cada tres de la tarde en punto tres campanadas de la campana grande de la Catedral, que dicen *La Plegaria*, recuerda que á la misma hora un viernes 2 de Enero de 1492 se enarboló la Cruz en la Alhambra. Ese toque se llama *de la Indulgencia* por la plenaria que concedió la Santidad de Inocencio VIII, á instancia de la reina D.ª Isabel, á cuantos al oir la campana rezasen tres Padrenuestros y tres Avemarías por los fines de la Iglesia y en sufragio de los conquistadores. Todas las historias locales están conformes en esto. En la inscripción mural de la ermita de S. Sebastián, extramuros, donde fué la vista de Boabdil con los reyes, se hace constar también la notable circunstancia.

(Pág. 61).—*No alcanzaba más de lo que entonces se podía alcanzar, pero ahondaba más en ello.*—Colón se retrata en un arranque de noble franqueza, que enamora, cuando escribe á los reyes. «En la marineria me fizo Dios abondoso; de astrología me dió lo que abastaba, y ansi de geometría y arismética; y engenio en el ánima, y manos para dibujar esfera, y en ella las cibdades, rios y montañas, islas é puertos, todo en su propio sitio...... yo he visto é puesto estudio en ver escripturas, cosmografías, historias crónicas é filosofía, y de otras artes, ansi que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, á que era hacedero navegar de aquí á las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello».

(Pág. 62).—*Tierras muy al poniente y desconocidas.*—Las lindes estrechas de un discurso no me dejan que me espacie en los antecedentes que acerca del Nuevo Mundo hallamos en los antiguos. Como quiera, tanto se ha disputado sobre su alcance, que al fin hemos de venir á la conclusión, si es que no nos apa-

sionamos, de que hoy por hoy apenas se puede afirmar cosa sin riesgo de errar en ello.

(Pág. 62).—*Alfonso Sánchez de Huelva.*—No es esta opinión tan desamparada, que no se incline á ella Francisco López de Gomara en su *Historia general de las Indias*, y el célebre P. Acosta en su *Historia natural*. Puede verse también lo que dice el P. Las Casas en el cap. XIV de su *Historia de las Indias*, publicada en la *Colección de documentos inéditos*. Vide tom. CXII. No obstante todas estas autoridades, alguna bien afecta al Almirante, el hecho no parece hasta hoy bien comprobado; mas con estarlo no por ello dejaría de ser de Colón la gloria principal del Descubrimiento. Digo de esto lo que de su correspondencia con Toscanelli, y de los datos que pudo proporcionarle su suegro Bartolomé Perestrelo. De la nada Dios hace. El genio, de muchas cosas menudas, dispersas y desaprovechadas hace joya maravillosa.

(Pág. 63).—*Desde los tiempos de S. Fernando y de D. Pedro.*—Sobre esta materia, tan digna de atención como poco atendida, consúltense las dos excelentes obras del diligentísimo D. Martín Fernández de Navarrete, á saber: la *Disertación histórica*, que figura en el tom. V de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, y la *Colección de Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias.* (Madrid 1825). También es digno de consulta en lo que toca á nuestra marina, la obra del Sr. D. Cesáreo Fernández Duro titulada *Disquisiciones náuticas;* y no es para olvidado, especial en lo que hace á D. Pedro, el Discurso de D. Francisco Xavier de Salas, ya citado arriba. D. Pedro, en esto como en otras cosas pensó alto.

(Pág. 63).—*Los iberos de las costas hubieron de hacer con los fenicios muchas navegaciones.*—Véase á Masdeu (*Historia Crítica de España*), bien que con la cautela que pide este autor, y sobre todo la monumental *Historia Literaria* de los Padres Mohedanos, libro que se va agotando y merecía ser reimpreso, porque no todo en él será hoy de recibo; pero el caudal de erudición es copiosísimo como pocos.

(Pág, 64).—*Por el soñador Conde Roselly de Lorgues y su abreviador Lyón.*—Es verdad que nadie negará, que á Colón le sucede lo que al Cid, y lo que suele á todos los hombres extraordinarios, que hay el Colón de la historia y el de la leyenda. Aquí lo legendario se engendró principalmente en el odio á España y los españoles, y luego la fantasía popular y el vulgo, cada cual por su lado, hicieron lo demás. Conocida es la Historia de América de Roberstón, hoy tan caída para todos; y en cuanto al Conde Roselly, aunque, echándolo á la mejor parte, diga que adoleció de achaque de autor, que se encariña con su asunto, y se hace maníaco de él, esto no le salva, y ya va juzgado en el texto. ¿Y qué hacer del clérigo Lyons y de su libro *Christophe Colomb d'apres les travaux historiques du Comte Roselly de Lorgues*, tan nuevecito que se acaba de imprimir en este año pasado de 1891? Para mi santiguada que á imprimirse trescientos años antes, que no le escapara el Ldo. Pero Pérez de las manos pecadoras del Ama, ni por respetos á la corona. No le hubiera mentado yo sin el enojo que me dió leer en la página 353, esta frase estupenda, disparada contra el respetabilísimo D. Nicolás Antonio: «*un certaine Nicolao Antoine, compilateur avide,* ayant eu entre les mains un copie du testament de Colomb, *crut decouvrir dans une phrase qu'*

il ne comprenait pas l' indice d' une liaison illicite avec doña Beatrix Enriquez.» Autor que así trata á quien se ve que ni conoce ni entiende, (acaso le estorbe para ello el latín) merece que se le ponga á la vergüenza. Y con todo ello, el hecho hasta ahora no se ha podido desmentir, y bien sabe Dios que más que francés ninguno nos holgáramos de ello los españoles; mas no se nos ha de obligar á defender con juramento si le mana ó no le mana, porque por desgracia, á lo que parece, le mana. Pues este mismo flamante autor escribe en la pág. 38 «*Grenade se rendit le* 30 *janvier* 1492». Para escribir asi, aunque sea de España, que todo es bueno, más vale tomar otro oficio. Mas en cambio está muy bien pensado el precioso libro del P. Cappa, *Colón y los españoles*. Es modelo de discreción.

(Pág. 65).—*Remiso Colón en esclarecerla.*—De esta parte, aunque disculpable, que tuvo Colón en que fracasaran las conferencias de Córdoba, hay tales testimonios que buenamente no se puede poner en duda. Escribe el P. Las Casas. «Cometiéronlo principalmente al dicho Prior de Prado, y que él llamase las personas que le pareciese más entender de aquella materia de cosmografía.... .. Ellos juntos muchas veces, propuesta Cristóbal Colón su empresa, dando razones y autoridades para que la tuviesen por posible, *aunque callando las más urgentes porque no le acaeciese lo que con el rey de Portugal*». Esto mismo dice Hernando de Colón en su Vida del Almirante «........tampoco quería explicarse mucho, temiendo no le sucediese lo que en Portugal».

(Pág 66).—*De su saber hable la Escuela Salmantina donde fué maestro.*—Don Fray Hernando de Talavera es uno de los personajes que han pagado los vidrios rotos en la contienda colombina. Se le ha pintado como un ignorante, faltando á la verdad. (Véase D. Nicolás Antonio, y la *Historia de la Literatura española* del Sr. Rios, tom. VII, cap. XXI). Su discreción y prudencia y la alteza de sus pensamientos, con decir que fué para mucho alma de la reina D.ª Isabel, quedan más que patentizadas. Así escribía de él desde Granada Hernando de Zafra en carta á los Reyes Católicos. «El Obispo crean Vuestras Altezas que fué muy provechoso quedar en esta tierra, porque á todas las gentes da mucho contentamiento y los oye y los despacha muy bien, y cierto muy contentos estan dél; y para algunas cosas que acaesen en este reino bueno fuera que le dejaran Vuestras Altezas poder, que aunque algunas cosas se proveen con su autoridad, hay otras para que es menester poder». (Documentos inéditos etc., tom. XI). Véase en el mismo tomo una minuta de carta del Arzobispo á los Reyes Católicos sobre el arrendamiento de las Alpujarras; y en el tom. XXXVI su *Memorial á la Reina cerca del orden que debia tener en el despacho de los negocios.*

(Pág. 67).—*Había hablado Salamanca.*—Pareceríame hasta impertinente dar un golpe más á lo que cayó del todo. La fábula de las conferencias de Salamanca no la cree ya nadie. Está probado con prueba plena lo que digo en el texto. Lo contrario queda para los que viven de fiambres.

(Pág. 68).—*El tesoro estaba apurado.*—Por más que España viviese entonces próspera más que otros pueblos, pero las obligaciones eran muchas. La pintura que hace Bernáldez de las escaceses del año de 89 no se han de tomar á hipérbole. Entre varios documentos que se pudieran traer aquí en prueba de las veces que fué menester acudir á empréstitos y empeños, citaré la *Copia del inventario de la plata empeñada por el Rey Católico en el monasterio de Monta Marta.* (Documentos inéditos, tom. XXXVI).

(Pág. 68).—*Los descomunales privilegios.*—El mismo Fray Bartolomé de Las Casas, á quien nadie tildará de enemigo de Colón, lo vió así. Dice en el capítulo XXXI de su *Historia de las Indias*». Hacía más difícil la aceptación deste negocio lo mucho que Cristóbal Colón, en remuneración de sus trabajos y servicios é industria pedía, conviene á saber, estado, Almirante, Viso-rey y Gobernador perpetuo, etc., cosas, que, á la verdad, entonces se juzgaban por muy grandes y soberanas, como lo eran, y hoy por tales se estimarían, puesto que mucha fué entonces la inadvertencia, y hoy lo fuera, no considerándose que si pedía esto, no era sino como el que pide las albricias de ellas mismas». No tanta inadvertencia como piensa el célebre dominico, que había hartas razones de prudente discreción y de buen gobierno para mirarse mucho en ello, como apuntamos en el texto. Sólo el Almirantazgo suponía lo que el lector puede comprender fácilmente con hojear el *Códice diplomático-americano de Cristóbal Colón* (Habana 1867).

(Pág. 70).—*No eran tampoco tan lerdos los que navegaban en las cosas de la mar.*—*Buenos y cursados hombres de mar*, llama el mismo Colón á sus compañeros de viaje, y en la relación del que hizo á Cuba en 1494 dice: «entre los que vienen en estos navíos, hay maestros de cartas de marear y muy buenos pilotos». Pues el nombre de Juan de la Cosa, que le acompañó, autor de carta celebérrima, vale por muchos, sin los que se pudieran citar aquí. ¿Y Jaime de Mallorca, cabeza de la célebre Academia de Sagres? De Martín Cortés escribe Navarrete que trató de explicar la variación de la aguja magnética, que descubrió Colón, con la hipótesis de un polo de atracción distinto del polo del mundo; en lo cual acertó aunque errase en ponerle en el cielo. Y de matemáticos no hay que hablar, porque los hubo por aquel tiempo y en la primera mitad del siglo XVI, de fama europea. Quizá á lo matemático que era el Cardenal Martínez Guijarro (Siliceo), maestro de Felipe II, debió este monarca sus aficiones á la arquitectura, y su mucha disposición para ella. Suya es la traza de la iglesia y convento de Trinitarios Calzados de Madrid, hoy Ministerio de Fomento.

(Pág. 70).—*Bendito sea su nombre.*—No es decible la alegría y el entusiasmo que en toda Europa causó la noticia de los descubrimientos. Pedro Mártir en su epístola 153, dirigida al famoso Pomponio Leto, dice «que por lo que él siente comprende lo que le escribe de que brincó de alegría y se le saltaron las lágrimas con las nuevas que le comunicaba». Estas cartas de Pedro Mártir, tan poco leídas, y sus *Décadas*, no más consultadas, son fuente riquísima para el reinado de los Reyes Católicos, y por tanto para las cosas de Colón y su grande empresa.

(Pág. 71) —*Sino á lo extremo de su situación entre los castellanos.*—La verdad es que á la muerte de D.ª Isabel los negocios de Castilla se pusieron de modo que era de temer la total ruina de la obra de los Reyes Católicos. Los que en el reinado que terminaba estuvieron contenidos, imaginaron llegada la hora de sacar la cabeza con sus ambiciones. Con la elocuencia de siempre escribe á este propósito Pedro Mártir. «Quare optimati, has nacti ocassiones, rugiunt, dentes accuunt, veluti spumantes apri, rerum ingentem mutationem spectantes et desiderantes, aperte hac via majores suos, patrimonia eregisse, auxisseque sermocinantur. Ubi enim plures de imperio dissident, ibi lucrum inesse ajunt. Fautoribus tunc quisque suis magna præstat, majora pollicetur». Dígaseme si es-

taba Castilla para pensar en las Indias, y menos el Rey Católico que se hallaba como de prestado.

(Pág. 71).—*Tenían la paleta de Fray Bartolomé de las Casas.*—Mucho se ha abusado de ella. Erró sin duda el fervoroso dominico en el juicio de hombres y de cosas por falta de aplomo y mesura, pero no en la intención. Tras de su obra se atrincheraron los enemigos de España para disparar contra los descubridores. Bien se podrá afirmar que si tal hubiera sabido él no dijera mucho que dijo. Como quiera la acrimonia con que le tratan algunos escritores es casi tan injusta como la manera que él tiene de tratar á los hombres de su tiempo.

(Pág. 72).—*En el sentir de España.*—El cual se ve en esta hermosa cláusula del codicilo de la Reina D.ª Isabel, que no por sabida quiero dejar de trascribir..... suplico al Rey mi Señor muy afectuosamente, é encargo é mando á la dicha Princesa mi fija, y al dicho Príncipe su marido, que así lo hayan y cumplan, é que este sea su principal fin» [instruir los indios en la fe católica] «é que en ello pongan mucha diligencia, y non consientan ni den lugar que los indios vecinos y moradores de las dichas Indias y tierra firme, ganadas y por ganar, resciban agravio alguno en sus personas y bienes; mas mando que sean bien é justamente tratados. Y si algun agravio han rescibido lo remedien y provean, por manera que no se exceda en cosa alguna de lo que por las Letras Apostólicas de la dicha concesión nos es inyungido é mandado».

(Pág. 77).—*Bien siente de él un escritor del tiempo.*—Jacobo Spigelio en su comentario al libro *De dictis et factis Alphonsi regis Aragonum*, de Antonio Panormitano (Basilea, 1538).

(Pág. 78) —*Que en expresión donosa de un testigo de vista.*—Pedro Mártir de Angleria. Dice de los venecianos: «¿Ubi vester sensus, ubi vestra prudentia?.. .... «Sed barbam, (ut vulgo dicitur) vestram, cum ducatu spoliatum Ludovicum senseritis, madefacite.... Acutior in vos novacula præparabitur; prandebit, (uti puto) Ludovicum Ludovicus, apud vos, si vixerit, aliquando cenaturus». Epist. 20 á Dominico Trivisano. Madrid, Calendas Junio 1499.

(Pág. 79).—*Engendrador feliz de la temida infantería española.*—No es esto negar los méritos del famoso cronista y soldado Gonzalo de Ayora, primer capitán de la guardia del Rey Católico, y en tiempo muy privado suyo. Fué reformador de la táctica, que aprovechó lo bueno que vió en otras partes. Asistió en Italia con las gentes de Esforcia, y después le vemos en la expedición de Orán. Era hombre de consejo. Cordobés como Gonzalo, ayudó también poderosamente á la gloria militar de España.

(Pág. 80) —*Aquí en Granada yace también aquel gran vasallo.*—La magnífica Iglesia de S. Jerónimo, que guarda los restos del Gran Capitán, está en ruina. Para estó más valía no haberla declarado monumento nacional. ¿Haremos bueno al profanador Sebastiani?

(Pág. 81) —*Y que en odio á los españoles trajo sobre Mahón á Barbaroja.*—¿Qué no hubiera sucedido en Europa sin la España una y poderosa en la mar, cuando según era la soberbia del turco, con sólo la ayuda del francés, mancha de que éste no se purgará jamás, Gibraltar pudo ser salteado y entrado á saco? Sobre esta venida de los turcos y socorro del Duque de Medina, que acudió á la plaza, registrase en parte en el *Memorial histórico español*, tomo X, donoso y castizo diálogo, en estilo familiar, escrito por Pedro Barrantes Maldonado el

autor de las *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, que se publican en el mismo *Memorial*. Figura el diálogo entre el autor y un extranjero, que al ver buen golpe de gente, armados á la antigua con lanzas, adargas y corazas, se espanta de ello y pregunta cuya sea la causa de lo que ve. El autor le satisface, y median entre ellos razones muy sabrosas que por abreviar no copio aquí; é insistiendo el extranjero sobre que no se halla por donde se entienda aquel alboroto, estando España tan en paz, añade: «.....y si lo que he dicho no es causa dello, no sé cúal sea, porque de los turcos no ay que pensar, los cuales señoreando la Asia, morando la Grecia, conquistando la Arabia, defendiéndose de la Persia, están tan apartados, que de nosotros creo no se acuerdan.—*Autor*. —Antes se acuerdan más de lo que quisiéramos. ¿No vinieron en Nápoles los años passados é saltaron en la Pulla, donde vieron sus personas los de aquel reino, y experimentaron sus males? y agora ha ocho años ¿no vino el Gran Turco sobre Viena, en el archiducado de Austria, donde si el emperador Carlos, rey de nuestra España, no hiziera resistencia, entrara (como dizen) por la manga y saliera por el cabezon?—*Extranjero*.—Esso teniaulo cerca, mas osar baxar acá tan abaxo hazia el estrecho, por impossible lo tengo —*Autor*.—Y aun porque los turcos sabian el sosiego de España (ó descuydo por mejor dezir) y paz con los moros de África, y essas vanidades que dezían que no ossarían baxar tanto acá los turcos, osaron venir agora y saquear á Gibraltar, y aun si como la acometieron perseveraran, hoy fuera dellos y no nuestra, etc.»

(Pág. 81).—*Que á hombros fue traído su cuerpo.*—El papa Urbano V concedió indulgencia plenaria á todo el que ayudase á conducir el cuerpo del Cardenal un trecho de camino. Yace en rico sepulcro en la capilla de S. Ildefonso de la Catedral de Toledo. El día de S. Bartolomé se celebra misa de aniversario con vigilia, y para el oficio se extiende sobre el bulto sepulcral el magnífico paño llamado *de la Indulgencia;* antigualla notable. D. Gil de Albornoz fué todo un prelado de los que se estilaban en España. En la batalla del Salado «non se departió aquel dia todo de cabo del Rey (D. Alfonso XI)», según nos dice la Crónica, y asistió en lo más recio y trabado de la pelea. De este célebre Cardenal se refiere lance semejante á otro famosísimo que se dice de Gonzalo de Córdoba, á quien se parece mucho. Como el papa Inocencio VI le pidiese razon de lo que se le habia entregado para la reconquista de los Estados de la Iglesia, cuéntase, que el resuelto prelado español hizo cargar un carro con las llaves y cerraduras de los pueblos conquistados, y mostrándoselo al Papa, dijo: *El dinero que recibí lo gasté en abrir las puertas que estaban cerradas con estas llaves*». Corrióse el Papa, le abrazó, y se excusó de su desconfianza.

(Pág. 83) —*Encarecía su guarda.*—Véase el admirable testamento de la Reina. (Mariana. Historia general de España. Edición de Benito Monfort. Valencia 1796. Tom. 9. Apéndices).

(Pág. 87).—*Poseo también copia autorizada.*—Son muy curiosos los varios particulares de esta carta, y especial lo que toca á los consejos que da á la Reina sobre cómo ha de portarse en la Corte con los estilos nuevos que franceses y otros extranjeros habían traído. Del Oficio dice así: «Pues ó que si viesse vuestra muy excellente deuotion el Officio de vuestra deditión de granada que no le publico ni comunico hasta que le vea, ni ge le enbio, porque no le deue ver sin que yo sea presente para le dar razon de cada cosa y cosa contenida en él».

HERNAN PÉREZ DEL PULGAR.

ROMANCE.

Negra cerrazón envuelve
En sombras densas á Alhama,
Y en su muda fortaleza
No relumbran las adargas;
El sueño rinde al soldado,
Que atisba en las atalayas
Y tienda al membrudo alférez,
Que cabecea á las ascuas.
Por las calles silenciosas
Sólo el viento leve pasa;
No hay un doncel en las rejas,
Ni se queja una guitarra.
Sólo un ginete brioso
Parado espera en la plaza
Y su corcel de impaciencia
Pega recias manotadas.
Y en tanto las vastas nubes,
Ni se ahuyentan, ni se rasgan,
Ni se barrunta la gente,
Que airado el ginete aguarda.
—¿Quién vá? dijo al fin oyendo
De otro corcel las pisadas.
—Tristan—una voz repuso
—Y los otros?
—Poco tardan.
—Mucho tardan y la noche
¡Vive Dios! que va bien alta.—

—Ya se acercan.
—Ya era hora;
Que presto rayará el alba,
Y mientras más se avecina,
Más se afana mi esperanza,
Porque no se lleve el aire
Juramentos y palabras.
Servicios del Rey pusieron
Fuertes grillos á mis ansias;
Mas ya servido está el Rey
Y sin servir nuestra fama.—
Callóse, y quince ginetes
Metidos en sus corazas
Se acercaron saludándole;
Mas él les rugió:—á Granada.—
Y torciendo por callejas
Aquella huesta bizarra,
Corría espantando el sueño
Y despertando el alarma.
Con un chirrido de buho
Se abrió lenta una ventana,
Vieja ó buho apareciéndose
Curiosa y despeluznada.
La luz de su candilejo
Hirió temblando las armas
Del garzón que vá delante,
Dándole el lleno en la cara.
Alta la férrea visera,
Rostro hidalgo se destaca
De ojos garzos, que echan chispas
Y de breve y blonda barba;
De aguerrido continente,
Robusto el pecho levanta,
Donde tiene el heroismo
Cristiano su propia casa.
Con diestra mano gobierna
El bridón en que cabalga,
Y lleva el cuento en la cuja
Pulgar el de las hazañas.

Reconociólo la vieja,
Que harto común es su fama,
Y mientras cierra el postigo
Dijo chillona y enfática.
—¿Con Pulgar is los hidalgos?
Con alfileres pegada,
Á fe, llevais la cabeza
En arriesgada demanda.—
Bajó Pulgar la visera;
Pidióle al viento sus alas;
Picó de espuela al caballo;
Dejóle las riendas francas,
Y seguido de los suyos,
Salió de la fuerte Alhama,
Como una tormenta ronca,
Que entre las sombras avanza.
No hay valladar que no brinquen,
Ni ancho arroyo, ni honda zanja,
Que no salven los bridones,
Sin dejar su marcha rauda.
Las plumas del capacete,
Que al aire ondulan gallardas,
En la indómita carrera
Van quedando entre las zarzas;
Mas no se quedan los ímpetus,
Que en el corazón arraigan,
Y van creciendo á medida
Que es más difícil la marcha;
Hasta que la luz del día
Los sorprende y los ataja,
Como un aviso del cielo,
Como un conjuro de maga.
En un paraje sombrío
Buscan agreste posada;
Porque en el tiempo de guerra
No sólo el malo se guarda.
Y allí el breñal agrio y áspero,
Que habitan las alimañas,
Tal oculta su heroismo,

Como el pedernal le llama.
Por fin la noche sombría
Viene cual clara esperanza,
Y entre las nieblas envueltas
Siguen su carrera rápida.
Ya las sombras de los muros
De la morisca Granada
En su propio seno esconden
Á aquella hueste cristiana.
Riberas del Dauro arriba
Pulgar silencioso avanza
Hasta dar con los estribos
De la Puente de la Paja.
Y allí, dejando el overo
Y seis valientes de guardia,
Con el resto fué avanzando,
Apercibidas las armas;
Y saltando unas acequias,
Dentro la ciudad se hallan,
Discurriendo por sus calles,
Negras cuevas de ira y saña.
Ante tan grande heroismo
Nimiedades son las fábulas
De los trabajos de Hércules
Y los fuertes Argonautas.
Mil torres hay que no duermen
Y ojos tienen sus murallas;
Una guerra que autoriza
Las más crudas represalias;
Un riesgo en cada latido;
Una muerte en cada casa,
Y cien mil odios que afilan
Las cuchillas de sus lanzas.
Mas los peligros que el miedo
Despeluzna y agiganta,
El valor los vé mezquinos
Y el héroe vanos fantasmas.
Con alientos más briosos,
Cuanto el riesgo más se agrava

Llegan á la gran Mezquita,
Que altos alminares alza.
Pulgar, allí arrodillado,
Desnuda su fuerte daga,
Y al cielo alzando los ojos
Y con los ojos el alma
Dijo:—Madre de Dios vivo,
Que nos acorres y guardas
Y nos llevas al combate,
Siendo tú la capitana;
Tu dulce nombre, que triunfa
De las corvas cimitarras
Contrarias á tu pureza,
Mi fuerte mano aquí clava.
Todo á tu nombre se humilla:
El mar, besando la playa;
El monte, en ondas de fuego;
El torrente, en cataratas;
Y contra el hostil alarbe
Aun hoy la victoria cantan
Las breñas de Covadonga
Y los campos de las Navas.
Triunfe aquí también, glorioso,
Para que diga la patria,
Toda España por María,
Pues por María es Granada.
Y esto diciendo, en las puertas
Clavó sobre férreas chapas
Aquel *Ave* peregrino
Que siempre victoria alcanza.
—Bien haya tu fuerte mano,
Pulgar el de las hazañas,
Que hoy limpia el rostro á la Iberia
Del deshonor de la Cava;
No incendies con tardo fuego
La Alcaicería cercana;
Dispersa esa ronda mora
Á tajos y á cuchilladas;
Arroja esa tea inútil:

Cabalga presto, cabalga:
Que despierta la pantera
Y estás metido en su jaula.
Ya estás libre.... ¿Oyes los gritos
Que la activa ciudad lanza?
Es que el fuego de los cielos
Está ardiendo en sus entrañas.

Francisco Jiménez Campaña,

DE LAS ESCUELAS PÍAS.

LA MANO Y LA LLAVE

Ó LOS SIETE DUENDES BLANCOS.

LEYENDA GRANADINA.

I.

¡Puerta de Bib-Monaita, famoso torreón, último resto de la Alcazaba de la Damasco de Occidente! ¡Ay! que ya el Cadí nó tremola en tus dinteles el estandarte rojo llamando á las tribus Zenetes á la guerra. Tus elevadas almenas obstentan hoy una prosáica baranda de hierro, y en la plataforma donde se apilaban las armas arrojadizas, tiestos de claveles y alelíes les reemplazan, y por las barbacanas y canalones que despedían pez hirviente sobre el enemigo, sólo escurren las gotas del rocío que se detienen en las trepadoras yedras que cubren y se enlazan á las enormes grietas que los tiempos han causado en los baluartes arábigos.

El palacio edificado por el célebre caudillo Aben-Abuz, aquel gallo de viento con su caballero lanza en ristre, símbolo de la vigilancia que debe tener todo capitán fronterizo, es asimismo inmensa casa de vecinos, y en el cercano de *Dar la Horra*, cubren sus ajimeces caladas mamposterías sin estilo, y donde sonaron las guzlas de las doncellas nazaritas, se escuchan las trites salmódias de las vírgenes cristianas.

Alah Akbar, Dios es todopoderoso, y lo que está escrito en el libro del destino, tiene que cumplirse hasta su terminación, según voluntad del que todo lo puede.

Los pecados de la gente mora, que esgrimían sus alfanjes entre sí, sin defender la madre patria, causaron su total ruina, y las llaves de la ciudad, espejo del orbe, se entregaron por un rey desventurado á los dichosos conquistadores.

Estaba escrito, y es necesario acatar las órdenes del Hacedor Supremo.

Pero en el viejo Albaicín, en esta cuna de la lealtad á su religión y á sus reyes, aunque se enseñorearon los castellanos de todos sus contornos, los genios del Islám permanecieron fieles guardadores de sus fortalezas y murallas, y en los subterráneos desconocidos é insondables que están abiertos en las entrañas de esta colina, en cada agujero olvidado, en cada ruina en la que el descreído transeunte ni siquiera repara, están ocultos, ocupados en sus misteriosas tareas, impenetrables como seres de mundos distintos, pero que han jurado no abandonar sus mansiones favoritas, hasta que llegue la hora de la restauración de la media luna.

Porque la tradición lo dice, y los hijos del Profeta, en Tetuán la Santa, y en Mequinez la invencible, legan á sus primogénitos las llaves de las casas que habitaron sus antepasados en este barrio, seguros de que llegará un día en que volverán á tomar posesión de sus hogares.

Está escrito, y ved por qué los espíritus invisibles se agitan en los espacios. ¿Quereis saberlo? pues escuchad.

II.

Era la media noche del día 2 de Enero del presente año. Cuatro siglos justos han transcurrido desde la caída del último trono mahometano en la península ibérica. Á lo crudo del invierno se aumentaba el pavor que produce el firmamento lleno de espesa niebla.

Un ruido inexplicable y misterioso dejóse oir en cada torre abandonada, ó en cada lienzo de muralla de las antiguas fortalezas. Una especie de enanos con blancas barbas cuya edad era indescifrable, pero que se mostraban alegres y robustos como jóvenes, se dejaban ver reuniéndose con apresuramiento, y marchando sin ser notados, como si un talismán los protejiera, á unirse en la plataforma de la Puerta Monaita. Eran un enjambre, un hormiguero, acudiendo tam-

bién los silfos y gnomos que guardan los estanques cristalinos y los jardines maravillosos de los Alcázares de Alhamar.

Cuando todos estuvieron congregados, el más anciano habló de esta manera.

—Genios del Islamismo, hermanos míos, dejo el oculto subterráneo del ya casi arruinado castillo de *Iznarromán,* para venir, como cada cien años, á ver si es llegada la hora apetecida. Que este poder mágico, que nos hace impalpables, no perturbe con el más ténue rumor el sueño de los aborrecidos conquistadores, hasta que su despertar sea tan terrible como ha de serlo nuestra venganza.

Hermanos, lo escrito se cumple. La hora ha llegado.......

La campanada de la una sonó en la Torre de la Vela.

Entonces, como desprendida de la atmósfera, bajó una gasa celeste á la manera de un globo, que rodeó las alturas de la Puerta.

Los enanos la recibieron sin conmoverse. Del seno de aquélla, que se desvaneció en el instante, brotaron siete bellísimas hadas con largos ropajes blancos, y un cinturón formado con una cinta de diferente color cada una.

De pie, en medio del círculo de hombrecillos misteriosos, dijo la del ceñidor morado.

—Llevo la enseña de los caballeros Zegríes. Desde el fondo del África en que habitamos, las tribus de aquella raza están prontas á abandonar sus abrasados arenales para conquistar las vegas andaluzas.

—Los nobles abencerrajes, añadió la de la insignia negra, los que á pesar de sus hondos agravios, no olvidaron como muchos de su familia, su religión y su monarca, visten de luto allá en el fondo del *Sahara,* pero afilan sus armas de generación en generación, para teñirlas en sangre castellana.

—Mi color es encarnado, habló la que reprensentaba los ínclitos Gomeres. Los reinos de Fez acudirán en masa al llamamiento.

—Los Alaveces conservan de unos en otros, su signo de esperanza, respondió el hada ceñida de verde.

—De Marruecos vendrán con los anteriores los bravos

Gazules y Mazas, dijeron las adornadas con emblemas azules y amarillos.

—De las gargantas del Atlas saldrán como un torrente desvastador los ginetes Venegas con sus tocas blancas y sus lanzas de dos hierros, añadió la última.

—Haga el Profeta que el Corán sea la única luz que ilumine el mundo.

Pues estamos reunidos, marchemos á cumplir con nuestro deber. Estas palabras fueron pronunciadas por el Presidente de aquella extraña asamblea.

Y las hadas, ocultándose de nuevo en su nube mensajera, y los genios batiendo sus alas de encaje, formaron inusitado ejército aéreo, y fueron á posarse en los seculares árboles que arraigan en las frondosas alamedas que forman la entrada de la *Puerta de la Justicia* en la Alhambra.

Allí, unos sobre los pretiles del pilar de Carlos V, otros, en los intersticios de la muralla de la *Puerta de Hierro,* y los restantes entre el desnudo ramaje, inmóviles, sin respirar siquiera, aguardaron á que se realizara la tradición nazarita. Todo en vano. El alba apareciendo por la elevada montaña del *sol* y del *aire,* hizo que se dispersaran los espíritus, á las frases del genio de Iznarromán que decía:

—Aun pesa el anatema sobre la raza árabe. *La mano simbólica* que se descubre en el primer arco de la puerta de la Justicia, no se ha movido á coger *la llave* que se obstenta en el segundo, que es la señal exacta de la vuelta de nuestro imperio. Aguardemos otro siglo: lo que está escrito se cumple, y la hora del triunfo sonará.

III.

Ya murmuran las viejas comadres de la Alhacaba y el Zenete, que quedan otros cien años, para que vuelvan á poblarse los aires de aquellos duendes y endriagos que en las noches de los siglos anteriores ocasionaron con sus juntas y trasiegos tan grandes sustos á sus abuelas, que lo referían

de generación en generación al calor de la lumbre de sus hogares.

¿Se realizará la profecía arábiga en 1992?

Vida os deseo hasta entonces.

¿Y quien lo sabe?

Todo depende de la voluntad de aquél que domina en los cielos y en la tierra, que presta su luz resplandeciente á la inteligencia del hombre, y que castiga inesperadamente sus faltas, pues como dice una de las inscripciones del *Salón de Embajadores*, "El mal se toma en cuenta, pues ciertamente ve Dios las iniquidades".

Antonio J. Afán de Ribera.

¡POR LA CRUZ!

El hogar donde las almas puras celebran los sagrados misterios del amor; el campo ameno en que respiramos brisas cargadas de oxígeno y de aromas; el cielo que nos bendice con el primer rayo de luz que ilumina la cuna de nuestros hijos; el monte lejano á cuya cumbre alzamos nuestros ojos, como al ideal el pensamiento; el mar cuyas olas embravecidas ó mansas nos evocan la existencia humana, á veces acariciada por la sonrisa de leves y arrulladoras espumas, y casi á la continua trabajada por el duro golpeteo de las pasiones; el suelo que guarda los restos de nuestros padres; la escuela en que aprendemos; el templo en que oramos; la ley por que nos regimos; la tierra que pisamos para pedirle sustento ó procurarle desagravio, regándola con el sudor que fructifica ó con la sangre que redime; todo el ambiente material y moral que nos rodea, consagrado por un genio característico y por una traza providencial, enaltecido con glorias, perpetuado con tradiciones, purificado tanto por las lágrimas de desventuras comunes como por el himno entusiasta de comunes regocijos; todo eso hecho cuerpo, todo eso encarnado en la santa imagen de una madre, todo eso es la Patria, cuya bandera es pabellón sagrado para sus hijos vivos y noble y amoroso sudario para sus hijos muertos.

Pues todo eso fué profanado, todo eso nos fué arrebatado por obra de la traición ó de la adversidad; y los hijos del Profeta pusieron aquí su planta, para gozar estas maravillas que eran nuestras; para cultivar nuestros campos; para deshacer nuestros hogares; para desvirtuar nuestras leyes; para alterar nuestras costumbres; para escarnecer nuestra fe; para detener el cumplimiento de nuestra misión civilizadora, corrompiendo las idealidades de nuestro genio nacional con la ponzoña del enervante sensualismo; para poner, en fin, sobre nuestra hidalga y libre condición española el yugo del

vencedor, siempre infamante, y más infamante cuando es tirano, y más todavía cuando es compasivo, y todavía más y mil veces más irritante y envilecedor cuando, en vez de representar solamente el triunfo de las armas, no en todas ocasiones hermano del valor y del derecho, representa el de una civilización sobre otra, el de una sobre otra raza, el de una sobre otra manera de ser y de vivir y de entender las cosas todas del cielo y de la tierra.

Despójese á un hombre de su hacienda ó de su hogar, infiérasele agravio en la mujer que adora, trátese con escarnio su creencia, búrlese gravemente su derecho, póngase mano aleve en su rostro, profánese el templo en que eleva á Dios sus plegarias, ó márquese su cabeza con el hierro de la forzosa obediencia que mancha y denigra, y cualquiera de esos atentados bastará para encenderlo en ira y poner á tributo de su justa indignación esa fiera, más temible que todas las que pueblan los bosques ó se abrasan en los desiertos, en que la pasión convierte el ordinariamente débil é inofensivo barro humano. Pues aténtese á todo de una vez, y no ya en un hombre; en un pueblo que es una comunión de hombres hermanos; y no en un pueblo; en una nación, que es una comunión de pueblos enlazados por el mismo providencial destino, y entonces surgirá de las entrañas de la historia algo épico, á la vez grande y terrible, que quede perpétuamente escrito con sangre y grabado con resplandores de gloria para enseñanza y ejemplo de los siglos.

Tal la invasión musulmana, tal nuestra santa cólera, tal nuestra epopeya de setecientos años para reconquistar el suelo patrio. ¿Qué menos esfuerzos, qué menos penalidades, qué menos sacrificios para romper la cadena entre cuyos eslabones gemían las aspiraciones más generosas y los más vivos alientos de nuestra vida nacional? Ah! todos ellos cayeron, si no muertos, marchitos y destrozados bajo la planta del vencedor. ¡La creencia de nuestro Dios, del Dios espitual, del Dios en quien reside el manantial eterno de los purísimos ideales, del Dios modelo de perfección, de justicia, de hermosura, reemplazada por la idea de un Dios sensual, atento á satisfacer, no las ambiciones fecundas del alma, sino el estéril afán de los deleites carnales! ¡Nuestra vida

ulterior, nuestro más allá, esa vida que no concebimos sino como una prenda de eterna justicia, como una reparación para los buenos de los dolores y de los agravios del mundo, como una sanción inmaculada, como el espejo en que se ofrezcan para encanto del corazón y del pensamiento la verdad, la belleza y el bien, norma y fin de las actividades inmateriales, sustituída por una existencia deleznable en que no hay otro imán que el de los sentidos; ríos de miel, árboles de riquísimos frutos cuyas hojas de oro, al ser movidas por el viento, producen bellas y nunca soñadas armonías, hurís de ojos negros formadas de oloroso almizcle, que tienen por pabellones huecos de perlas; es decir, lo frágil, lo impuro, lo que no puede subsistir porque su esencia es perecedera, lo que aun siendo perdurable y ofreciéndose á sentidos que también lo fueran, al cabo perecería para ellos; porque el goce de la carne es por naturaleza dado á la mudanza ó á la hartura! ¡Nuestros hogares, tabernáculo del amor y de la fe, reemplazados por los harenes! ¡Vil instrumento de goces la mujer, en vez de compañera, en vez de madre, en vez de depositaria de la honra! ¡Menospreciadas, atacadas en su esencia propia la religión y la familia, la fe y el hogar, el culto á Dios y el culto á la mujer; lo que constituye el eje de la vida, lo que nos ata con el cielo y lo que nos puede salvar en el mundo!

La sacudida tenía que ser formidable, porque el peso era mortal. En Covadonga resonó el grito de independencia; allí entre peñascos abruptos, allí en lo más áspero y bravío, allí en aquel hueco á donde había afluído la sangre nacional, allí en aquellas soledades, lejos del contagio, por tienda el firmamento, por lecho los riscos, por cantos de guerra el mugido del viento en las concavidades de las montañas, por enseña la cruz, y Dios por testigo de aquella temeridad inconcebible y santa. Como todo había sido hollado por la hueste invasora, todo asistió á los buenos en aquella gloriosa jornada; el cielo, desatando sus huracanes; el suelo, desbordando sus torrentes; las piedras de los tajos, devolviendo de punta sus flechas al enemigo, como protesta de los muros de la patria contra la odiosa profanación lograda en hora de desdicha ó de flaqueza; y aquel empuje de nues-

tro valiente espíritu, no sólo llevó victoriosa, tras largas y hazañosas contiendas, la enseña nacional hasta las torres de Granada; sino que aun quedó aliento y pujanza para rebasar el suelo español y atravesar mares inexplorados y descubrir playas virginales en que espaciar nuestro genial arranque y plantar nuestra bandera, en noble y fecundo y magnífico desquite de aquella ofensa lanzada sobre tierra de españoles, de caballeros y de cristianos.

. . . .

. . . .

No es este día de controversia, sino de salutaciones y plácemes. Admiremos mucho esas incomparables obras de arte que dejó aquí la inspirada y paciente labor del genio árabe; mostremos con satisfacción y orgullo las filigranas y los encajes de la Alhambra, que parecen hechos por los invisibles dedos de las hadas, y á través de cuyos calados llegan rayos de sol á descomponerse sobre cien surtidores que caen con plácido rumor en irisados mármoles; doblemos con recogimiento la cabeza al entrar en sus bosques, donde bajo altísimos y apretados arcos que no dejan paso á la indiscreta luz, celebran sus bodas pájaros y flores; pero aceptemos esos primores como una prenda, como un despojo de la victoria, como un tributo rendido á nuestro reconquistado derecho. Y cuando alguna vez la desgracia, que en nosotros se ceba con frecuencia abrumadora, tome la forma del abatimiento y nos ponga en camino de la inacción, que es la muerte, levantemos los ojos á la Alhambra y exclamemos rehechos y animosos: "Aquí dominó y vivió una raza poderosa, primero simoun incontrastable que barriendo heróicas energías pasó por encima del sagrado cuerpo de la Patria, y planta maldita después con hondas y fuertes raices que se enroscaron á sus entrañas; y sin embargo, la constancia de nuestros padres, su fortaleza, su arrojo, su fe en Dios y en el propio destino realizaran la obra redentora; y sobre este tan celebrado monumento, resumen de todas las perfecciones artísticas del pueblo musulmán, se alza la bandera roja y gualda, y sobre ella la cruz abrazando la tierra y el imperio de dos mundos".

Antonio López Muñoz.

ERRATAS MÁS NOTABLES.

Página.	Linea.	Dice.	Debe decir.
30	4	agermanados.	Agermanados.
47	18	porvenir.	por venir.
52	17	fuera.	dentro.
54	6	mediterráneo.	Mediterráneo.
54	19	religión.	región.
62	4	Leiva.	Huelva.

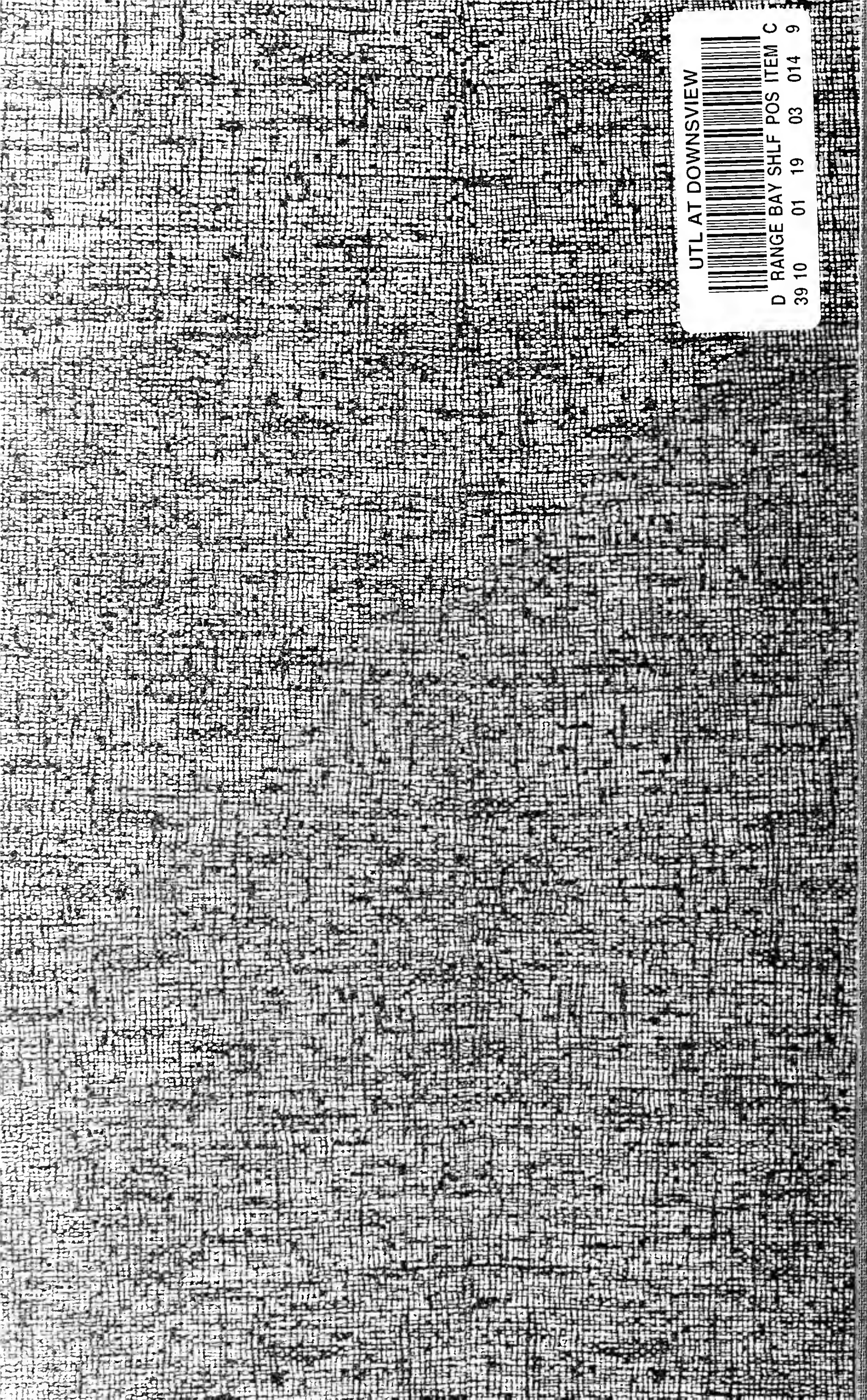

LIBRARY
UNIVERSITY
1983

UNIVERSIDAD DE GRANADA

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF
DPA
0053696


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 01 19 03 014 9